

*Biografía
Gradado*

HISTORIA Y RETRATOS

DE LOS

HOMBRES ÚTILES.

Coleccion de 81 retratos

ABIERTOS EN ACERO

**QUE REPRESENTAN OTROS TANTOS INDIVIDUOS EMINENTES EN VIRTUDES,
BENEFICENCIA, SABER, Ó SERVICIOS PRESTADOS Á LA HUMANIDAD.**



MADRID,
Librería de la Señora Viuda de Razola,
calle de la Concepcion Gerónima, n. 2.

BARCELONA,
Impr. y librería Española de Florens,
HERMANOS, calle Ancha.

1846.

Ref. 7.5.51





Goulu sculp

ABBÉ DE L'ÉPÉE.

Et abate l'Épée.





JECKER .





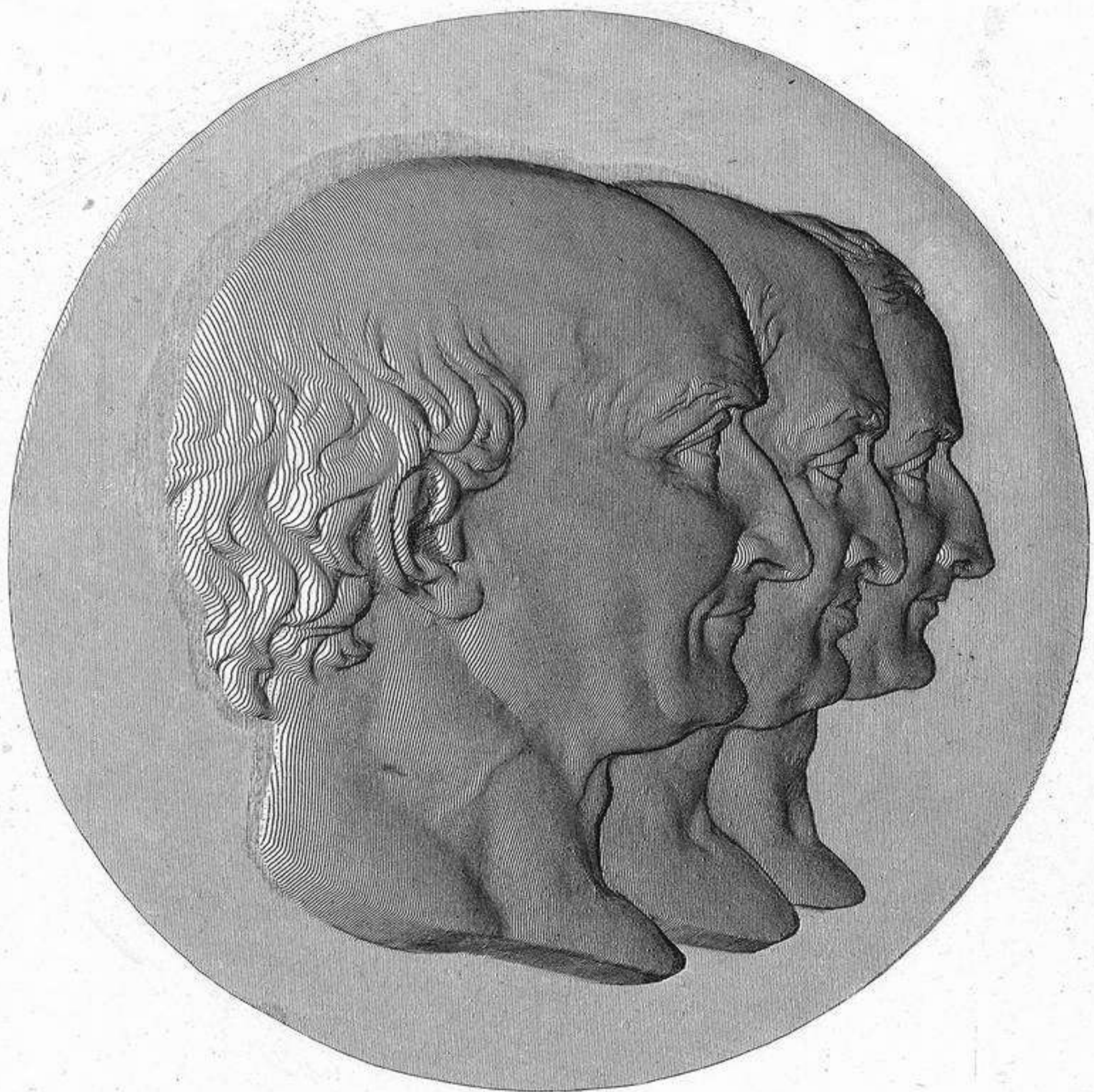
ABBÉ CARRON.

Et abate Carron.



GOFFIN ET SON FILS.

Goffin y su hijo.



ANTOINE, BERNARD ET JOSEPH DE JUSSIEU.

Ant.^o Bern.^{do} y José de Jussieu.



ANT. LAURENT ET ADRIEN DE JUSSIEU.

A. Lorenzo y Adriano de Jussieu.



LAURENT-P. ET ALEXIS DE JUSSIEU.

Lorenzo P. y Alejo de Jussieu.



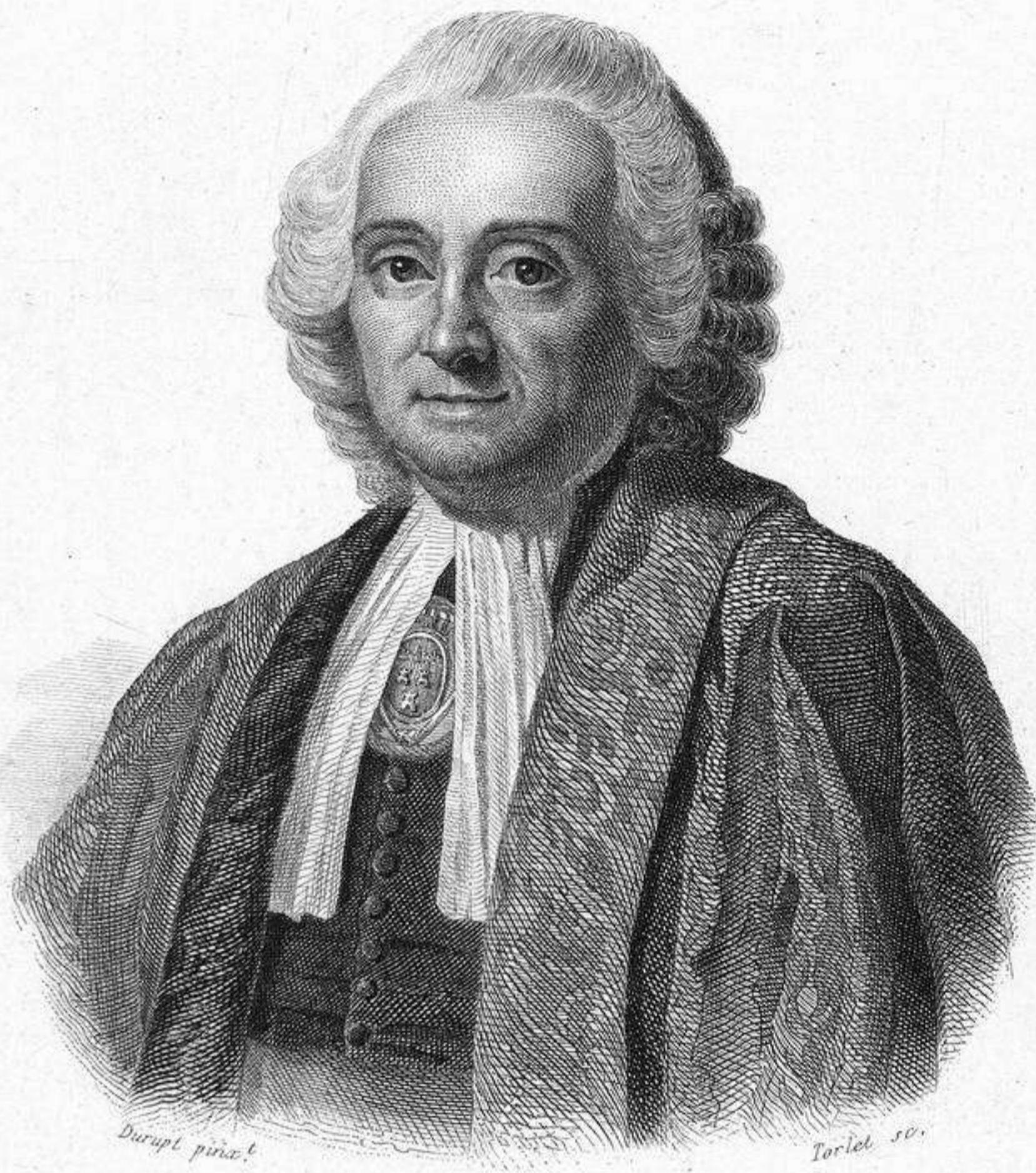
UNE DAME DE CHARITÉ.

Una Dama de la Caridad .



VICOMTESSE DUMOULIN.

La Vizcondesa Dumoulin.



BENOIT DE LAGRANDIÈRE.



E. DUCHESNE-BEAUMONT.



BRUNE ET MAJOUR.

Brune y Majour.



G. DE PAGAVE.



T. CLARKSON et WILBERFORCE.

Clarkson y Wilberforce.



LES FRÈRES HAÜY.

Los hermanos Haüy .



VAN DER KEMP.



DON BRIAL.





LE CHEV^{ER}. ROZE.

El caballero Roze.



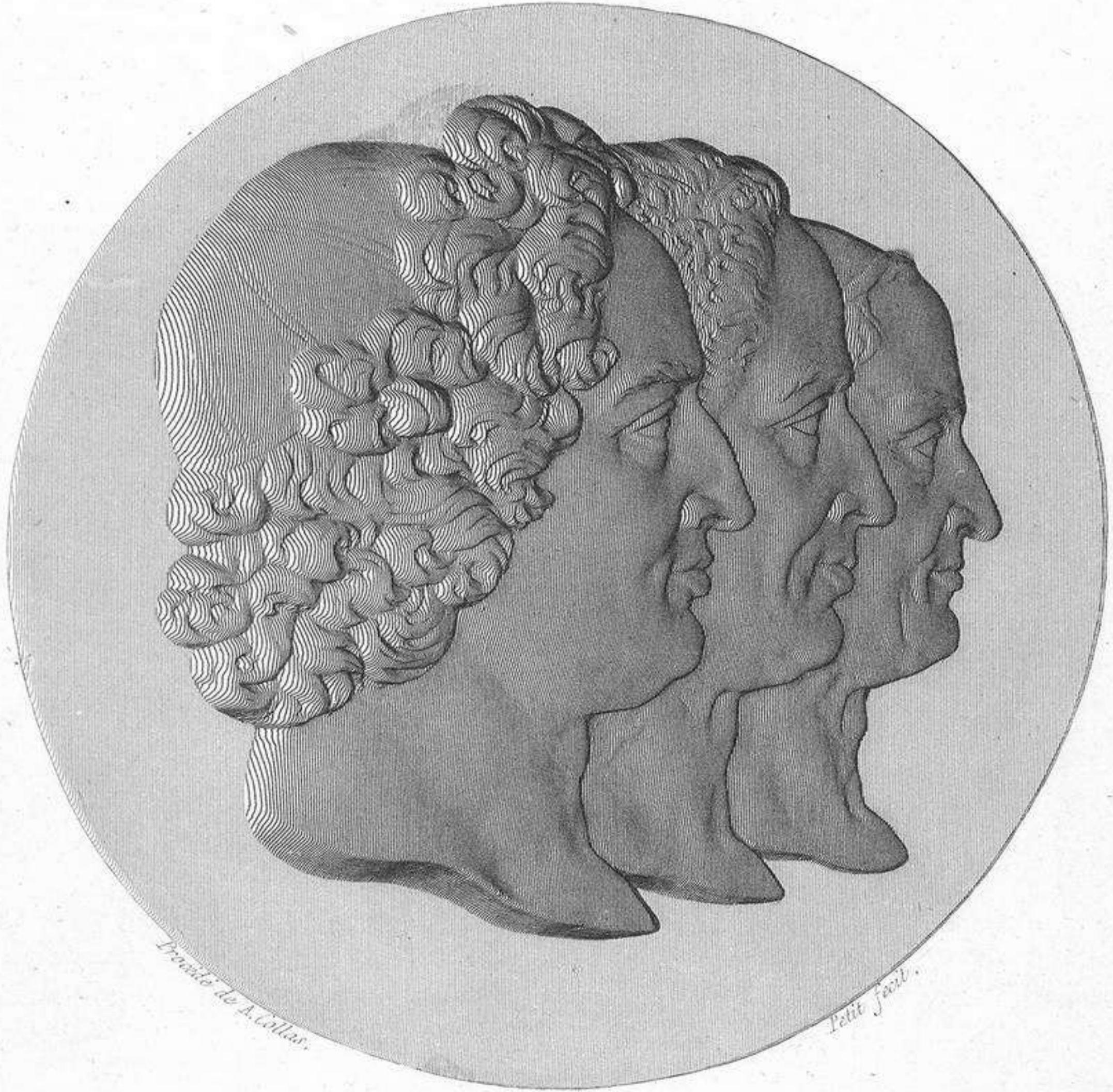
Dequainville sc.

J. LANCASTER.



DESAULT et BICHAT.

Desault y Bichat .



LE GENDRE, COFFIN ET COLLOT.

Le Gendre, Coffin y Collot.





COIGNARD (J.B.)



Bossmann sc.

C^{TESSE} BELLINI NÉE TORNIELLI.

La condesa Bellini-Tornielli.



A. HALLETTE.





ABBE COTTOLENGO.

El Canónigo Cottolengo.



BOULARD, BRÉZIN, DEVILLAS.



ABBÉ TRIEST.

El abate Triest.



PETIT MANTEAU BLEU.

Capita-Azul.



LAGRANGE, SALUCES ET CIGNA.

Lagrange, Saluces y Cigna.



A. PETIT et CORVISART.

A. Petit y Corvisart.



TANCREDI ET BASTRERI.

Tancredi y Bastreri.



SIMON ET ORIGET.

Simon y Origet.

PRÓLOGO.

Los hombres útiles ¿son acaso los que comunmente llamamos hombres célebres? Nó, mil veces: la celebridad que se adquiere sobre la sangre de millares de víctimas, en los campos de batalla; ni la que se gana en elevadas regiones siguiendo los pasos de una política maquiavélica; ni la de los crímenes; ni la de las venganzas: no es esa, nó, la celebridad que busca nuestra obra.

Hay ya en el título mismo del libro que anunciamos un no sé qué de respetable y propio para inspirar confianza; parece en efecto que cada uno puede hacer de él un digno comentario: al primer golpe de vista todos reconocerán la doble intencion de hacer un bien á la humanidad rindiendo el debido homenaje á sus bienhechores.

La gloria es la recompensa de las acciones grandes, ó que parecen tales; su auréola resplandece donde quiera que la fama escita la admiracion ó el asombro: no así las buenas acciones que apénas mueven ruido, ni los trabajos útiles que se consuman en el silencio, ni los rasgos de beneficencia ejecutados con una especie de pudor delicado, con una modestia que ama el sosiego y se oculta en la soledad. Poca gloria, muy poca, les alcanza á los trabajos útiles; y ninguna á las buenas acciones, á la beneficencia.

¿Cómo, pues? la sociedad desconoce á sus bienhechores? levanta altares á los que la han oprimido ó sojuzgado, y no dará una lágrima á la memoria de los hombres de bien que la han dedicado sus ideas, sus afanes, toda su existencia? coronará á los hombres osados, violentos, sanguinarios, y no pagará ni el tributo de un recuerdo á los hombres modestos, sencillos, benéficos, que aman á sus semejantes, que perfeccionan los inventos, que ensanchan el campo del saber y de la industria, y se desvelan por el bienestar comun? y los que han recibido los beneficios, y sacado partido de las buenas acciones y de los trabajos útiles, no expresarán jamás su profundo reconocimiento?

PRÓLOGO.

He aquí á lo que tiende la sociedad propagadora de la presente obra; constituyéndose en alguna manera en intérprete de la humanidad entera para con los hombres útiles, se ha impuesto el trabajo de señalarlos á la gratitud comun; ha querido recopilar lo bueno, lo honrado, lo generoso, lo útil, para ofrecerlo al ejemplo y á la veneracion de los pueblos.

Así, pues, ha formado una galería, compuesta solo de eminentes virtudes sociales, en la que hallará cada país la expresion de sus mas intimos sentimientos hácia sus bienhechores: en primera línea los dos hombres útiles por excelencia, Montyon, el bello ideal del buen rico, y Franklin, el bienhechor de ambos mundos por sus trabajos de hombre de genio, y por su inmortal sabiduría; san Vicente de Paül, salvando del abandono á millares de victimas inocentes, y el abate L'Epée, sacando á otros tantos de un aislamiento deplorable, haciendo revivir en ellos el soplo divino de la inteligencia, y dotándolos en cierto modo de la palabra; Las Casas y sor Marta, personificaciones de la caridad: Jenner, el inventor de la vacuna, uno de los primeros nombres que las madres deberian hacer pronunciar á sus hijos; Watt, Fulton, Jacquard, que han abierto nuevos y vastísimos campos á la industria; Newton, Cuvier, Galileo, que han sorprendido el secreto de la máquina del mundo, y ensanchado los lindes que limitaban la inteligencia; Parmentier que ha puesto toda una gran nacion al abrigo del temor del hambre; Bremontier, que ha luchado con el océano para arrancar de su seno un litoral inmenso; y tantos otros!.... sublimes, tanto por sus acciones como por su modestia!....

Un pensamiento tan noble no podia menos de hallar eco en todas partes: 19,500 medallas de bronce (sin otras muchas de oro y plata) acuñadas en la Casa-Moneda de Paris para otros tantos suscriptores de esta obra, son una prueba de que no escasean los corazones generosos y apasionados por lo verdaderamente bello.

Una duda nos asaltó al formar esta sublime galería. ¿Debíamos escluir de ella á esos hombres, tanto de los antiguos como de los modernos tiempos, á quienes la sociedad debe sin duda algun bien, pero de quienes puede decirse que no hicieron el bien como á tal, sino con segunda intencion, como un medio que debia conducirlos á cierto punto? Miraremos la buena fé, la sinceridad del bienhechor como necesaria para obtener el reconocimiento del que reportó el beneficio? En esta lucha entre la existencia del beneficio y el puritanismo del reconocimiento hemos debido adoptar un medio: tal es la division de la obra en dos séries distintas:

Série de *Hombres Útiles*, reconocidos generalmente por tales.

Série de *Hombres Famosos*, sobre cuya *utilidad* andan discordes los pareceres.

El texto guiará suficientemente para conocerlos. Pero á primera vista indican ya las láminas á que serie pertenece cada retrato pues todos los de la primera están tirados en papel de china.

DE LOS

HOMBRES ÚTILES.

Franklin.

MONTYON y Franklin! cuánta instrucción no nos dá, y qué de nobles sentimientos no excita en nosotros el enlace de estos dos nombres! La vieja Europa, y la jóven América! El baron de Montyon, título del antiguo régimen, al lado de Franklin, ciudadano americano, hijo de un artesano obscuro. Montyon, bienhechor de los hombres por sus riquezas y buen corazón; Franklin, bienhechor de los hombres por su misma pobreza y por su saber. Montyon, el genio de la beneficencia; Franklin, la beneficencia del genio.

El sabio profesor de historia A. Jarry de Mancy, al hablar de los Estados-Unidos, dijo: « Todos los grandes hombres de

esa parte del Nuevo Mundo han sido hombres de bien; Franklin les ha dado el ejemplo. »

La vida entera de este hombre, uno de los principales fundadores de la libertad americana, es el argumento mas concluyente que puede oponerse á los enemigos de la civilizacion. A los que sostienen todavía que la instrucción solo es buena en la sociedad para adorno de ciertas clases, es menester enseñarles á Benjamin Franklin, á ese humilde jornalero que á favor de un incesante estudio logra ascender al honroso puesto de legislador. A los que quieren proscribir la reflexion y la lectura, como en general mas propias para deslumbrar que para ilustrar, es forzoso recordarles las muchísimas aplicaciones

útiles que de ellas ha sacado el pobre obrero americano; y por último á los detractores del saludable y pacífico sistema de las asociaciones, será bueno citarles las que instituyó Franklin para la prosperidad física y moral de su patria.

No hay pormenores que sean indiferentes tratándose de una existencia cuyos actos son todos una causa ó bien una consecuencia de algun progreso. El carácter peculiar de Franklin consistió en vivir de una manera muy distinta de los demás hombres, que con indiferencia imitan maquinalmente, ó bien se dejan arrastrar fogosamente por el capricho. Procurando dirigir la existencia, como se arregla un reloj, ó constituye un estado, estudiaba las leyes generales, aplicaba á ella las ciencias mas vulgares, ni mas ni menos que las mas nobles, y cuando trataba de poner en práctica las verdades útiles que habia descubierto, no queria influir como preceptor, sino como modelo. Antes de querer adoctrinar á sus semejantes, procuró primero vencerse á sí mismo, hacer que su alma reinase en su cuerpo, y sojuzgase las malas pasiones á cuyas acometidas está sujeta la humana flaqueza. Para ello formóse un dietario, en que apuntaba cada noche la pasion que durante el dia habia tenido que combatir y que acaso le habia vencido, y para el dia siguiente se imponía un acto contrario á ella. En la lectura de Xenofonte aprendió á no decir jamás su opinion sino por el método socrático, es decir, en forma de duda, evitando constantemente el tono afirmativo que disgusta á los demás hombres, y las mas de las veces los zahiere. Sus conocidas máximas darán una idea de sus principios y de su carácter prudente y morigerado.

— Todos somos pasajeros en la nave del estado; el que no quiere contribuir al sostén de la nave, debe ser entregado á las olas.

— Si bien lo meditamos, nuestra pereza nos cuesta dos veces mas que el gobierno; nuestra vanidad, tres veces mas;

y nuestra imprudencia, cuatro veces mas.

— El ocio es como el olin; mata mas que el trabajo.

— No perdamos el tiempo; es la tela de que está hecha la vida.

— Con trabajo y paciencia, el raton corta un cable.

— Por falta de un clavo, pierde el caballo la herradura; por falta de la herradura, pierde uno el caballo; y por falta del caballo se pierde el ginete, pues le alcanza su enemigo y le mata.

— Si la cocina es abundante, el testamento será escaso.

— Cuesta mas alimentar un vicio, que dar crianza y educacion á dos hijos.

— El que compra lo supérfluo, pronto venderá lo necesario.

Benjamin Franklin nació en Boston el 17 de enero de 1706, de una familia numerosa y pobre, pero honrada é industriosa. Desde niño se distinguió de sus hermanos por su aficion á la lectura; entonces su padre quiso hacer de él el capellan de la familia, como dice el mismo Franklin, y le hizo aprender latin; pero, al cabo de un año, viendo que esta instruccion le salia cara, se limitó á hacerle enseñar escritura y cálculo. El discípulo salió aprovechado en aquella, mas nó en éste. Leía á deshora las vidas de los hombres ilustres de Plutarco, y no soñaba mas que viajes y aventuras. Para satisfacer su gusto por los libros, se le puso de aprendiz en casa de un hermano suyo, que era impresor. Muy luego dió muestras de laboriosidad y destreza, pero no contentándose con un trabajo material, leía de noche las obras que se imprimian durante el dia. De repente quiere ser poeta, y emplea algunas horas en componer baladas populares, á instigacion de su hermano que las imprime y se las hace vender á él mismo por las calles. Dos de ellas, verdaderos romances de ciegos, en expresion del mismo Franklin, explicaban las aventuras de unos marineros. Vendióse muy bien uno de estos romances, y por poco la vanidad no tras-

torna el juicio del joven autor. Pero su padre, hombre franco y de buen sentido, le dió á entender que su obra era ridícula, y con buenos consejos le libró de la desgracia de ser toda su vida un poeta mediano «que es decir, añade Franklin, uno de los hombres menos útiles del mundo.» Dedicóse, pues, sin auxilio de maestro, á estudiar el mecanismo de la prosa. Leía un libro, buscaba en él un paso notable del que hacia un breve extracto, tomando nota solamente del sentido de algunos períodos, y al cabo de algunos dias, sin mirar el libro, procuraba recomponer sus períodos, comparaba entonces su trabajo con el original, y así iba conociendo sus defectos y enmendándolos. Tomaba de su sueño el tiempo necesario para un estudio tan cansado, madrugando mucho, ó bien acostándose muy tarde.

Su hermano publicaba hácia 1720 un diario, y Benjamin no pudo resistir al deseo de ver impreso en él algun artículo suyo. Escribió algunos, disimulando la letra, y al anochecer los ponía debajo la puerta de la tienda. Examináronlos los redactores, y se publicaron con aceptación general. Desde este momento no pudo soportar el yugo del aprendizaje, y se separó de su hermano. Dirigióse á Filadelfia, en donde le dieron una comision para pasar á Lóndres á fin de comprar lo necesario para el establecimiento de una imprenta. Cuando llegó á la capital de la Gran Bretaña le faltaron los fondos que se le habian prometido. Solo, en una ciudad inmensa y desconocida para él, tuvo que luchar contra la miseria. Pero la miseria que á tantos jóvenes ha envilecido, metiéndolos en los cenagales del vicio, ennobleció á Franklin.

«El Hacedor, se dijo á sí mismo, dió á los brutos la boca ó las garras, instrumentos materiales, para procurarse el sustento. Al hombre le dió el pensamiento, fuerza inmaterial, para dirigir otras fuerzas físicas. Así, el hombre, como bruto, está perdido en la sociedad, porque

en ella no encuentra ni una hoja de un árbol que no tenga dueño; verá que á un pájaro le es dado entrar en un verjel, escojer las frutas mas sabrosas y saborearlas, y á él, superior al pájaro, le impiden tocar á la fruta. ¿Y porqué? porque el pobre pájaro no tiene mas que el pico, y el hombre tiene el pensamiento con el que puede llegar á ser dueño, no solo de la fruta, sino del árbol y del verjel. Avive, pues, su pensamiento para dirigir sus brazos, y no le faltará la fruta.»

Franklin trabajó con asiduidad, con esmero, y triunfó de la miseria.

«Pero, añadió para consigo mismo, el hombre que ha de vivir de su trabajo, es preciso que trate constantemente con sus semejantes, que conozca los deberes morales que tienen relacion con el prójimo, y que no los olvide en la práctica. Luego es necesario que reforme mis principios, porque hasta el dia he sido un escéptico. Es preciso que me imponga deberes, los unos de justicia para con los hombres cuyo mas inmediato trato me produce el sustento, y los otros de cortesania para con los demás con quienes acaso deberé tratar mas inmediatamente mañana.»

Así fué como reformó sus principios, sus opiniones, su conducta, y logró con sus modales, su ejemplo y su persuacion que sus camaradas de obrador tomasen por norma de sus acciones la sobriedad, el orden y la economía. De esta fecha (1726) data el plan de conducta que se impuso para toda su vida, y la costumbre de notar dia por dia todos los actos de su existencia.

Por este mismo tiempo se asoció con un capitalista, Denham, quien le condujo de nuevo á Filadelfia para plantear una imprenta, de la que fué siempre Franklin el único gefe, y de que mas adelante fué tambien único propietario.

Hasta esta época solo habia podido ser útil á sus semejantes en un círculo reducido, el trato familiar; ahora tenia ya en

sus manos un elemento de utilidad, grande y poderoso: la imprenta. Muchos se valen de ella para enriquecerse; Franklin, para ser útil. Fundó una sociedad de personas ilustradas que se reunían una vez por semana para tratar de cuestiones morales, civiles é industriales; compró un mal diario, y le convirtió en periódico útil y excelente que discutía sobre los intereses del país; creó una asociación de lectura, á favor de la cual se podía disponer de una copiosa biblioteca; y principió en fin la publicación de su famoso «Almanaque de Ricardo el buen hombre.» Todo su afán se dirigía á popularizar las buenas doctrinas, los consejos saludables; sabía que el Almanaque es el libro que penetra en todas las familias, que en millares de ellas es el único impreso que se lee, ó se consulta todos los días; conoció que en muchas partes los gobiernos, ciegos ó poco avisados, descuidan un medio tan hermoso para dar buenos consejos, para instruir al pueblo, y permiten y aun dan privilegio para la circulación de almanaques nulos ó ridículos y atestados de torpes profecías sobre el buen ó mal tiempo: y resolvió redactar un libro verdaderamente popular, lleno de sanas máximas, y de una instrucción variada y amena. El éxito de esta publicación fué asombroso, popularizó el nombre de Franklin, y le abrió camino para entrar en la arena política. En 1736 fué elegido secretario de la Asamblea general de la Pensilvania. Desde luego establece en Filadelfia el primer cuerpo de bomberos, y la primera compañía de seguros contra incendios. Inventa en 1742 las chimeneas económicas, y publica generosamente su secreto. Dos años despues, cuando la Inglaterra luchaba con la Francia y con los indios, y cuando la Pensilvania era sorda al llamamiento de un gobernador impopular, propuso Franklin una asociación libre para la comun defensa, y diez mil voluntarios responden á su voz. En 1747 fué elegido miembro de la Asamblea, y en 1763 fué reelegido. Las escuelas eran

pobres, mal dirigidas, poco frecuentadas: desde luego propone un plan de instrucción pública, y le lleva á cabo solo con donativos voluntarios. Tal fué el origen del colegio de Filadelfia, porque la elocuencia de Franklin para la beneficencia era irresistible. Preséntanle un plan para la fundación de un hospital y para la de un hospicio: le adopta, le propone por suscripción, le alaba, y al momento todos sus conciudadanos se suscriben, y la misma Asamblea vota fondos anuales para su realización y sostenimiento.

Franklin aspiraba á una especie de beneficencia universal, que es acaso lo que mas contribuyó á moralizar y dar gloria á su país. Prefería á cien actos aislados de beneficencia, un solo acto de beneficencia pública: conculcaba el principio de que no solo es el individuo quien debe ser caritativo con el pueblo, sino el pueblo en masa quien debe serlo con todos y cada uno de sus individuos. Así, una virtud privada la convertía en virtud pública; y del mismo modo que á todo un pueblo puede dársele el dictado de valiente para la defensa de su honor ó de sus hogares, quería tambien que pudiese llamársele filantrópico, caritativo.

Y mientras como hombre privado y como hombre público se afanaba tanto por el bien de sus conciudadanos, aspiraba tambien á obtener un título de gloria mas alto: el de ser útil á todo el género humano. Con esta idea dió principio á sus famosos experimentos sobre la electricidad. El físico Nollet habia dicho que no seria seguramente la hipótesis menos probable aquella que atribuyese á la electricidad la formación y los efectos del rayo. Franklin se adelantó mas, dando uno de aquellos pasos solo debidos al genio: no vaciló, pues, en afirmar que si el fluido eléctrico era en realidad la causa del rayo, necesariamente una barra de metal rematada en punta y colocada verticalmente en lo mas alto de un edificio debia obrar con respecto á la nube borrascosa ni mas ni menos como obra una aguja

de acero cuando se presenta su punta á una pequeña distancia de un conductor electrizado: en este caso la aguja atrae gradualmente la electricidad del conductor y le vuelve á su estado natural; y por la misma razon la barra de metal, atrayendo la electricidad de la nube debia prevenir la explosion del rayo, y proteger los edificios y las vidas de sus habitantes. Los primeros experimentos que hizo para probar su aserto consistieron en convertir un juguete de niños, un cometa, en el instrumento mas propio para explorar el estado eléctrico de la atmósfera. Puso al cometa una punta de metal, y con peligro de su vida vió que habia hecho uno de los mas grandes descubrimientos debidos al pensamiento: el pararrayos. Insiguiendo su teoría se hicieron en Europa otros muchos experimentos, y todos dieron por resultado, nó una probabilidad, sino una certidumbre apoyada en las leyes inmutables que rigen el universo. La envidia intentó en vano arrebatarle la gloria de semejante conquista hecha sobre la naturaleza; en vano se buscaron citas inexactas de autores antiguos: hay ciertos lauros que el mundo los da por aclamacion, y que jamás pueden marchitarse. Tal es el que corona á Franklin.

He aquí porque los extranjeros le respetaban; he aquí porque sus conciudadanos le veneraban. Dos veces le enviaron á Inglaterra con el carácter de defensor de los derechos de la mayoría, en 1757 y 1759. Hallábase en Londres cuando la famosa *Ley del Timbre* en 1764 dió la señal de las turbulencias de la América inglesa. Llamáronle á la barra de la Cámara de los Comunes para que diese cuenta del estado de las colonias. Sus respuestas han obtenido la celebridad de un monumento histórico, de unas profecías. Las preguntas eran meditadas de antemano, pero sus respuestas parecieron las de un oráculo. Como si de la página de hoy en la historia de su país, dedujese matemáticamente la página de mañana, el sabio leia en el libro del presente los

I.

capítulos del porvenir, y no se engañó.

En 1773 estalló en Boston la revolucion que él habia previsto. Huye de Inglaterra, apesar de su avanzada edad, y se declara sin rebozo en favor de la independencia de los Estados-Unidos. La Union le elige unánimemente para que vaya á pedir socorros á la Francia: su celebridad personal era el único título que los americanos podian encontrar para suplir á los títulos y dignidades de los embajadores. Enviaban por embajador al hombre mas sabio, al mas útil y mas probo de su país. A la edad de 71 años hizo Franklin, para bien de su patria, su tercer viaje á Europa.

Su popularidad fué inmensa en Francia. La corte de las Tullerías, cediendo al entusiasmo general, firmó en 6 de febrero de 1778 el tratado de alianza con los Estados-Unidos. En París se agolpaba la gente á mirar al americano en quien todo anunciaba la sencillez de las costumbres antiguas; ¿quien es, decian, ese anciano labriego, cuya fisonomía es tan noble? Vestia con mucha sencillez, y presentaba una cabeza digna del pincel de Guido. El mismo Voltaire, al mirarle, pareció que creía en la Providencia, y exclamó estendiendo sus manos sobre el jóven nieto del enviado: « Dios y libertad, hijo mio! »

Hábil y prudente negociador, secundó eficazmente Franklin los esfuerzos de los franceses y de los americanos; en 3 de setiembre de 1783 la Inglaterra reconoció la independencia de la Union.

Continuó todavía en Francia como ministro plenipotenciario, y las horas de solaz las dedicaba al cultivo de las ciencias y de las artes mecánicas. Como María Antonieta le queria, y gustaba mucho de su conversacion, se mostró reconocido á su modo, construyendo él mismo y regalándola el primer *Harmonica* (instrumento muy dulce y agradable) que se ha oido en Francia. La reina, para salvar el *Harmonica* de la tormenta revolucionaria, le regaló á la señora de Vence, y en el dia le conserva religiosamente en su gabinete de física el sabio profesor señor de Breton.

2

A la edad de setenta y nueve años, atacado de la piedra, conoció Franklin que se acercaba su fin, y deseó morir en su patria. La reina le hizo aceptar una litera que le trasladó al Havre en 1785. Su llegada á Filadelfia, fué un triunfo nacional, y los pueblos salian en masa para saludarle. Como si el aire natal le reanimase, aun vivió cinco años empleados en aconsejar á sus conciudadanos la concordia, y dió el último suspiro en 17 de abril de 1790. Su último escrito fué contra el tráfico de negros. El congreso decretó un luto de dos meses en todos los Estados de la Union. La asamblea constituyente de Francia llevó por él algunos dias de luto. « Franklin ha muerto, exclamó Mirabeau; ya no existe el hombre que emancipó la América, y derramó torrentes de luz sobre la Europa. El sabio que entrambos mundos lloran ocupaba sin duda un puesto muy elevado en la especie humana. Las naciones no deben llevar luto sino por sus bienhechores; pero la Europa debe llevarle por Franklin como un tributo de reconocimiento. »

Habíase casado en 1730, y vivió cincuenta años con su mujer. Su testamento está lleno de consejos bellísimos, y en él dejó mandas para fundar muchas instituciones útiles.

Él mismo se habia compuesto el epitafio siguiente:

**AQUÍ DESCANSA
ENTREGADO Á LOS GUSANOS
EL CUERPO DE BENJAMIN FRANKLIN, IMPRESOR,
COMO LA CUBIERTA DE UN LIBRO VIEJO
CUYAS HOJAS ESTÁN ARRANCADAS
Y EL DORADO Y TÍTULO BORRADOS.
MAS NO POR ESTO SE PERDERÁ LA OBRA,
PUES VOLVERÁ Á SALIR,
COMO ÉL CREÍA,
EN UNA NUEVA Y MEJOR EDICION
REVISADA Y CORREGIDA
POR
EL AUTOR.**

Montyon.

—
¿No debe con razon darse el nombre de genio de la beneficencia á la caridad que prevé las necesidades materiales y morales de los hombres? Y si las madres de familia, de todas las condiciones sociales, han de instruir á sus hijos, como lo prescribe la Religion, no será conveniente que ante todo procuren hacerles conocer la grande ventaja, la mayor y mas verdadera gloria que les cabe á los hombres *de bien* sobre los hombres *célebres*? no será útil que desde la infancia aprendamos á venerar al que mereció ser llamado hombre honrado, hombre caritativo, buen rico? La ternura que escitan los rasgos de beneficencia, no es acaso la mas propia para preparar el corazon al bien, y á la imitacion de unos ejemplos sencillos en su nobleza, y sublimes en su sencillez?

La vida de Montyon es de las mas puras, y mas ejemplares para nuestro intento. ¡Es tan difícil ser un *buen rico*! Como si el brillo del oro deslumbrara á los que le poseen, hasta estraviarlos en el sendero de la vida, sucede que los que mas fácilmente pueden hacer el bien, son los que menos le hacen. Esos hombres que podrian contar sus dias por los beneficios hechos á sus semejantes; que á cada momento podrian procurarse alguna de aquellas satisfacciones interiores que son el mas dulce encanto de la existencia: arremolinados entre placeres, que siempre dejan en su alma un vacío, ó bien aleargados en el ocio, no son felices, nó, porque no piensan en ser útiles. No así Montyon. Su biografía no necesita adornos; basta contar sencillamente su vida para que sea leida con interés, en todos tiempos y en todas partes.

Antonio Auger, baron de Montyon, nació en París el 23 de diciembre de 1733. Su padre era rico, y le dió una buena educacion. A los veinte y dos años fué nombrado abogado del rey, y desde entonces era ya lo que ha sido durante toda su vida. Sensible á vista de los males del prójimo, pero incorruptible. Contento con su patrimonio, las dignidades y cargos con que le brindó el gobierno, solo los admitió para ensanchar el círculo de su beneficencia. Anualmente destinaba para los pobres veinte mil francos; pero este gasto le hacia sin que nadie lo supiese; es decir, que hacia el bien por hacerlo, con modestia y con recato. Aquella cantidad está notada en sus libros, pero sin indicar el destino que la daba: únicamente ponía una señal que despues se ha sabido ser la de sus bellas acciones.

En 1768 fué nombrado intendente de la Aubernia, y ya no le fué posible ocultar el bien que hacia; porque le hacia de dos maneras; como hombre público, y como hombre privado. En calidad de intendente obtuvo el reconocimiento, la veneracion, el amor de todos los habitantes, sobretodo de los indigentes. Como particular continuó enjugando en secreto lágrimas amargas arrancadas por la miseria á muchas familias desvalidas. Previno los horrores de una hambre amenazadora, nó con limosnas, sino por medio de trabajos públicos dirigidos con solicitud paternal. Sabia que una limosna hecha á tiempo salva á veces una familia, y en otras circunstancias fomenta el ocio; la verdadera caridad, la caridad de Montyon, se aseguraba de que la limosna no podia dañar moralmente al que la recibia. El espectáculo que ofreció la Aubernia durante su administracion fué hermoso y consolador. Arrastrados los ricos por el ejemplo, daban trabajo á los labriegos y á los artesanos, y adornaban las poblaciones con paseos públicos para que los mas indigentes ganasen como hombres la limosna que pasaba á ser salario sin perder su índole. Así se destruía en sus raíces al vicio y á la malandanza,

y se impedia la degradacion de muchos infelices. En las poblaciones de Mauriac y de Aurillac se ha dado á los paseos el nombre de Montyon, y se han levantado monumentos al intendente honrado.

Y sin embargo ese intendente, ídolo de aquellos habitantes, fué separado de su destino. Sintiólo en el alma porque ya tenia en algun modo trazado el campo á su beneficencia, y le era sensible abandonar á los que le miraban como un padre.

Desde entonces destinaba diariamente algunas horas á poner en órden sus observaciones sobre objetos de utilidad pública. En 1778 hizo publicar por su secretario la obra titulada: «Investigaciones y consideraciones sobre la poblacion de Francia.» Este excelente escrito, traducido en muchos idiomas, obtuvo tanto éxito, que se creyó necesario deber recompensar á su supuesto autor. En el mismo año escribió su «Elogio de l' Hospital.» Entretanto no cejaba en su propósito de no perder un dia de su vida, esto es, de poder señalarlos con alguna buena accion. Para él, un dia pasado sin hacer bien hubiera sido un dia vacío, un dia de verdadera infelicidad.

En 1788 su buen corazon le hizo presentir las turbulencias políticas de su patria, y como si le guiase un instinto seguro puso en salvo una parte de la fortuna que tan dignamente empleaba. Sin haber tenido necesidad de la espantosa leccion que el huracan revolucionario iba á dar á muchos ricos, he aquí la lista de los premios anuales que habia fundado, como bienhechor de los franceses, cuando tuvo que abandonar la Francia.

En 1780 un premio para los experimentos útiles á las artes, bajo la direccion de la academia de ciencias.

En 1782 uno en favor de la obra literaria de que pudiese resultar mayor bien para la sociedad, á juicio de la academia francesa.

En el mismo año otro premio en favor de una Memoria, ó de un experimento de

que resultasen, á juicio de la academia de ciencias, menos mal sanas para los artistas ú obreros las operaciones ó trabajos mecánicos. Luís XVI, que, si hubiese sido un particular acomodado, hubiera sido un Montyon, escribió á la academia que habia sabido con el mayor placer este acto de beneficencia, y que sentia no haber él concebido esta idea.

En 1783 un premio en favor de una memoria apoyada en experimentos, que tendiesen á simplificar los procedimientos de algun arte mecánico, á juicio de la academia de ciencias.

En el mismo año un premio para un acto de virtud de algun francés pobre.

Y en 1787 un premio sobre una cuestion medicinal, á juicio de la facultad de medicina.

Así favorecia á la vez el hombre probo, á los jóvenes escritores, á los hombres virtuosos, á las artes en sus adelantos, á la sociedad en su moralizacion, á las ciencias en sus progresos, y por fin á los obreros y á los menesterosos honrados.

Los varios capitales de esas fundaciones de premios, los socorros enviados en 1783 á los pobres de las comarcas del Poitú y de Berry, y el capital de una renta vitalicia asegurada en el mismo año á un literato no conocido personalmente del donador, y que jamás supo el nombre del bienhechor, ascendian á mas de 80.000 libras.

Montyon pasó en Ginebra los primeros años de su emigracion. Desde allí, en 1792 envió una memoria sobre las consecuencias políticas, morales y comerciales que ha tenido para la Europa el descubrimiento de la América: y obtuvo por anónimo el premio de la academia francesa. Pero muy luego fué reconocido por autor del escrito premiado, porque en vez de recoger el premio de 3000 francos, le destinó, á juicio de la misma academia, á favor del que encontrase «los mejores medios ó instrumentos para economizar ó suplir el trabajo de los negros.»

A poco tuvo que ir á buscar un asilo en

Inglaterra, en donde permaneció hasta la primera restauracion de los Borbones en el trono de Francia. Allí, lo mismo que en Ginebra, continuó dando socorros á los necesitados, sin preguntar por su opinion política. Anualmente repartia á los emigrados 5000 francos; á los soldados franceses republicanos prisioneros en Inglaterra otros 5000 francos; á mas 10000 francos para socorrer á los pobres de la Aubernia, sin distincion de opiniones. Cierta dia, oye hablar de la miseria á que se hallaba reducido un anciano general, y al dia siguiente, sin preguntar su nombre, y sin querer ser reconocido, le envia 8000 francos.

La academia de Estocolmo le adjudicó en 1801 un premio por su memoria: «sobre el progreso de los conocimientos humanos en el siglo XVIII.» La sociedad real de Gottinga abrió concurso sobre esa grande cuestion: «¿Qué influencia ejercen sobre la moral, la actividad é industria, las varias especies de contribuciones impuestas á un pueblo?» Montyon no obtuvo esta vez el premio. La sociedad real dijo que ella habia pedido un informe, y Montyon le envió un libro, y libro excelente.

En 1814, restituido el buen rico á su patria, dedicóse con toda la actividad de su alma á restablecer sus antiguas fundaciones de utilidad pública, y á meditar otras nuevas.

Desde luego destinó 15000 francos anuales, siempre sin manifestar su nombre, para retirar del Monte-Pio y devolver á sus dueños, los efectos cuyo valor no llegase á cinco francos, y que hubiesen sido depositados por madres indigentes. Así reanimaba á las víctimas de la indigencia que habian llegado al colmo del infortunio. Ofreció tambien 10000 francos, los 5000 para secar pântanos, y los restantes para entregar á una «Asociacion de préstamos sin interés destinados para socorro de labriegos y obreros.» En 1817 fundó un premio de estadística.

Pero, de todos los beneficios debidos á

Montyon, el mas admirable sin duda es la fundacion en favor de la numerosa clase de los pobres convalecientes de los hospitales. Estos establecimientos, debidos á la caridad pública, no pueden ser asilo de los convalecientes. Así se habia reconocido en muchas ciudades de Europa; en la de Barcelona, desde el último tercio del siglo XVII existia una convalecencia, digna de tomarse por modelo, fundada en 1629, merced á los donativos de doña Lucrecia de Gualba. En París, entregados de repente á sí mismos los pobres que salian de los hospitales, flacos, exánimes, sin fuerzas todavía, tenian que volver al trabajo, perdian en un dia la salud que habian ganado en un mes, y eran devueltos á los hospitales, mas extenuados que la vez primera. Montyon previno este mal grave por medio de una rica fundacion que en todos los distritos de París proporciona á los pobres convalecientes los medios de subsistir hasta que sin peligro pueden volver al trabajo.

En medio de esas tareas, hijas de una caridad tan activa como ingeniosa, la muerte vino á poner término á los beneficios del buen rico. Montyon murió el 29 de diciembre de 1820. Legó en su testamento 3.800,000 francos á los hospicios y hospitales, y 1.275.000 para asegurar todos los premios que habia fundado, y que anualmente distribuyen la academia francesa y la de ciencias.

¿De cuántas virtudes no debió dotar á Montyon un espíritu de caridad tan bello? El orden, la vigilancia, la actividad, y la prudencia debieron ser el norte de todas sus acciones. Muchas veces debia esperar el momento de poder ser útil; otras debia preveerle y prevenirle; forzoso le era á cada momento no curarse de la opinion social que acusaba de avaricia al buen rico que nada sacrificaba al lujo. ¿Era fácil imaginar que Montyon fuese tan pródigo para sus semejantes, cuando para sí propio era tan económico? Así es que muchos creian que no pensaba mas que en atesorar.

Era de un trato accesible y amable. No pertenecia á los ricos que para hacer bien tienen que sostener una lucha interior consigo mismos, lucha que se revela exteriormente por la austeridad de su trato. Una inclinacion natural colocó desde sus primeros años á Montyon en una atmósfera de beneficencia: era afable en la sociedad, tanto como sublime en las guardillas de la indigencia. Profesaba el principio de la « igualdad ante la *virtud*, » y habiéndola recompensado en los hombres virtuosos cubiertos de harapos, quiso honrarla tambien cubierta con las flores de lis, mandando esculpir un busto de mármol que representase á la princesa *Isabel*, con esta inscripcion al pié: *á la virtud*.

La independenciam de opinion y la tolerancia fueron en él una consecuencia de su amor al bien y de su espíritu justiciero, que no permitió nunca que su bondad degenerase en flaqueza. Así fué como refutó enérgicamente la opinion de Turgot, cuando éste afirmó que el interés era el único móvil de los hombres; así fué como no temió criticar á Necker, exponiéndose al resentimiento de su hija, la señora de Staël, verdadera potencia en aquel entonces; así fué, en fin, como rindió homenaje al Eterno, reconociéndose débil en estas palabras con que principia su testamento: « Pido perdon á Dios de no haber cumplido exactamente mis deberes religiosos; pido perdon á los hombres de no haberles hecho todo el bien que pude, y que debí hacerles. » El hombre que escribia estas líneas afirmaba poco tiempo antes en su respuesta á la señora de Staël: « Desde la edad de ocho años no me acuerdo de haber proferido una sola palabra que no creyese verdadera; » ¿y éste hombre se acusa de no haber hecho todo el bien que podia hacer? Así nos ofrece el mas digno fin de la mas digna existencia, y nos demuestra que su alma era inaccesible al orgullo.

La academia francesa, y la de ciencias, en union con el consejo general de hospi-

cios y hospitales de París, han resuelto elevar un monumento en que serán depositados los restos del buen rico, y cuya inscripcion dará á conocer á la posteridad la altura á que puede colocarse un hombre virtuoso. Recordará á los magistrados, á los ricos, á todos los ciudadanos, su integridad, su beneficencia y su modestia; enseñará á los hombres acomodados el uso hermoso que pueden hacer de sus riquezas; enternecerá los corazones; impelerá, por fin, á imitarle,..... único homenaje digno de la memoria de Montyon.

Jenner.

Los romanos concedian una corona cívica al que salvaba la vida de un ciudadano: ¿qué homenaje deberemos ofrecer nosotros al que ha logrado salvar al género humano de la plaga mas general y la mas destructora? La espantosa enfermedad que medio siglo ha diezmaba todavía las provincias, y que cuando no mataba ofrecia tras de sí los mas feos vestigios, ha desaparecido á la voz de Jenner. Ya está en nuestra mano salvar á nuestros hijos de las funestas viruelas; y lo que da mas valor al beneficio, es la circunstancia de estenderse al globo entero, y de no disminuir su precio ningun inconveniente. La vacuna, en el transcurso de cuarenta años ha arrancado millones de hombres á una muerte inevitable: ¡cuántos millares de millones no salvará acaso en las edades venideras! El nombre de Jenner, inmortal como su beneficio, debe ser al mismo tiempo para los observadores un manantial de nuevos descubrimientos, pues su ejemplo proclama los resultados inmensos á que puede conducirnos un profundo é incesante es-

tudio de la naturaleza, y la aplicacion de los medios mas sencillos, que el vulgo conoce acaso y que por lo mismo los desprecia el erudito.

En la antigüedad los egipcios y los griegos hubieran consagrado templos á ese genio salvador; hubieranle erigido altares al lado de los de Immouth y de Esculapio; pero, en nuestro siglo positivo, en el que se escasea tanto el entusiasmo en favor de lo útil, se cree tal vez que se ha hecho bastante solo con admirar el inmenso servicio que Jenner prestó á la humanidad.

Edward Jenner nació el 17 de mayo de 1749 en Berkeley, de padres acomodados. En su niñez tuvo la desgracia de perder á su padre. Esta circunstancia influyó en su carácter, y concentró en algun modo su juicio para dedicarle á la observacion, y á la comparacion de los hechos observados. Estudió la cirugía con Daniel Ludlow, é hizo dos años de práctica con el célebre Juan Hunter. Viviendo en compañía de su hermano, que habia cuidado de darle educacion, ejerció modesta y concienzudamente aquella profesion en un rincon de provincia.

Entre los campesinos de varios condados de Inglaterra era comun la opinion de que estaban libres de viruelas los individuos á quienes, por ordeñar las vacas, salian pústulas en las manos. Esta opinion, transmitida por una tradicion constante, existia igualmente en el mediodía de Francia, en la Carintia, en los ducados de Holstein y Mecklenburgo, y en las cercanías de Berlin. Jenner comprobó el hecho en 1776. Otros, ántes que él, habian conjeturado la existencia de un preservativo contra las viruelas, fundándose en aquella opinion general; pero nadie se habia adelantado á hacer experimentos, y el mérito del descubrimiento pertenece sin disputa al que primero hizo la aplicacion del remedio. En efecto media una distancia inmensa entre aquel hecho, vagamente establecido, y el conocimiento de la marcha regular de la enfermedad

comunicada por medio de la inoculación. Solo después de muchos ensayos, y de un sinnúmero de experimentos repetidos, logró Jenner convencerse de la eficacia de la vacuna, y reconoció la diferencia que existe en el estado de pus de aquellas pústulas, según son más ó menos antiguas, y pertenecen á la verdadera vacuna ó á erupciones á ella parecidas. Algunos casos de viruelas sobrevenidos á individuos vacunados por Jenner con pus que él creía de excelente calidad, en vez de arrearle le movieron á hacer nuevas investigaciones que muy luego le pusieron en estado de distinguir la vacuna verdadera de la falsa, por la facultad que experimentó en aquella, y nó en esta, de garantizar de las viruelas.

Por fin, establecidos ya los verdaderos caracteres de las pústulas, la marcha regular de la inoculación, y las épocas en que está el pus en el lleno de su fuerza profiláctica, publicó el incansable observador su obra inmortal titulada: « Investigaciones sobre las causas y los efectos de la vacuna (Londres 1798). » Muy luego fué traducida en todos los idiomas de Europa, y recibida con el entusiasmo que tan importante descubrimiento reclamaba. La introducción de la vacuna no encontró ningún obstáculo, y aun fué favorecida por el clero, protegida por los gobiernos, y en general propagada por los médicos de todos los países.

No nos detendremos en indicar las relaciones que Jenner creyó encontrar entre la pústula vacuna y la grapa caballar, pues la experiencia ha demostrado que esta opinión era inexacta.

Propagóse con increíble rapidez aquel grande descubrimiento, no solo en Europa, sino también en los Estados-Unidos, en la América española, y en el Brasil. Los mismos turcos le adoptaron apesar de su fatalismo, y los navegantes ingleses y americanos le llevaron á las más remotas comarcas. El respetable de La-Rochefoucauld-Liancourt, uno de los *Hombres Útiles* de nuestros días, dió á conocer á

los franceses la importancia de la vacuna, y desde luego Napoleón, secundado por Chaptal, Hallé, el doctor Husson y otros muchos entendidos facultativos contribuyó á que se propagase en todas las comarcas de su vasto imperio.

Jenner publicó sucesivamente en 1799, 1800 y 1804 tres nuevos opúsculos, como continuación de su obra inmortal, y tuvo la rara felicidad de vivir bastante tiempo para poder ser testigo del bien que había hecho á la humanidad. Honrado con la estimación general, admitido en el seno de todas las sociedades sabias de Europa y América, alabado de los reyes, bendecido de los pueblos, murió en 26 de enero de 1823 á la edad de setenta y cuatro años. Se han acuñado medallas en honor suyo; se le han erigido monumentos; y el parlamento inglés, le dió dos votos de gracias, y por último en 2 de junio de 1802 le concedió, á título de recompensa, un millón de reales.

Un celo indiscreto por parte de los partidarios de la vacuna llegó á punto de comprometer por poco su buen éxito: tal fué su obstinación en negar la existencia de algunos casos de viruelas manifestados apesar de la inoculación anterior y de la marcha regular de la vacuna. En el día la imparcialidad y la experiencia han dado á aquellos casos su verdadero valor, y confirmado las ventajas del beneficio debido á Jenner. Hay ejemplos de que al cabo de diez ó quince años de la inoculación, cuando las viruelas son epidémicas é intensas, no ha perdonado la enfermedad á algunos vacunados, si bien que en general los ataca benignamente. Estos casos aconsejan la segunda inoculación pasados doce ó quince años de la primera. Esta segunda vacuna produce rara vez las pústulas de la primera; y en tal caso es seguro que esta había sido ya suficiente. Y por el contrario, si se manifiesta la segunda vacuna, queda asegurado el individuo para el resto de su vida.

En el día, el reciente descubrimiento de los libros antiguos de los hindous, en

los cuales la vacuna está exactamente descrita y preconizada como preservativo infalible contra las viruelas, ha puesto fuera de duda la permanencia de los efectos saludables del virus vacúnico inoculado. Afírmase que la vacuna está igualmente en uso desde tiempo inmemorial entre las tribus nómadas de los Eliaats de la Persia moderna.

Jenner, sencillo en sus gustos, parco en sus deseos, no conocía otra ambición que la de ser útil á sus semejantes. Dotado de una rara modestia, se admiraba él mismo de una celebridad que no había buscado, y que no creía haber merecido.

Cristóbal Colon.

Cristóbal Colon no tiene patria. Su patria es el mundo entero á quien ha servido de padre. En todas las ciudades de la tierra pueden levantársele estatuas y monumentos porque su gloria está radicada en todas ellas, en la utilidad del género humano. Su vida consiste en un viaje. Basta contarle sencillamente para dar á conocer á Colon.

Hacia muchos años que las excursiones marítimas de los portugueses, los descubrimientos que habían ya hecho y los que meditaban aun, habían altamente escitado la atención de la Europa. Lisboa había llegado á ser el punto de reunión de todos los navegantes y de todos los sabios, contándose entre los extranjeros escitados de una generosa emulacion el célebre Cristóbal Colon. Este grande hombre poseía toda la instruccion necesaria á un buen marino, conociendo perfectamente la geografía, la cosmografía, la astronomía y el diseño. Dotado de un genio meditabundo, no podía permanecer indiferente á la gran cuestion que ocupaba en-

tonces todos los espíritus. Mientras los portugueses buscaban paso á las Indias por el sud del África, las dificultades de un viaje tan largo y hasta la incertidumbre misma de su existencia, condujeron naturalmente á Colon á examinar si seria posible descubrir un camino mas directo y mas corto. En sus aventajados estudios había llegado á formarse nociones mas exactas, acerca la figura de la tierra, que las de la mayor parte de los hombres de su siglo, de las cuales había sacado por consecuencia, que, atravesando el Atlántico en direccion al oeste, no podía dejarse de encontrar un nuevo continente.

Para la ejecucion de los planes que había concebido se dirigió primeramente á Génova, su patria, y habiendo sido desairado, hizo proposiciones á Juan II rey de Portugal. Mandó este examinar el proyecto de Colon, y cometió la vileza de enviar secretamente al descubrimiento á un piloto desconocido, que habiendo sido embestido por vientos contrarios, volvió á Lisboa y declaró abiertamente que Colon era un visionario y su proyecto una extravagancia.

Indignado Colon por traicion tan in-noble, salió al momento de Portugal, y llegó á España por los últimos dias del año 1484, dirigiéndose á la córte de los reyes Católicos, que examinaron con benevolencia sus planes. Por fin, despues de ocho años de pruebas y de irresolucion, Fernando é Isabel firmaron con Cristóbal Colon un tratado, por uno de cuyos artículos quedaba aquel elevado á almirante y nombrado virey de todas las islas y continentes que descubriese durante el curso de su expedicion.

El 12 de *mayo* de 1492 llegó Colon al puerto de Palos, desde donde debía hacerse á la vela. Componíase su escuadra de solas tres caravelas: *la Santa María*, cuyo mando se reservó; *la Pinta*, bajo las órdenes de Martin Alonso Pinzon, que llevaba consigo en calidad de piloto á su hermano menor Francisco: y *la Niña* mandada por otro hermano llamado Yañez

Pinzon. La escuadra tenia provisiones para doce meses, y su tripulacion era de noventa hombres á los cuales se han de añadir unos veinte aventureros que quisieron probar fortuna y algunos caballeros á quienes la reina Isabel habia encargado que acompañasen á Colon. El total de lo que en ella se gastó no pasaba de veinte mil duros.

El 3 de *agosto* de 1492, poco antes de salir el sol, hácese la escuadra á la vela. A los pocos dias descubre Colon las islas Canarias, donde hace escala y arregla lo mejor que puede sus pequeños buques.

6 de *setiembre*. — Sale de las Canarias. En este dia Colon se separó del mundo antiguo para entrar en el nuevo océano que iba á conquistar, y la empresa data verdaderamente de este dia.

7 de *setiembre*. — La flota anda poco por faltarle el viento. Sin embargo pierden de vista las Canarias. Empieza la consternacion de los marineros: algunos se echan á llorar, desesperando de volver á ver nunca la tierra que acaban de perder de vista; pero despues de mucho trabajo logra por fin Colon reanimar su valor.

14 de *setiembre*. — La estima señala doscientas leguas de camino desde la salida de Canarias. Colon disimula á la tripulacion una parte del camino andado para evitar por grados el horror que les causaria la distancia de las tierras, artificio que empleó despues constantemente. — Entonces se notan por primera vez las variaciones de la brújula, fenómeno enteramente nuevo que llena de terror á los compañeros de Cristobal Colon, el cual se esfuerza en esplicarles sus causas aunque él mismo no las comprende muy bien, y logra al fin disipar sus alarmas.

15 de *setiembre*. — Atraviesa el cielo un sulco de fuego, que vá á perderse en el mar á algunas leguas de la escuadra; el cielo es puro, y aquel metéoro no va acompañado de ninguna explosion. Sopla el viento del este desde su salida.

16 de *setiembre*. — Pasan algunos pájaros por encima de los buques, y en la superficie del mar se ven plantas marinas que parecen arrancadas de la tierra recientemente.

18 de *setiembre*. — El comandante de la Pinta cree descubrir tierra por la parte del norte; pero muy pronto es reconocido el error. Se sonda á cien brazas y no se halla fondo.

20 de *setiembre*. — Vienen pájaros del oeste. Una ballena. La corriente acarrea tan considerables capas de yerba que hasta impiden la marcha de las embarcaciones.

Del 21 al 30 de *setiembre*. — Cada dia se observan pájaros, pedazos de madera, plantas y otros indicios de tierra. Apesar de esto el terror y el descontento van siempre en aumento: el espíritu de sublevacion va apoderándose por grados de todos los hombres de la tripulacion, y á cada instante se dejan sentir nuevas quejas que solo se apaciguan para dar lugar al mas profundo abatimiento.

1 de *octubre*. — La estima da setecientas sesenta leguas; pero Colon no anuncia á los suyos mas que quinientas ochenta y cuatro. Sin embargo estos han perdido ya toda esperanza de encontrar tierra, y exagerando las dificultades de regresar á su país, logran inspirar tambien á la tropa un terror profundo. A las quejas y á los cargos suceden luego las amenazas. Todos convienen en que, para la salvacion comun, es necesario precisar á Colon á desistir y volverse. Hasta hay algunos furiosos que para no tener que luchar con la resistencia de Colon, quieren arrojarle al mar, persuadidos de que causaria poco pesar en España la muerte de un aventurero cuyos proyectos insensatos habian comprometido la vida de tantos valientes.

Colon conocia perfectamente todo el peligro de su situacion; pero su presencia de ánimo, la calma que supo siempre conservar, su habilidad y su valor le sacaron felizmente de este mal paso. Aque-

llos hombres groseros, eran poderosamente contenidos por las palabras de una persona que estaban acostumbrados á respetar. No solamente supo apaciguar sus fogosos arrebatos, sí que tambien volvió á conquistar su confianza y obtener que se abandonasen por algun tiempo mas á su direccion.

Del 2 al 8 de *octubre*. — Gran número de pájaros que vuelan al sud-oeste: Colon cambia de direccion y sigue la que le indican aquellos nuevos guias. Nuevos y multiplicados indicios de tierra.

9 y 10 de *octubre*. — Otro motin á bordo. Esta vez hasta los oficiales se juntan tambien á los marineros, y todos á la vez exigen con horribles amenazas que al momento se vuelva la escuadra á Europa. En vano recurre Colon á los medios que tan bien le habian salido en otras circunstancias; el prestigio de sus palabras es impotente; se ve obligado á capitular, y solo obtiene tres dias mas con la promesa solemne de que si en este intermedio no se ha descubierto la tierra, cederá á las exigencias de su tripulacion.

11 de *octubre*. — Los indicios de tierra son siempre mas evidentes: una caña recientemente cortada, una rama de árbol cargado con sus frutos, un pedazo de madera trabajada por mano de hombre, pájaros que no acostumbran alejarse mucho de las costas, cambios de viento y un olor vegetal muy pronunciado. Al anocheecer sondan y encuentran fondo. Persuadido Colon que toca ya al término de su empresa, manda ponerse en facha y cargar todas las velas, encargando vigilar con mucho cuidado durante toda la noche por temor de ser arrojado sobre la costa. Todos se quedan sobre cubierta, esperando el dia con una ansiedad indecible. A eso de las diez distinguen una luz que parece moverse á lo lejos, y poco despues de la media noche oyen gritar: *tierra!* á bordo de la *Pinta* que precedia á los otros dos buques. No obstante todavia se duda. Por fin llega el dia y disipa todas las incertidumbres: vese distin-

tamente á dos leguas al norte una tierra cubierta de bosques y regada por numerosos arroyos. Toda la tripulacion da gritos delirantes, entréganse á frenéticos transportes de alegría; abrázanse mutuamente, derraman lágrimas..... Los marineros entonan juntos el *Te Deum*, y en medio de estos cánticos de triunfo y de accion de gracias se adelantan hácia la playa. Al mismo tiempo recibe Colon las mas cumplidas satisfacciones: todos se arrojan á sus piés, proclamando su gloria, bendiciendo su génio y su valor; implorando con lágrimas un perdon que no se hace esperar. Por fin tocan á tierra.... Era el 12 de octubre de 1492; ¡acabábase de descubrir un nuevo mundo!

Colon saltó el primero á la playa, y poniéndose de rodillas, besó aquella tierra afortunada, ejemplo que fué imitado por todos sus compañeros. En seguida hizo levantar un crucifijo, y tomó solememente posesion del país en nombre de la corona de Castilla. Dió á la isla el nombre de San Salvador, que conserva aun en el dia (1). Hizo ondear el estandarte español, y allí se repitió una escena de enternecimiento, allí todos acataron al hombre grande y le prestaron juramento de fidelidad.

Atraidos los habitantes del país por la novedad del espectáculo, habian bajado en gran número á la costa, contemplando con el silencio del pasmo aquellas ceremonias que no podian comprender. Se les distribuyeron algunas bujerías y otros objetos de poco valor, y estas liberalidades les inspiraron una entera confianza. Cuando por la tarde se volvió Colon á bordo, se vió rodeado de una cuadrilla de isleños que seguian las lanchas, unos á nado y otros en piraguas que maniobraban con bastante habilidad.

Empleó el almirante el dia siguiente en dar la vuelta á la isla. Habiendo notado que la mayor parte de los naturales

(1) San Salvador hace parte del archipiélago de las Lucayas ó islas de Bahama, que se extienden desde Santo Domingo hasta unas cien leguas de la costa de las Floridas. Su nombre primitivo es *Guanahari*.

llevaban colgadas de las narices, como ornamento, unas planchitas de oro, quiso saber de donde este metal les provenia, y ellos señalaron al momento al sud, haciéndole comprender por señas que el oro abundaba en los países situados por aquella parte: Determinó, pues, tomar aquella direccion, llevándose consigo siete indios que debian servirle de guias y de intérpretes.

Durante la travesía descubrió diferentes islas, entre otras la de la Concepcion, de Fernando, de Isabel, de las Arenas y de los Miraparvos. Por fin el 27 llegó á un país de mucha extension, que los habitantes llamaban Cuba, nombre que conserva aun. Mientras él seguia la costa del norte desde el sitio donde está ahora Puerto-Príncipe hasta la extremidad oriental de la isla, algunos de su tripulacion visitaban el interior del país, donde descubrieron el maíz, planta desconocida entonces en Europa. Los habitantes estaban enteramente desnudos, como los de San Salvador, eran sencillos y buenos, como estos, pero mas desconfiados y mas tímidos. El terreno era mejor y mas bien cultivado que en las otras islas, y además de un gran número de cabañas ó chozas esparcidas habia una poblacion de mas de mil habitantes. Estos indios dieron á entender á los españoles que habia poca cantidad de oro en sus montañas, y que solo era muy abundante en una isla situada al este y que ellos llamaban Haiti. Para llegar primero á aquella region, y apoderarse de los tesoros que ella ofrecia, Martin Alonso Pinzon, sin hacer caso de las señas del almirante, dió todas las velas al buque y se separó precipitadamente de la escuadra. Colon con las otras dos embarcaciones no llegó á Haiti hasta el 6 de diciembre. Entró en un puerto al cual dió el nombre de San Nicolás: despues, adelantándose á lo largo de la costa septentrional, atravesó el canal de la Tortuga, y fué á pararse á corta distancia del lugar en que se encuentra actualmente el Cabo Francés.

Por todas partes los habitantes huian al acercarse los europeos, de modo que las primeras comunicaciones se establecieron con mucha dificultad. Por fin, un cacique (gefe de poblacion) se aventuró á hacer una visita á Colon: despues del cambio de varios presentes, indicó el cacique que el oro venia de un país montañoso del interior de la isla, que él llamaba Cibao. Admirado Colon de la semejanza de la palabra, creyó reconocer al Cipago de Marco Polo (1) en el Cibao de los haitianos, y desde entonces creyó que el país que acababa de descubrir estaba muy próximo á las costas orientales del Asia.

Para aproximarse pues á Cibao, continuó dirigiendo la proa al este. En la noche del 24 al 25 de diciembre, *la santa María*, arrebatada por una corriente, fué á dar contra unas rocas á flor de agua: con el choque se abrió la quilla y el barco se sumergió, salvándose solo la tripulacion. A la noticia de esta desgracia, Guacanahari (nombre del cacique) acudió con un gran número de los suyos, y prestó á Colon la mas generosa asistencia. Gracias al socorro de los indios, pudieron llevarse á tierra una gran parte del armamento y todos los objetos de algun valor, guardados durante la noche por sus mismos centinelas, y trasportados al dia siguiente por sus canoas á bordo de *la Niña*. Hízose todo con una prontitud, un celo y una fidelidad, que apenas hubiera podido esperarse de las naciones mas civilizadas del antiguo continente.

Cuando se hubo concluido el transbordaje, Guacanahari fué á consolar á Colon del modo mas afectuoso, ofreciéndole al mismo tiempo contribuir por cuantos medios estuviesen en su poder á la reparacion de la pérdida que acababa de experimentar. Mientras estaban en esta entrevista, llegó un cacique á decirles que el país se hallaba en desolacion

(1) Marco Polo y otros viajeros dieron el nombre de Cipago á las islas del Japon.

por las frecuentes incursiones de los caribes, nacion que devoraba la carne de sus prisioneros; se habia esparcido el temor, añadia, de que los hombres blancos fuesen tambien caribes, por cuyo motivo los isleños habian huido al acercarse aquellos.

Colon aprovechó esta ocasion para proponer á Guacanahari el dejar en la isla un número de hombres suficiente para defenderle de aquellos terribles enemigos, ofrecimiento dictado no solamente por el sentimiento de una justa gratitud, sí que tambien por la dificultad de llevar en *la Niña* la tripulacion de dos buques, por el deseo de examinar la naturaleza del país y por preparar así el establecimiento de una colonia que proyectaba fundar y que prometia grandísimas ventajas. El sencillo cacique aceptó al momento la proposicion; con lo que se habia salvado de la *Santa María* se levantó en el interior de la bahía del Caracol un pequeño fuerte, que Colon llamó *Natividad* por haber desembarcado en este punto el dia en que se celebra esta fiesta, y la obra se acabó en ocho dias con la ayuda de los haitianos que trabajaron con un conato infatigable en levantar el primer monumento de su servidumbre. Colon dejó en él una guarnicion de treinta y ocho hombres bajo las órdenes de Diego de Arada, los aprovisionó de víveres, de municiones y artillería, y despues de haberles dado las mas sabias instrucciones, se dispuso á regresar á Europa, prometiéndoles volver luego con refuerzo para ponerse en plena y pacífica posesion del país y poder recoger el fruto de sus descubrimientos.

El 4 de enero de 1493 hízose *la Niña* á la vela. Al principio costeó la tierra en la direccion del Este para acabar de reconocer el lado septentrional de la isla. El 6, cerca de Monte-Cristo, encontraron *la Pinta*, que hacia seis semanas se habia separado del pabellon del almirante. Pinzon procuró justificarse y pareció que Colon quedaba satisfecho de sus es-

casas. Por fin el 16 de enero abandonaron la costa, y las dos embarcaciones, marchando juntas, dirigieron su rumbo hácia España.

El viaje fué feliz hasta el 14 de febrero, que sobrevino un formidable huracan que separó á los dos buques. La violencia de la tempestad iba de tal modo en aumento, que el mismo Colon perdió toda esperanza de salvarse. Atormentado por la idea de que los frutos y la gloria de sus descubrimientos pudiesen en el naufragio, escribió á toda prisa la relacion abreviada de su viaje en un pergamino que metió en una especie de pastel de cera y le puso en un tonel tapado con mucho cuidado que arrojó al mar con la esperanza de que la Providencia se encargaria de un depósito tan precioso para el mundo. Entretanto el viento cedió, se calmó la mar, y algunos dias despues se descubrió una de las Azores. Despues de una escala de pocos dias, continuó Colon su ruta; pero, estando ya á corta distancia de las costas de España, se levantó otra tempestad casi tan violenta como la pasada, que despues de haberle llevado de una parte á otra durante dos dias, le obligó á entrar en las aguas del Tajo. Este feliz contratiempo le proporcionó una reparacion inesperada de la perfidia y desdenes con que se le habia tratado en la corte de Portugal; y presentado al rey don Juan, fué éste el primero á quien hizo la relacion de un viaje, cuya gloria é inmensos resultados hubiera podido apropiarse si hubiese tenido un poco mas de prudencia y prevision.

En fin, el 15 de marzo Colon desembarcó en Palos á los siete meses y once dias de su salida del mismo puerto, y de aquí se fué á Barcelona, donde la corte habia fijado entonces su residencia. No nos detendremos en esplicar el entusiasmo del pueblo, que corria en tropel de todos los puntos vecinos al camino, la magnificencia de su recepcion en la corte, ni los honores extraordinarios de que se vió colmado: estos detalles no pertenecen si-

no indirectamente al objeto que nos hemos propuesto, además de que el espacio á que nos hemos circunscrito no nos permite admitirlos. Por la misma razón pasaremos en silencio las persecuciones y los ultrajes que emponzoñaron los últimos días de aquel grande hombre, ni nos detendremos en los pormenores de los tres viajes posteriores que hizo, y cuyos resultados no son ciertamente comparables con los del primero. Con otra escuadra compuesta de 17 buques partió para su segundo viaje el 25 de setiembre de 1495, debiendo á él el descubrimiento de varias islas. Durante su tercer viaje fué encarcelado injustamente y sufrió la persecución mas atroz. En su cuarto y último viaje descubrió el continente americano que, de su nombre, fué despues llamado Colombia. Sublevósele parte de su gente, y osaron acometerle cuando se hallaba en cama atormentado de la gota. Pero sus partidarios le defendieron bizarramente y no solo rechazaron á los agresores sí que tambien los destrozaron completamente y prendieron á los principales motores de la insurrección. Acaso ningun hombre tiene mas títulos que Colon á la verdadera y pura gloria, pero acaso tampoco ninguno ha sufrido mas desgracias. Si enviaba regalos á los cortesanos para tenerlos de su parte, solo lograba crearse envidiosos. Aquellos á quienes no alcanzaban sus liberalidades, juraban su ruina, y los que de él habian recibido oro creian que eran acreedores á mas, y codiciaban los tesoros que á su parecer tendría ese hombre á quien la liberalidad arruinaba. Ah! la verdadera gloria no puede ser saboreada en toda su pureza: siempre ha de ir acompañada de dolores crueles. Colon murió el 20 de mayo de 1506 en Valladolid, víctima de la mas fea ingratitud.

Oliveros de Serres.

El padre de la agricultura entre los franceses; el gentilhomme labrador; el que, apesar de ser el mas antiguo, es todavía en nuestros días uno de los mejores autores de la agronomía moderna, tiene sin duda títulos suficientes para ocupar uno de los primeros lugares en la historia de los hombres útiles. Los adelantos agrícolas redundan en provecho de todas las naciones. La opulenta ciudad de Lyon, todo el mediodía, y una parte del centro y del norte de la Francia deben un culto particular á la memoria del hombre que secundó mas eficazmente al buen rey Enrique IV en su patriótico proyecto de introducir en su reino la producción y la fabricación de la seda, manantial de actividad y de riqueza para tantos ramos del comercio francés.

Serres nació en 1539 en Villanueva-de-Berg. Los primeros años de su juventud los pasó siendo testigo de las guerras de religion que asolaron su patria. ¿Que hacia en tanto el honrado gentilhomme? Apartaba la vista del cuadro de horrores que ofrecia el furor de sus hermanos, y volvía la mente, los ojos, y aun los brazos, á la naturaleza. Aprendía, estudiaba incesantemente el modo de cultivar los campos, de asegurar las cosechas, de dar en alguna manera la mano á la pródiga creación para el mayor provecho público. Por fin, despues de muchos años de una observación continua publicó su famoso, *Teatro de la agricultura y cultivo de los campos*. La obra está dividida en ocho partes. La primera en ocho capítulos trata del conocimiento de las tierras para emplearlas segun su calidad; la segunda en siete capítulos enseña el cultivo de las tierras destinadas para gra-

nos, á fin de procurarse toda especie de trigos; la tercera en quince capítulos explica el cultivo de la viña; la cuarta dedica diez y seis capítulos á la cria del ganado y á los pastos; la quinta nos ofrece en otros tantos capítulos los mejores consejos para la cria de gallinas, palomas etc. y para la de los gusanos de seda; la sexta (treinta capítulos) da consejos para los jardines, para tener buenos árboles frutales, lino, cáñamo, especias, etc.; la séptima (doce capítulos) trata del agua y de la madera; y por último la octava da instrucciones en siete capítulos sobre el uso de alimentos y el modo de vivir propio de la soledad de la campiña.

Esta es la obra de la que ha dicho Haller en su Biblioteca Botánica: «Es un vasto y precioso libro de un hombre experimentado, amigo de la sencillez, y enemigo de los procedimientos dispendiosos.»

Los esfuerzos de Serres para aclimatar en Francia la producción de la seda solo pueden compararse con su constancia en hacer experimentos para escribir aquella obra útil. Puede decirse que su existencia entera, desde los primeros años de su adolescencia hasta el de su muerte en 1649, fué una observación continua; un estudio sostenido de la naturaleza.

El digno inglés Arturo Joung contaba en el número de las circunstancias más felices de su viaje agronómico por Francia la de haber podido respirar el aire de Pradel, que fué residencia de Serres. «Contemplaba, dice, la antigua morada del padre de la agricultura francesa con aquella especie de veneración que solo pueden sentir los que van en busca de un objeto, y le encuentran, y se saborean en él llenos de un delicioso encanto.»

Montesquieu hizo aprender de memoria á su hijo el baron de Secondat la obra de Serres.

Serres fué digno de ser imitado por sus virtudes, así como su obra será siempre digna de ser leída.

El abate L'Epée.

De tiempo en tiempo aparecen algunos hombres destinados para servir como de antorchas para guiar á la sociedad en el camino de la civilización. Entre esos bienhechores de la humanidad, merece ocupar el abate L'Epée uno de los primeros lugares: hombre modesto y virtuoso, consagra su talento, su fortuna, su existencia entera, á una obra de caridad; animado por el genio y por la beneficencia coordina el arte admirable con que se corrige un error de la naturaleza, restableciendo al sordo-mudo en el pleno de las prerrogativas de la humanidad. Admírase el valor de los misioneros que emigran á regiones lejanas sin miedo á la muerte, para convertir al cristianismo á las tribus salvajes; y cuando en nuestro país, y entre nosotros mismos, existen millares de nuestros semejantes desheredados de los beneficios de la religión, ¿no diremos que es una misión generosa y sublime la de penetrar en el alma del sordo-mudo, la de revelar-le su noble destino, y destruir la valla que entre él y los demás hombres había puesto la privación de un sentido? El abate L'Epée comprendió la grandeza de esta misión, y supo llenarla con un zelo que reclama la veneración de la posteridad (1).

artículo del insigne y útil médico español don Antonio Hernandez Morejon, sacado de su obra póstuma *Historia bibliográfica de la medicina española*, publicada por los editores de la Biblioteca escogida de medicina y cirugía. Dice así:

«El entendimiento español tiene también en este si-

(1) Sin querer rebajar la gloria debida al abate L'Epée, gloria grande, inmensa, aunque solo le miremos como perfeccionador y propagador del descubrimiento que ha devuelto, por decirlo así, á la existencia á los sordo-mudos, cumple sin embargo á nuestro propósito, como buenos españoles, copiar el siguiente

Cárlos Miguel de L' Epée nació en Versailles á 25 de noviembre de 1712. Su padre arquitecto, le inculcó desde la niñez la dulzura en el trato, la sencillez, la humanidad y el deseo de ser útil. Desde la edad de diez y siete años manifestó su vocacion hácia el estado eclesiástico; sin embargo siguió la carrera de abogado hasta que el obispo de Troyes, sobrino de Bossuet, le ordenó y le confirió un modesto canonicado en su diócesis. Muerto el obispo, pasó L' Epée á París, en donde su amor á la humanidad se convirtió en verdadera pasión. He aquí como cuenta el mismo, con una sencillez admirable, la casualidad que le impulsó á consagrarse á la educacion de los sordo-mudos. «Murió el padre Vanin cuando habia principiado la educacion de dos hermanas gemelas, sordomudas de nacimiento. Estas dos tiernas niñas se encontraron sin apoyo, sin recurso. La idea de que vivirían y mori-

rían ignorando los principios de la religion, si yo no procuraba enseñárselos, me movió extraordinariamente á compasion; dije, pues, que me las trajesen y que haria todo lo posible para adoc-trinarlas.»

Ya antes de L' Epée se habian hecho muchos ensayos para lograr la instrucion de los sordo-mudos. Pedro Ponce y Juan Bonet en España; Wallis y Burnet en Ynglaterra; Manuel Ramirez, de Cortona; Pedro de Castro, en Mantua; Conrado Amman en Holanda; Van-Helmont en Alemania; Pereire y Ernaud en Francia, habian instruido algunos sordo-mudos aisladamente: pero casi todos estaban dominados por una preocupacion, á saber, la de querer hacer hablar al sordo-mudo; y sus trabajos, aunque loables, se limitaban al beneficio de una educacion individual, y no habian producido ningun resultado general en favor de la humanidad. Cuando L' Epée con-

glo el derecho de reclamar á la Europa algunos inventos exclusivamente suyos, y con los cuales se han envanecido los extranjeros, particularmente los franceses.

«El primero de que voy á hacer mencion es el arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos. Los que saben las relaciones que tiene este arte con la fisiología y con las operaciones intelectuales, conocerán las razones por qué debe ocupar un lugar muy distinguido en la historia de la medicina.

«Un monge benedictino, en la soledad del claustro, fué el primero que concibió el gran pensamiento de suplir á la falta del sentido del oído con el de la vista, y enseñar por señas á hablar á los mudos; y de él lo han aprendido otros nacionales y extranjeros. Este genio fisiológico, este hombre lleno de caridad, para quien nada eran la fortuna ni las dotes del talento, si no se empleaban en bien de la humanidad, fué *Fray Pedro Ponce de Leon*, monge profeso de Sahagun en Castilla la Vieja, del orden de San Benito, que floreció por los años de 1530. A él deben los seres desgraciados, que por un defecto orgánico estaban secuestrados de la sociedad, la comunicacion con sus semejantes, cuando en otro tiempo se veian como separados de todos, sin recuerdos de lo pasado, sin una esperanza lisonjera para el porvenir, y sin poder comunicar á nadie sus ideas, sus sentimientos, sus satisfacciones ó sus pesares. ¡Existencia verdaderamente desgraciada, que habia de mover á compasion á todo el que la contemplase! ¡Vida monotoná y llena de disgusto, pues que sin perder la escelencia humana, se veian precisados á pasar el triste periodo de la cuna al sepulcro, entre meras sensaciones animales, sin poder satisfacer otras necesidades que las del momento, y sin gozar de las dulces emociones que nos presta el comercio con los seres de nuestra especie!

«Tal era el deplorable estado del sordo-mudo antes

que el monge benedictino emplease sus talentos en sacar á esta porcion de nuestra especie de la triste esclavitud en que se encontraba: él descubrió la clave ingeniosa con que pudo corregir á la misma naturaleza, y desmentir al filósofo del Peripato que juzgaba imposible semejante empresa. Sus coetáneos aseguran que este descubrimiento lo hizo convencido por razones filosóficas de la posibilidad de que llegasen á hablar los sordo-mudos; y añaden que hacia hablar á sus discípulos, aprender idiomas, escribir, pintar y otras cosas, nombrando por testigo á don Gaspar de Gurrea, hijo del gobernador de Aragon, uno de sus educandos.

«Don Pedro de Velasco y sus dos hermanos, todos sordo-mudos, é hijos del condestable de Castilla, segun el testimonio de Ocampo, y de Ambrosio de Morales, aprendieron á escribir perfectamente; y el don Pedro hablaba y escribia en castellano con elegancia, en latin casi sin solecismos, y además en caracteres griegos. El célebre médico Francisco Valles, en su *Filosofia sagrada*, encomia y alaba la invencion de Ponce, de quien era amigo y testigo de los adelantos que hacian sus discípulos, principalmente en la escritura.

«Desgraciadamente desde el año de 1584, en que falleció este benemérito monje, hasta principios del siglo XVII, quedó sepultada su prodigiosa invencion en sus manuscritos. En 1620 el aragonés Juan Pablo Bonet dió á luz una obra titulada *Arte para enseñar á hablar á los sordo-mudos*, y esta novedad le mereció la gloria de ser considerado como su inventor; pero es muy creible que cuando Fr. Pedro Ponce enseñó en casa del condestable, dejase en ella algunas memorias del arte y método con que lo hacia, y que cuando despues de cincuenta años fué llamado Bonet á la misma casa para enseñar á otro, encontrára ó le dieran las memorias de Ponce. Así dice el célebre Nicolás Antonio que Bonet no hizo mas al parecer que publicar el arte

cibió su generoso pensamiento, ignoraba los ensayos de sus predecesores, y aunque hubiese tenido conocimiento de ellos, no por esto dejaría de obtener la gloria de ser el padre de los sordo-mudos, porque fué el primero que dió á su instrucción el carácter de un beneficio general.

Los sordo-mudos están dotados de las mismas facultades intelectuales que los niños que gozan de la plenitud de sus sentidos; para desarrollarlas solo necesitan ocasiones, las cuales, por la falta del oído, son raras en el sordo-mudo, pero nó imposibles. Las acciones, las escenas variadas de la naturaleza, son también un lenguaje, y para comprenderle no necesita el sordo-mudo nuestros idiomas convencionales. Esta especie de cultivo de la inteligencia por medio de los hechos es mas eficaz de lo que á primera vista parece. Muy luego el sordo-mudo siente la necesidad de entrar en comunicacion con las *personas* que le rodean,

inventado por Ponce. Pero sea de esto lo que quiera, no se podrá negar la primacia en este particular á nuestro filantrópico benedictino.

«A Bonet siguió en la enseñanza Manuel Ramirez de Carrion, secretario del marqués de Priego, sordo-mudo, á quien enseñó á hablar y á escribir.

«Después de estos dos apreciables propagadores de la invencion de Pedro Ponce, aparecieron en el siglo XVII el inglés Degby y Walis, que hizo un viaje á Madrid con el príncipe de Gales, donde oyeron hablar y vieron escribir á los sordo-mudos, hermano menor del condestable de Castilla, y marqués de Priego.

«El sábio Gregory en Inglaterra, el gran fisiólogo Vanhelmont en Alemania, el escrupuloso observador Pedro de Castro en España é Italia, el caritativo Conrado Amman en Holanda, y el topógrafo Castberg en Dinamarca todos han demostrado que esta ciencia es universal en socorros para el aflijido, y han escitado la compasion de otros muchos que se han dedicado á este objeto desde su tiempo hasta el nuestro.

«En 1735 Juan Rodriguez Pereira pasó de Cádiz á París, donde se estableció; y en 1746 dice Buffon que le presentó al sordo-mudo Azy d'Etavigny, de diez y nueve años, á quien habia enseñado á escribir y á hablar. En 1749 el referido Pereira manifestó á la real academia de aquella corte dos sordo-mudos, á quienes habia educado, y por este motivo se le condecoró con el título de inventor de este arte, premiándole además el rey con una pension anual de 320 escudos de oro.

«En 1755 el piadosísimo abate L'Epée, de venerable memoria, abrió en París escuela pública, donde enseñaba á los sordo-mudos al par de Pereira, aunque con distinto método; el primero adoptó el dactilológico, y el segundo enseñaba por señas.

y entonces las cosas, que han sido su primer maestro, vienen á ser también las primeras señales de su pensamiento. Sin duda este lenguaje del sordo-mudo aislado es tan limitado como el círculo de sus ideas; pero, se desarrolla rápidamente cuando muchos de esos desgraciados están reunidos en sociedad, pues cada uno contribuye por su parte á aumentar la masa común, y las nuevas relaciones y las nuevas necesidades, dan origen á otras ideas, á otros sentimientos, á los que siguen nuevos signos que siempre van en pos de los progresos de la inteligencia.

L'Epée comprendió todos los recursos que el lenguaje mímico podia ofrecer para la educacion del sordo-mudo: le estudió, le perfeccionó, le construyó según el modelo de nuestros idiomas, y le hizo servir para el desarrollo intelectual de sus discípulos y para la interpretacion de las palabras. Si en la for-

«L'Epée fué tenido por muchos en Francia como inventor de su escuela; pero este candoroso cuanto caritativo sacerdote insertó en todas sus obras que las de Bonet y Ammon habian sido sus modelos, manifestando que para la inteligencia de Bonet tuvo que aprender la lengua española. En una palabra, honra la memoria de dichos españoles, llamándolos maestros, y respetándolos como á tales, confesion que el abate Sicard confirma en sus comentarios.

«En tanto que en París progresaban las escuelas del referido abate L'Epée y la de Pereira, prodigando cada uno á los infortunados sordo-mudos esa vida moral con que los rehabilitaban en la dignidad de hombres; en España, cuna de la invencion, carecieron de escuela nuestros desgraciados compatriotas, hasta que en 1795 mandó Carlos IV que se abriese una provisional para esta enseñanza en el colegio de Avapiés de padres Escolapios de esta corte.

«En 1800 la sociedad económica matritense se encargó de la proteccion de la dicha escuela, y mediante real orden comunicada á la sociedad por el secretario de estado don Pedro Ceballos en 3 de noviembre de 1803, se le dió un reglamento para su régimen, permaneciendo bajo la direccion de dicha sociedad hasta el año de 1823.

«Este establecimiento, digno de la particular proteccion de un gobierno ilustrado, permanece aun en esta corte, pero dolorosamente solo cuenta un corto número de plazas de número. ¡Pluguiese al cielo mejorar la suerte de estos desgraciados, estableciéndose un colegio que diera honor á la nacion, y pudiéndose decir que á favor suyo y de los dignos maestros que en el dia ejercen tan honorífica enseñanza, no habia ya entre nosotros ningun sordo-mudo condenado á todo el rigor de su suerte.

macion de ese idioma de los *signos metódicos*, incurrió en algunos errores, no olvidemos la inmensidad del fin que se habia propuesto, pues se trataba de hacer en los signos lo que una larga serie de generaciones ha hecho para los idiomas artificiales. Al cabo de algun tiempo presentó sus discípulos á exámenes públicos á los que asistieron personas las mas distinguidas, sabios de todos los países, príncipes, y de los que todos salieron expresando en alta voz su admiracion.

En 1776 publicó su método en una obra titulada: «Instruccion de los sordo-mudos por medio de signos metódicos.» En 1784 publicó otra edicion de la misma obra con este título: «Verdadero modo de instruir á los sordo-mudos, confirmado por una larga experiencia.»

Y no solo supo inventar, sí que tambien propagar. No se limitó á ser útil á los sordo-mudos de su patria, sino que quiso ser el apóstol de sus infelices hermanos de otros países, y para ello tuvo la paciencia y la constancia de aprender muchos idiomas extranjeros.

El emperador José II, durante su permanencia en París, asistió á sus lecciones, y lleno de admiracion le ofreció una abadía en sus estados: «Ya soy viejo, respondió L'Epée, y mejor será que V. M. dé entrada en su imperio á la institucion mas bien que al institutor.» Así lo hizo José II.

En 1780 el embajador de Rusia le ofreció ricos presentes de parte de Catalina II: «Decid á S. M., respondió L'Epée, que lo único que la pido es que me envíe un sordo-mudo para instruirle.»

Deseaba ardientemente encontrar sucesores que no abandonasen su obra, y lo logró, pues muchos de sus discípulos, entre ellos el abate Storek en Viena, Silvestri en Roma, Ulrich en Suiza, Angulo y Alea en España, Dolé y Guyot en Holanda, y los abates Sicard, Salvan y Huby en Francia, continuaron su empresa.

I.

A un tiempo maestro y padre de sus discípulos instruía L'Epée gratuitamente á treinta sordo-mudos y proveía á todas sus necesidades. Disfrutando de una renta de doce mil libras tornesas se imponía privaciones para que redundasen en provecho de sus hijos adoptivos. Durante el rigoroso invierno de 1788 ese anciano venerable no se calentaba á la lumbre por no aumentar su gasto personal, y tuvieron que obligarle sus discípulos á comprarse leña. Y luego les decia: «amigos míos, os he quitado cien escudos.» Es decir que sostenía con recursos propios una institucion tan bella.

Murió el abate L'Epée á la edad de setenta y siete años en 1789, el 23 de diciembre. Su nombre vivirá tanto como su obra. Todos los institutos de sordo-mudos le deben su existencia: ahí están en todos los países como otros tantos monumentos que recomiendan su recuerdo á la posteridad.

Watt.

Para nuestra época de cálculo hay cifras mas elocuentes que un panegírico. La Inglaterra, la Escocia y la Irlanda reunidas ofrecen una poblacion de veinte y cuatro millones de habitantes. Ahora bien, un modesto mecánico, un constructor de instrumentos de matemáticas perfecciona una máquina ya conocida, pero grosera; la mejora, la transforma hasta darla nueva vida, y crea con ella y desarrolla en el espacio de algunos años, una potencia motriz, aplicable á todas las fabricaciones é industrias, que realiza una inmensa masa de fuerza equivalente á la que podrian producir los brazos de cien millones de hombres. Hé aquí pues la poblacion de aquellos tres países

4

cuadruplicada en provecho de la industria británica; hé aquí un beneficio que luego se ha ido extendiendo á todas las demás naciones. El gran descubrimiento, que debia obrar tan prodigiosos efectos, es el de las máquinas de vapor, perfeccionadas y en algun modo creadas por Watt, ese Cristóbal Colon de la mecánica y de la industria manufacturera de nuestros dias. La progresiva y continua invasion del inmenso imperio anglo-indio, que no cuenta menos de ciento y catorce millones de súbditos, sometidos al yugo británico, no ha sido, nó, para los ingleses un manantial tan fecundo de riquezas y de poder como el descubrimiento de Watt: inmortal conquista, tanto mas gloriosa para su autor, en cuanto nada en ella es debido al azar, sino que es el resultado de largas y laboriosas investigaciones y de innumerables experimentos.

James Watt nació en Greenock (Escocia) en 19 de junio de 1736. Su constitucion débil no parecia prometerle un largo porvenir, pero esta circunstancia desarrolló en él el amor al retiro y una aplicacion sin las cuales rara vez se llevan á cabo grandes cosas. Desde la edad de diez y seis á veinte años estuvo de aprendiz en un pequeño taller en el que se fabricaban compases, balanzas, algunos aparatos de física, cuadrantes solares y utensilios para la pesca. Despues estuvo pocos meses en Lóndres en casa de un fabricante de instrumentos de matemáticas. Restituido á Escocia, se estableció en Glasgow, en donde se casó con una prima suya.

En 1764, los profesores de la universidad de Glasgow le enviaron un pequeño modelo de la máquina de vapor llamada de Newcommen, para que la reparase y pusiese en estado de servir para los experimentos y demostraciones de la cátedra de física. Watt observa la máquina, la estudia profundamente, y descubre en ella defectos esenciales que nadie hasta entonces habia reconocido.

Segun la justa observacion del sabio Arago, los que creen que la máquina de vapor empleada en nuestros dias ha sido inventada por un solo hombre, y como por efecto de una improvisacion, se desengañarán fácilmente siguiendo la rápida historia de esa grande creacion del genio de la mecánica en los tiempos modernos. Los españoles dicen que Blasco Garay en el primer tercio del siglo décimo sexto fué el verdadero inventor de una máquina de vapor. Los franceses afirman que lo fué Salomon Caus que murió en 1630. Los ingleses aseguran que la invencion es debida á Sommerset, marqués de Worcester, que publicó su libro de los *cien descubrimientos* en 1663. Ello es que los ingleses Savery, Newcommen y Cawley fueron los constructores de las máquinas de vapor que estaban en uso antes del gran descubrimiento de Watt. Este conoció al momento que, por el sistema vigente, segun el cual á cada condensacion se enfriaba el cilindro, se perdía mucho calor, y de consiguiente se consumia inútilmente mucho combustible.

Concibe entonces la idea de añadir á la máquina un tubo por donde se dirigiese el vapor, despues de haber producido su efecto, para recibir la impresion del agua fria que debia condensarle, sin que perdiese su calor el cilindro. Ese ingenioso procedimiento, y la invencion de ese condensador es lo que ha dado á Watt el primer título á la admiracion y al reconocimiento de la posteridad. Poco despues de haber dado este paso inmenso inventó su máquina llamada de doble efecto, nueva modificacion y mejora de la máquina de Newcommen. El nuevo aparato, además de la economía y del aumento de fuerza, acababa de adquirir una regularidad y una precision matemáticas que daban un carácter enteramente nuevo á una invencion que hacia un siglo caminaba torpe y lánguidamente sin ofrecer resultados.

Quedábale por hacer lo mas difícil, á saber, el decidirse á correr el azar de un

experimento desconocido, sobretodo en mecánica, donde un error de cálculo puede conducirnos á hacer gastos ruinosos. Watt era poco comunicativo, algo tímido, y no se cuidaba de hacer lucir sus conocimientos. Sin embargo se asoció con un hombre instruido, el doctor Roebuck, y poco despues con Mateo Beulton, rico fabricante, emprendedor y bien reputado: y la riqueza secundó dignamente los esfuerzos del genio.

El gobierno británico les concedió privilegio hasta el año de 1775, y luego hasta el de 1800. Establecieron una fábrica en Soho, cerca de Birmingham, la que, al cabo de algunos años de esfuerzos, prosperó extraordinariamente. Pronto la esteril colina de Soho, en donde antes no veía el viajero mas que una que otra miserable cabaña, se cubrió de bellos jardines, de suntuosas habitaciones y de talleres que á poco fueron reputados los primeros de Europa. Soho llegó á ser un establecimiento modelo, una especie de escuela politécnica para los mecánicos y los ingenieros, visitada de todos los extranjeros sabios ó curiosos que viajaban por la Gran-Bretaña. A dos de ellos, el sabio español Betancur y su ingenioso amigo Zureda, no se les permitió ver mas que el juego exterior de la máquina: sin embargo, entrambos poseían en alto grado el golpe de vista mecánico, y una mirada les bastó para diseñar despues un modelo de la máquina, modelo que sirvió para construir una enteramente idéntica en la isla de los Cisnes.

Para formarse una idea exacta de la importancia comercial de la invencion de Watt, y de la inmensa economia de combustible que de ella resulta, bastará decir que el inventor y su socio, sin exigir ningun adelanto vendian y colocaban máquinas sin reclamar por todo precio, salario y beneficio, mas que la tercera parte de la economia de combustible que resultase de la comparacion de las mismas con las del antiguo sistema, llamadas máquinas de Newcommen. En las solas minas de

Chacewater en Cornualles, en donde funcionaban tres máquinas de Watt, los propietarios compraron el derecho de los inventores en 60,000 francos anuales, lo que supone una economia de combustible que pasaba de 180,000 francos.

Las máquinas de Watt no sirvieron hasta el año de 1800 mas que para elevar el agua de las minas, pero muy luego reemplazaron á los demas motores en todas partes donde faltaban ó eran impotentes los saltos de agua. En suma la aplicacion del sistema de Watt sirve ya tambien para la navegacion, y para el transporte terrestre, y el vapor de agua ha llegado ser la potencia motriz por escelencia.

El respetable patriarca de la industria británica murió á los 83 años de su edad en 25 de agosto de 1819, en su casa de Heathfield, cerca de Birmingham. Apesar de su gloria y de su fortuna no tuvo enemigos, prueba de su honradez. En uno de sus ratos de solaz inventó una máquina para copiar cartas, utilísima á los comerciantes. No ha dejado mas que un escrito « sobre las partes constituyentes del agua y del aire deflogístico (oxígeno) » y algunas notas sobre el vapor y las máquinas de vapor. Estaba versado en la química, la física, la medicina, la jurisprudencia, la arquitectura, la música, y en los principales idiomas y literaturas de Europa: su cabeza era una verdadera enciclopedia.

Existen tres estatuas de este hombre útil, dos de mármol y una de bronce; una de aquellas adorna su sepulcro, las dos restantes las posee la ciudad de Glasgow.

Estéban Girard.

Setenta y cinco millones de francos reunidos en setenta años de una vida

honrada y laboriosa, y legados en su totalidad para fundaciones de utilidad pública, hé aquí un hecho que merece recordar á todas las edades al bienhechor de la ciudad de Filadelfia, á Estéban Girard, marino y comerciante.

Nació en Burdeos el dia 22 de mayo de 1750. Por la explosion de un marisco, que echó imprudentemente al fuego, perdió el ojo derecho. Tuvo tambien la desgracia de perder á su madre, de que pasase su padre á segundas nupcias, y de recibir mal trato de su madrastra; así es que á la edad de catorce años huyó de la casa paterna, y se embarcó furtivamente en uno de los buques que iban á las colonias. En pago de su pasaje ofreció sus servicios.

Hé aquí á un pobre jóven entregado á sí mismo, sin recursos, sin otro auxilio que sus brazos, y sin otra esperanza que la mar, que tantas fortunas ha creado, aunque tambien ha sumergido tantas otras.

Nuestro aventurero no tenia instruccion ni experiencia, cosas tan necesarias para dar á la existencia un buen rumbo. Hubo, pues de instruirse sin maestro, y de tomar consejo de sí mismo en las tristes eventualidades de la vida. Se aplicó, estudió á la vez la teoría y la práctica de la navegacion, y al cabo de ocho años, despues de haberse grangeado el afecto de los consignatarios y armadores por su buen porte, por su honradez y sus modales logró ser nombrado capitan de un buque mercante. Entonces desplegó toda su actividad y su economía, y no tardó mucho en ser á la vez capitan y armador. Todas sus expediciones tuvieron el éxito mas feliz, que llegó á ser proverbial. Y como no deseaba nunca reunir el resultado de las especulaciones, sino que todo el producto de una lo pasaba inmediatamente á otra es de ahí que llegó á reunir capitales inmensos. En 1842 ascendian estos á veinte y cinco millones de francos. Los Estados-Únidos necesitaban un empréstito de esta misma suma, y sin va-

cilar un momento se encarga de él: con lo que salvó á la Union de los desastres y de la afrenta de una bancarrota, y al mismo tiempo duplicó su capital.

Murió el dia 26 de diciembre de 1831. Como si no hubiese atesorado toda su vida mas que para ser útil á sus semejantes despues de su muerte, ó por mejor decir, como si no hubiese trabajado mas que para redactar un testamento, no hay un artículo de este que no sea una fundacion filantrópica, y esceptuando un millon de francos legados á sus parientes y amigos, lo demás de su inmensa fortuna lo destinó en bien de la humanidad.

Una singularidad se nota en su testamento. Funda un colegio para dar educacion á trescientos niños; quiere que se les imbuyan los mas sanos principios de moral; pero prohíbe que se les hable de controversias religiosas hasta que estén en edad de poder comprenderlas.

Cervantes.

Cervantes, como autor de un solo libro, ha sido acaso el escritor mas útil del mundo. Ningun otro ha logrado como él desarraigat un vicio social, ningun libro de literatura ha tenido jamás tanta influencia en las costumbres de todas las naciones civilizadas. Traducido en todos los idiomas, todos los pueblos le comprenden como si fuese escrito para ellos, porque en todos los pueblos de la tierra el hombre que se siente fuerte tiene tentaciones de convertirse en caballero de fortuna, y de imponer á los demás hasta sus menores caprichos so pretesto de amparar al débil.

Tres fueron las causas, dice el juicioso escritor don Vicente de los Rios, que concurrieron al origen y progresos de la caballería andante en Europa: la legisla-

cion de las naciones septentrionales, el gobierno feudal, y la noble emulacion de las Cruzadas. En aquella legislacion el abuso de las pruebas negativas en los juicios introdujo la purgacion por agua y hierro, y la incertidumbre de esta prueba precisó á recurrir al combate judicial, que se extendió á toda especie de acciones y demandas.

Todas se redujeron á hechos, y estos hechos se decidian en un duelo. Para arreglarlos se establecieron leyes muy singulares y discretas, en las cuales estaba enlazada la locura del hecho con la racionalidad del derecho: de modo que de su monstruosa union resultó la caballería andante vestida de todas sus extravagancias, á la manera que salió armada Minerva del cerebro de Júpiter.

El gobierno feudal era un estado perpetuo de guerra y rapiña, en que las personas débiles y desarmadas estaban siempre espuestas á los insultos de la fuerza y de la violencia. Aquel zelo guerrero y generoso que empeñó á tanta muchedumbre de caballeros á tomar las armas para defender á los peregrinos oprimidos en la Palestina, aquel propio incitó á otros á proteger y vindicar la inocencia en Europa misma, reprimiendo la violencia de los poderosos, libertando los cautivos, y vengando á las mujeres, á los huérfanos, á los eclesiásticos, y á todos aquellos que no podian por sí mismos tomar armas para resistir á la fuerza abierta, ó para defenderse en el combate judicial.

De un objeto tan noble en su principio, tan preciso segun las circunstancias en que se hallaba la sociedad, tan útil á la mayor parte de los hombres, y tan aplaudido por el valor, humanidad, pundonor y justicia de los que le ejercian, resultó la órden de caballería, órden de una gerarquía superior á todas las demás, pues que hasta los reyes hacian vanidad de recibirla de mano de un caballero particular.

Las distinciones y prerogativas de la caballería inspiraron á varios hombres un fanatismo militar, que les indujo á em-

prender hechos muy extravagantes y desvariados. La ventaja que daban las armas ofensivas y defensivas de mayor fuerza y mejor temple, dió motivo al vulgo, que no penetraba, ni inquiria la causa de aquella ventaja, para persuadirse á que procedia de encantamiento.

La idea de los campeones protectores de la virtud y hermosura de las mujeres condujo á un galanteo ciego y desatinado, y de este modo fué la debilidad humana viciando poco á poco la órden de caballería, hasta degradarla y reducirla al extremo de caballería andante.

Esta tuvo mayor auge cuando por haberse introducido una legislacion equitativa, y afirmándose el poder monárquico, se desterró el combate judicial y la odiosa desigualdad que resultaba de la anarquía feudal. Entónces que la órden de la caballería no podia subsistir como ántes, porque sus funciones eran peculiares de los soberanos y magistrados, no quedó otra ocupacion á los que querian hacer alarde de caballeros, sino entrometerse á reformar los particulares abusos, que les representaba como tales su antojo, su capricho, ó su pasion.

De aquí procedió y tomó cuerpo la manía caballescaca, que no pudo reprimirse, ni con la vigilancia de las leyes, ni con la autoridad soberana. De aquí el valor importuno y el galanteo idólatra, que se acreditaron mas y mas con el uso de las justas y torneos, y de los duelos particulares. De aquí finalmente un empeño continuo en impedir el curso de la justicia y substraerse de su poder, con otros excesos contrarios á la religion, á las leyes y á la tranquilidad pública.

Las novelas caballescacas fomentaron estas ideas, y trastornaron la fantasía de los lectores, pintándoles campeones imaginarios, caballos alados y dotados de inteligencia, hombres invisibles, ó invulnerables, mágicos interesados en la gloria y reputacion de los caballeros, palacios encantados y desencantados, y hazañas portentosas é increíbles.

Aquellos excesos y estas ideas fueron el primer objeto de la moral del Quijote, y eran comunes á España y á toda Europa aun en los siglos XV y XVI. Cervantes intentó desterrar aquellos excesos y los libros que los autorizaban, y lo intentó sabiendo por experiencia propia, que su práctica y lectura era moda dentro y fuera de España, y que eran vicios de los hombres y no precisamente de los españoles.

Por esto previno en el prólogo de su fábula, que su primero y principal fin *era derribar la máquina mal fundada de los libros caballerescos, y deshacer la autoridad y cabida que tenían en el mundo y en el vulgo.*

Lo cierto es que el principal fin de Cervantes no fué divertir y entretener á sus lectores, como vulgarmente se cree. Valióse de este medio como de un lenitivo para templar la delicada sátira que hizo de las costumbres de su tiempo; sátira viva y animada; pero sin hiel y sin amargura: sátira suave y halagüeña; pero llena de avisos discretos y oportunos, dignos de la ingeniosa destreza de Sócrates, y tan distantes de la demasiada indulgencia, como de la austeridad nimia.

Por este útil y divertido camino conduce Cervantes á sus lectores, enseñándolos é instruyéndolos desde el principio hasta el fin de su fábula. Su principal objeto es la correccion de los vicios caballerescos. Este es el primero, pero nó el único asunto de su moral. En ella se comprehenden tambien aquellos defectos, que por ser mas frecuentes y perjudiciales á la sociedad y literatura, hicieron mayor impresion en el ánimo del autor, zeloso del bien de los hombres y en especial de los de su nacion. De manera que la moral de esta fábula no solo es útil por los varios objetos que abraza, sino tambien por la discrecion con que los reprende, á medida del esfuerzo preciso para desarraigálos del espíritu del vulgo.

El autor de un libro tan admirable, el ilustre escritor, digno de mejor siglo, y

acreedor á todas las recompensas debidas al valor, á la virtud y al talento, vivió pobre, despreciado y miserable en medio de la misma nacion que ilustró en la paz con sus obras, y á cuyas victorias habia contribuido con su sangre en la guerra, y murió sin lograr despues la fama póstuma que merecia. Destino infeliz y singular aun entre los grandes hombres desgraciados, cuyas cenizas son por lo regular objeto del aplauso y honor que debia haberse tributado á sus personas.

Los contemporáneos de Cervantes que le despreciaron ó persiguieron miéntras vivió, trataron tambien con igual injusticia su memoria. Desdeñáronse de publicar la vida de este autor en aquel tiempo, en que la inmediacion á los sucesos les daba toda la oportunidad posible para ejecutarlo con exactitud y facilidad, y esta negligencia, que fué causa de que sus hechos se envolviesen en la confusion del tiempo, y se oscureciesen con las sombras del olvido, ha hecho tambien muy difícil por una consecuencia muy natural el escribir su vida en los tiempos posteriores.

Por esto nuestros literatos, ó solo han escrito de paso algunas noticias de Cervantes, ó se han contentado con publicar algunas memorias, en que la fecundidad y riqueza que presentan los varios é ingeniosos escritos de este autor, disfraza y encubre diestramente la escasez é ignorancia en que estamos de sus hechos y de su vida: y aun de este último obsequio es deudor Cervantes á la solicitud de una de las naciones sabias de Europa, la cual, conociendo y apreciando su distinguido mérito, le ha ilustrado con una magnífica edicion del Quijote, y ha hecho para dar su vida al público unas diligencias y esfuerzos, que la memoria de este español debia esperar con mas razon de la obligacion de sus patricios, que de la gratitud de los extranjeros.

Nació Cervantes en Alcalá de Henares en el año de 1547. Desde su mas tierna infancia cultivó la poesía, aunque sin

éxito. En 1569 pasó á Italia, y en Roma sirvió de camarero al cardenal Julio Aquaviva. Pero al año siguiente, cuando se declaró la guerra á los turcos, hízose soldado. Distinguióse en la batalla de Lepanto de la que sacó estropeado el brazo y mano izquierda; pero, apesar de su herida, continuó sirviendo hasta que en 1575 el día 26 de setiembre cayó cautivo y fué conducido á Argel. Los que han leído en el Quijote la novela del Cautivo hagan cuenta de que leen un episodio de la vida de Cervantes. En 19 de setiembre de 1580 le rescataron los padres trinitarios, y así que volvió á su patria se dedicó enteramente á la poesía y á la literatura. Su primera obra fué la *Galatea*. El mismo año de su publicación (1584) se casó con doña Catalina de Salazar.

Desde sus primeros años puede decirse que todos sus días lo fueron de lucha contra la miseria. Diez años perdió escribiendo en Sevilla para el teatro unas treinta comedias que contribuyeron á su alivio y sustento.

El conocimiento que Cervantes tenía del genio é índole de los sevillanos, se manifiesta en esta y otras descripciones que hace de aquella metrópoli, descripciones tan individuales y circunstanciadas, que no es posible haberlas hecho por relacion ajena, sino precisamente en fuerza de un conocimiento personal, y de un trato familiar y continuado. Tal es la que hizo de varias clases de sus ciudadanos en la *Novela de Rinconete y Cortadillo*, la cual, como tambien otras varias, la compuso ántes del Quijote, sin duda cuando estaba en Sevilla, donde permaneció verosímilmente desde el tiempo en que era asistente el licenciado don Juan Sarmiento Valladares, hasta que estaba ya próximo á dejar este empleo el conde de Puñonrostro: esto es, desde que dejó las comedias hasta los años de 1599.

Por el mismo tiempo estuvo tambien Cervantes en Toledo, donde fingió haberse encontrado el manuscrito original del árabe Benengeli: é igualmente pasó por

Córdoba en su marcha á Sevilla, y notó varias particularidades de aquella ilustre capital, que refiere por menor en sus obras. Estas menudencias parecerán quizá impertinentes en la vida de un escritor tan conocido y famoso; pero por lo mismo no es justo ocultar al público ninguna de las escasas noticias que han quedado de él.

Una de las mas esenciales es la de haber estado de asiento en la Mancha á su vuelta de Sevilla, porque á esta casualidad se debe la ingeniosa fábula de don Quijote, que proyectó y escribió en aquella provincia. Habia vivido en ella y observado puntualmente sus particularidades, como las lagunas de Ruidera y cueva de Montesinos, la situacion de los batanes, puerto Lápice y demás parages que hizo despues teatro de las aventuras de don Quijote, cuando de resultas de una comision que tenia, le capitularon, maltrataron y pusieron en la cárcel los vecinos del lugar donde estaba comisionado. En medio del abandono é incomodidad de esta triste situacion compuso sin otro auxilio que el de su maravilloso ingenio esta discreta fábula, cuya difícil ejecucion, que pide mucho espacio, madura reflexion y continuado trabajo, manifiesta que permaneció largo tiempo en la prision. El lugar donde aconteció á Cervantes este suceso fué la Argamasilla, que por esto fingió haber sido patria de don Quijote, y no quiso nombrar por moderacion, ó por enojo en el principio de su fábula, en la cual se desquitó del mal hospedage de los manchegos, haciendo inmortal su nombre, y fijando para siempre su memoria en la de la posteridad.

Este fué el origen de la primera parte del Quijote, que se imprimió en Madrid el año de 1605, dirigida al duque de Béjar, cuya proteccion solicitó Cervantes en la dedicatoria que le hizo, y en aquellos discretos versos que puso al frente de esta obra en nombre de Urganda la desconocida.

Siguieron á la primera parte del Quijote

te, las Novelas en 1613, el viaje al Parnaso, la segunda parte del Quijote en 1615, y el Persiles en 1617.

Cervantes murió á 23 de abril de 1616, á los 68 de su edad, 6 meses, y 14 dias.

Su funeral fué tan obscuro y pobre como lo habia sido su persona. Los epitafios que compusieron en alabanza suya no merecian haberse conservado. En su entierro no quedó lápida, inscripcion, ni memoria alguna que le distinguiese, y parece (si es lícito decirlo) que el hado siniestro, que le habia perseguido mientras vivo, le acompañó hasta el sepulcro, para impedir que le honrasen sus amigos y protectores.

Las prendas de su alma se veian grabadas en su semblante, cuya serenidad alegre anunciaba desde luego la afabilidad y elevacion de su ingenio.

Sus principales virtudes fueron la sinceridad, moderacion, rectitud y agradecimiento. Tenia aquella sencillez nativa, que se conserva tratando mas con los libros que con los hombres; pero la tuvo exenta del embarazo y encogimiento que suele notarse en los que tratan únicamente con los libros. Sabia vivir al lado de los grandes que le protegieron, y supo retirarse con discrecion para no abusar de sus favores. Amaba la tranquilidad, y perdia su desenfado y gracia natural, cuando no estaba solo con su ingenio, su aplicacion y su reposo: por esto aunque vivió casi siempre en Madrid, nunca aspiró á ser cortesano. Alejáronle de aquel forzoso desasosiego y disimulo su modestia y su penetracion: conocia muy bien que las alegrías de la corte son visibles, pero falsas, y sus pesares verdaderos, aunque ocultos.

Era igualmente recto que agradecido; pero su gratitud fué mucho mas feliz que su integridad. Con aquella conservó los amigos y apasionados, que le grangeaba su condicion mansa y apacible, y con esta ofendió á muchos, que ofuscados con su amor propio, no podian sufrir la luz de la verdad que brilla en sus obras, sin

embargo de estar suavizada con el velo de la urbanidad, discrecion y modestia. Su rectitud severa y manifiesta contra los vicios era muy indulgente y reservada con las personas. Solo se exceptuó á sí mismo de esta ley, confesando sus defectos con una ingenuidad mucho mas estimable que la entereza de Caton. Este no se perdonó á sí propio, por no hacer gracia á los demás; Cervantes perdonaba á todos, no haciéndose gracia á sí mismo.

Ocioso seria detenerse mas en la pintura de sus costumbres: todas eran igualmente rectas porque todas procedian de un ánimo noble é ingenuo, dirigido enteramente por los principios de la religion. Ellos le preservaron del engaño, de la detraccion y de la lisonja, y le cerraron por consiguiente todas las sendas de la ambicion. Como no sabia darse valor de otro modo que con sus producciones literarias, ni hacer corte con otra cosa que con su mérito era incapaz de seguir la fortuna y de alcanzarla, y así no dejó otra herencia que sus obras.

Buffon.

Buffon ha sido un hombre útil á la humanidad entera. Nació en Montbard el año de 1707. Desde los primeros años de su juventud se dedicó á importantes tareas científicas, que le abrieron en 1739 las puertas de la academia de ciencias, y le valieron el mismo año el empleo de intendente del Jardin Real: desde entonces se consagró enteramente á la observacion de la naturaleza.

Aunque la historia natural es el origen de las ciencias físicas, y la madre de las artes, su estudio habia estado muy abandonado. El espectáculo que presenta el universo embelesaba á los

hombres, pero no atraia su curiosidad: contentos estos con admirar la forma y la magnificencia exterior de la materia, no hacian esfuerzo alguno para penetrar lo interior de los objetos. Acaso los que llegaron á conocer que el estudio de la naturaleza es el único que puede cebar y dejar satisfecho al ser inteligente, se desalentaron al ver la incertidumbre y aridez con que le trataban los Maestros que le habian cultivado. Aristóteles, menos deseoso de sacar á la naturaleza sus secretos que de acomodarla á sus ideas, no la vió tal cual ella era, sino tal cual él queria que fuese: nos dió nombres en vez de asignarnos causas y pensó que con inventar una voz resolvia los problemas mas difíciles. Para adquirir la gloria de seguir rumbos desconocidos, se apartó de los que habian seguido los filósofos que florecieron antes de él. Estos opinaban, que cuantas mutaciones acontecen en la naturaleza no son otra cosa que unas nuevas combinaciones de las partículas de la materia; pero él enseñó que habia seres que se perdian enteramente, y otros que se producian de nuevo. Los discípulos de Aristóteles no hicieron mas que añadir errores á los de su maestro: no hubo absurdo alguno que no tuviese sus partidarios y defensores: todas las escuelas eran peripatéticas cuando pareció Descartes, y vengó la razon contra la tirania de las preocupaciones. A las luces que esparció este grande hombre salió la física del seno de las tinieblas, en que la habia como sepultado el preceptor de Alejandro; pero al reyno del Peripato sucedió el de la hipótesis; de un exceso se dió en otro, y no se hizo mas que substituir un error á otro error. Tomando Descartes los ardores de una imaginacion exaltada por la antorcha apacible de la verdad, no cuidó de observar los efectos reales, y se entregó á la especulacion de las causas probables. Ignoró el mecanismo de la naturaleza, porque no estudió el encadenamiento y las leyes de los fenómenos; sin embargo á pesar de lo falso de su sistema no dejó de hacer

I.

grandes servicios á la física, y de facilitar el descubrimiento de la verdad. Vino en fin Newton, y toda la filosofía tomó un nuevo aspecto. Este grande filósofo nos abrió un camino mas acertado, inventó un sistema sencillo y análogo á la naturaleza, substituyó la demostracion á las conjeturas, y nos enseñó á consultar la experiencia en vez de obrar á nuestro arbitrio, y á pesar los efectos sin lisonjarnos de haber penetrado sus causas.

En este momento en el que se habia descorrido casi enteramente el velo con que la naturaleza nos ocultaba sus misterios, era cuando se la debia pintar, y trazar el gran cuadro de sus operaciones; y justamente en este mismo momento fué cuando la naturaleza tuvo el cuidado de formar por sí misma aquel dichoso mortal que habia de obtener la gloria de descubrirnos sus secretos. A este efecto le dotó de un ingenio vasto y penetrante, capaz de abrazar los objetos mas distantes, de medir los mas extensos, de penetrar los mas sublimes, de descubrir las relaciones, de percibir todas las variedades, y de abrazar el conjunto de las cosas mas complicadas. Buffon, rival de Lucrecio y de Platon, es tan superior á Aristóteles y á Plinio, cuanto lo es la sana filosofía de nuestros dias á los errores de la antigua física. Este grande hombre es siempre igual al asunto de que trata, que es el elogio mayor que se puede hacer del historiador de las maravillas del Universo: es sencillo, variado y magestuoso como la naturaleza que pinta con tanta variedad y energía, y como ella, baja á los menores detalles para no dejar vacío alguno en un asunto en que todo es interesante. Su historia natural, la mas útil y bella produccion del siglo XVIII, es un monumento de elocuencia y de ingenio, al que nada puede oponer la antigüedad, y que será la admiracion de las edades futuras. ¿Quién que la lea no concederá á su autor las dos cualidades que él mismo exige en un naturalista, y que parecen tan opuestas, las grandes miras de un in-

5

genio fogoso que lo abraza todo de una ojeada, y las minuciosas atenciones de un instinto laborioso que no considera mas que un solo punto? ¿Quién no le aplicará lo que él mismo dice de Plinio, que no solo sabia cuanto se puede saber, sino que además tenia la facultad de pensar en grande, que multiplica la ciencia? No es menos de admirar su profundidad y extension en las investigaciones, y su fuerza y solidez en los racionios que su nobleza y pureza de estilo, y su armonía y claridad de expresion. En su historia natural se halla reunido lo mas sublime de la filosofía, lo mas curioso de la física, lo mas noble de la elocuencia, y lo mas brillante de la poesía. En toda ella se vé á un mismo tiempo un filósofo, orador y poeta inspirado por el amor de la verdad que pinta con gracia, interesa al corazon, y eleva el espíritu, que por toda ella siembra flores, y que reúne descripciones agradables, imágenes risueñas, sentimientos nobles y patéticos, reflexiones profundas, é ideas sublimes en esta grande obra que puede supeditar abundantes ejemplos de todas las especies de bellezas.

Algunos espíritus que carecen de imaginacion, tienen por demasiado poético el estilo de Buffon; pero como dice Palissot, ¿á quien corresponde pintar sino al historiador de la naturaleza? ¿y de que modo ha de pintar como maestro, sino robando á veces el fuego sagrado de la poesía? Compadezcámonos de aquellos lectores que no sienten los rasgos vivos y patéticos que ha tirado el pintor de la naturaleza para animar sus cuadros. ¿Acaso no debia emplear colores brillantes y variados, para sostener la atencion de los lectores poco familiarizados con los objetos sublimes, y que se disgustan luego que les cuesta algun trabajo el concebir? Buffon ha tenido el talento raro de acomodar las materias mas abstractas á la capacidad de los entendimientos mas comunes, sin hacerlas perder nada de la energía de que eran susceptibles, y su pluma las ha

prestado adornos de que hasta él no se las habia creido capaces.

Pero lo que se debe admirar mas en su historia natural es aquel encadenamiento, aquel órden que reina en las varias partes de tan vasto edificio; es sobre todo aquella unidad que hace que nos encante, y que nos anuncie el verdadero ingenio. Las producciones de la naturaleza misma no son tan admirables y tan perfectas, sino porque cada obra suya forma un todo, y porque trabaja sobre un plan eterno de que no se aparta jamás. Sus producciones nos admiran, pero el sello de la divinidad, cuyos rasgos nos presentan, es lo que mas debe herirnos, como lo advierte el mismo Buffon.

Este sublime historiador empieza el cuadro de la naturaleza por lo mas grandioso que hay en ella, y baja despues por grados á los objetos que nos son mas perceptibles. Explica antes de todo la formacion del universo, asunto que tanto ha mortificado la curiosidad de los filósofos. Si su sistema en este punto no tiene todos los caracteres de evidente, es porque no le es dado al hombre llegar á la inteligencia suprema; pero sus conjeturas son las mas verosímiles que se han imaginado, pues que con ellas se esplican mayor número de fenómenos que con cualquiera otra opinion; y por otra parte ellas nos conducen á felices descubrimientos, extienden la esfera de nuestras ideas, y elevan el alma del lector. ¿Quién no gustará de ver al entendimiento humano saliendo de su reducido círculo avanzar hasta las regiones mas sublimes, recorrer la extension, entrar por decirlo así en el consejo del Altísimo, estudiar en algun modo el ingenio de este grande arquitecto, y hacerse testigo del desarrollo del caos?

Despues de habernos Buffon introducido en el santuario de la naturaleza, vuelve sobre sí, y nos hace contemplar la decoracion exterior de la tierra. Espone primero las diferentes propiedades del elemento invisible y ligero que la rodea, las del calor que distribuido en todas sus

partes es su alma y su vida: nos enseña que estas prodigiosas alturas que forman cordilleras tan dilatadas como los continentes, no son unas escresencias inútiles y feas de un globo mal ordenado, sino que deben ser tenidas por unos instrumentos admirables que ha construido y ordenado el Criador para distribuir por este medio sus beneficios á toda la tierra. Las montañas detienen los vapores, y forman de ellos en su seno vastos depósitos de donde cuelan aguas vivas y saludables que derraman en las campiñas el gérmen de la fecundidad; y las inmensas concavidades que están destinadas para recibir el sobrante, y cuya estension supera la de la tierra, nos ofrecen un imperio tan rico como poblado. Estudiando con Buffon todos los fenómenos de la naturaleza, los beneficios y los rigores de esta sabia madre, no se puede menos de reconocer en todas sus partes las huellas de la Divinidad que perpetuamente se ofrecen á nuestra vista. Los que no aplaudan el órden del Universo serán ignorantes, ó hombres que quisieran que solo se hubiese hecho para ellos, y que solo hubiera tenido por objeto su comodidad.

Al cuadro de las revoluciones del globo sigue una historia todavía mas interesante. El estudio propio del hombre es el hombre mismo: esta máxima por la que el Homero inglés entendia el exámen reflexivo de las pasiones y de los vicios, es aplicable con igual exactitud al hombre material; esto es á las diferentes partes que constituyen nuestro individuo; y aun este estudio es preferible á aquel porque está espuesto á menos errores. La historia natural cuya parte mas principal es la anatomía, no necesita ni de precarias suposiciones, ni de una ciega credulidad: no tira á sorprehender la imaginacion, sino que habla á los ojos con un language inteligible, y por medio de ella es como llegamos á conocer la moral de nosotros mismos. Es en efecto imposible examinar la estructura del cuerpo humano sin pe-

netrar hasta el sublime principio que le anima.

Despues de habernos demostrado Buffon la excelencia de nuestra naturaleza y su superioridad sobre la de los brutos, hace una descripcion verdadera y elocuente del cuerpo humano. No se contentó el Criador con labrar y pulir su exterior, sino que formó en su interior las partes que le deben dar la vida, el movimiento y la fecundidad, y fabricó con una distribucion de que él solo era capaz, todos los sùtiles resortes que producen las sensaciones, las cuales á su vez ocasionan los pensamientos. Buffon en esta parte traza un magnífico cuadro de la flaqueza y de la grandeza del hombre, da á conocer sus órganos, el desenvolvimiento y funciones de los sentidos, todos sus usos, y los errores á que estamos sujetos por la naturaleza, rematando con un trozo sublime en que hace hablar al primer hombre, tal cual se puede creer que era en el momento de la creacion, esto es con sus órganos perfectamente formados, pero enteramente nuevo para sí mismo y para todo lo que le rodeaba.

¿Pero á que continuar este tosco bosquejo del cuadro de la naturaleza? solo siguiendo paso á paso á su historiador es como se puede recorrer el Universo para notar las variedades que distinguen á la especie humana; solo así se puede estudiar la naturaleza y la historia de aquellos animales útiles que han venido á ser nuestros amigos y bienhechores, y de aquellos que saben substraerse á nuestro poder, y que parece dividen con nosotros el imperio de la tierra. Solo siguiendo á este ingenio sublime es como se puede conseguir ver á la naturaleza, cogerla, digámoslo así en fragante, y descubrir sus resortes.

¿Si los hombres se pintan en sus escritos, que idea no nos debe dar de Buffon su historia natural? No emprendemos representarle tal como él es; solo á los grandes pintores corresponde retratar á los hombres grandes.

El nombre de Buffon está escrito en los fastos del universo, y nadie ignora que se ha hecho inmortal reuniendo virtudes sólidas á unos talentos superiores.

Su obra colosal se imprimió por primera vez en la imprenta Real en 36 tomos, desde 1749 á 1788. Después lo ha sido centenares de veces, y en todos los idiomas.

El mal de piedra acibaró los últimos años de la vida del príncipe de los naturalistas, y murió en París á 16 de abril de 1788, siendo de edad de 81 años. De su matrimonio contraído en 1762 dejó un hijo que fué coronel de caballería, y murió víctima de la revolución francesa, quince días antes del 9 de termidor. Al subir al patíbulo exclamó: «Me llamo Buffon!»

Oberkampf.

Oberkampf ha dejado dos monumentos ante los cuales deben desaparecer todos los arcos de triunfo, las columnas y las basílicas: tales son la fábrica de pintados de Jony, y la hilandería de algodón establecida en Essone. Si es verdad que lo útil ha de ser preferido á lo brillante, ya no debemos dar incienso al genio guerrero que arruina y lleva en pos de sí la desolación, sino al genio industrial y comercial cuyos beneficios son incalculables. A hombres tales como Oberkampf es á quienes debemos votar estatuas: si bien que á imitación suya las reusarian.

Nació Oberkampf en el marquesado de Anspach á 11 de junio de 1730. Su padre, hombre de genio en el arte de que en algun modo era inventor, ofreció sus conocimientos para la pintura de lienzos á muchas ciudades de Alemania, y en todas partes fué desechado; solo encontró apo-

yo en Arau (Suiza) en donde se estableció y obtuvo los derechos de ciudadano por lo mucho que su fábrica favorecía al país. Allí fué donde Oberkampf aprendió los primeros elementos y cultivó los diferentes ramos del arte que debía algun día perfeccionar. Por entonces no se conocían en Francia mas que los lienzos pintados de la Persia y de la India, retocados al pincel, y ejecutados por medio de procedimientos largos y costosos que los ponían á un precio subido; y aun las imitaciones que de ellos se hacían en los estados limítrofes eran de prohibida introducción y muy perseguidas, por cuanto no se quería tolerar un género de industria que se creía contrario al cultivo del cánamo, del lino y de la seda.

No ignoraba Oberkampf ninguno de los obstáculos con que había tenido que luchar su padre. Determinado á vencerlos, deja el hogar paterno á la edad de diez y nueve años, y se dirige á París. A fuerza de constancia y de convicción obtuvo del gobierno el edicto de 1759 por el que se autorizó la fabricación interior de lienzos pintados: triunfo no pequeño para un extranjero, y de que supo aprovecharse dignamente. Con un capital de unos ocho mil reales echó los cimientos de un establecimiento destinado á hacer una revolución en la industria. Eligió el valle de Jony, y una cabaña fué la cuna de su vasta manufactura. Diseño, grabado, impresión, tinte, todo era la obra de un solo hombre. En poco tiempo, ensanchando incesantemente el círculo de sus operaciones, logró secar un valle pantanoso, y reunir una población de mil quinientas almas en un territorio antes desierto. El abate Morellet y los economistas defendieron su industria naciente, y la corte y las ciudades pedían á porfía sus productos. La Francia quedó libre del tributo que pagaba al extranjero, á quien á su vez convirtió en tributario suyo.

No habían transcurrido muchos años cuando ya se habían formado trescientos establecimientos según el modelo de Jony;

y en ellos encontraron trabajo doscientos mil jornaleros, y sobre una primera materia de sesenta millones, tocó la Francia el beneficio del cuádruplo.

Es curioso observar de qué manera los varios gobiernos que se sucedieron en Francia recompensaron el mérito y los servicios de Oberkampf.

Luis XVI le confirió el título de nobleza.

En 1790 el consejo general del departamento le votó una estatua, cuya erección impidió el mismo interesado.

El régimen del terror quiso derribar su cabeza.

Napoleon le ofreció un asiento en el senado, que no admitió, pero sí aceptó la cruz de honor que el emperador se quitó del pecho, declarando que Oberkampf era mas digno de llevarla. « Vos y yo, dijo un dia el ilustre general al útil fabricante, hacemos buena guerra á los ingleses; vos con la industria, yo con las armas. » Y luego añadió estas palabras profundamente verdaderas: « y aun sois vos quien les haceis la mejor. »

Oberkampf ejecutaba entonces el proyecto que hacia tiempo habia concebido de quitar á los ingleses la ventaja exclusiva de hilar algodón. Estableció para ello la fábrica de Essone, que recibia el algodón en balas, y le devolvía en lienzos pintados.

La segunda invasion del suelo francés en 1815 desoló el corazon de ese buen ciudadano, de ese padre de una familia compuesta de millares de jornaleros. Los desastres de la guerra no habian perdonado el valle de Jony; los talleres estaban desiertos; una poblacion, á quien hacia sesenta años que Oberkampf aseguraba la subsistencia, le pedia pan. « Este espectáculo me mata » decia el honrado fabricante. Y con efecto murió en 4 de octubre del mismo año, respetado como un patriarca. Su fisonomía decia *hombre de bien*; sus obras dicen *hombre de bien* y *hombre de genio*.

Lineo.

Este hombre utilísimo, al cual se ha dado el nombre de príncipe de los botánicos, y á quien con mas razon debió llamarse príncipe de los naturalistas, nació á 24 de mayo de 1707 en Roeshult, ciudad de Suecia, en el Smaland: su padre era un ministro protestante, pobre pero honrado. La juventud entera de Lineo no es mas que una larga lucha entre su inclinacion y la miseria, la miseria que las mas de las veces apaga la llama del ingenio, y muy pocas le desarrolla y fortifica. Destinado desde su niñez á la carrera eclesiástica, entró en el colegio de Weixio; pero, llevado por instinto al estudio de las ciencias naturales, no se dedicó al de los libros que le ponian en la mano, y buscó distracciones en la botánica á la que le habian aficionado las obras de Tournefort, y el huerto paternal, rico en plantas de adorno. Y aquí observaremos que la mayor parte de los naturalistas han comenzado por estudiar las plantas; los animales huyen del hombre, á quien temen, los minerales, sepultados en el seno de la tierra, no pueden ser arrancados de él sin largos y penosos esfuerzos; los vegetales por el contrario parece que se ofrecen á la mano del hombre, brindándole á cogerlos: y su estudio conduce necesariamente al de aquellos. El que estudia una planta, muy luego desea saber el nombre del insecto que zumba alrededor de ella, el de la oruga que la devora, y en seguida quiere conocer el suelo que la nutre, por lo que va pasando al estudio de la zoología y al de la mineralogía.

Lineo tuvo que abandonar el colegio y ponerse de aprendiz en casa de un zapatero, porque sus maestros dijeron que era hombre nulo para las ciencias.

Un médico llamado Rothmann, nombre que merece ser citado con honor, supo persuadir al padre del pobre aprendiz que este tenía más capacidad de la que creían, por lo que Lineo volvió á dejar los zapatos por los libros, y últimamente le enviaron á la universidad de Lunden, y después á la de Upsal. En esta para vivir y poder seguir los estudios tuvo que remendar por las noches los zapatos de sus camaradas, hasta que uno de sus maestros le sacó de esta triste situación. Olaus Celsius, profesor de teología, trabajaba entonces en su Hiero-Botanicon, y creyendo que el jóven Lineo, tan instruido en la botánica, podía ayudarle utilmente en sus investigaciones, le pagó por algunos meses la manutención, y después le recomendó al anciano Olaus Rudbeck, que profesaba entonces la botánica en Upsal. Este le confió la dirección del jardín y algunas veces le nombró su substituto.

Cuando no tuvo ya que hacer frente á la indigencia, tomó vuelo el genio del jóven naturalista, y concibió desde luego la grande reforma que debía más tarde plantear. En un catálogo del jardín de Upsal que publicó en 1734 dá las primeras indicaciones del método sexual. La sociedad real de ciencias de Upsal le envió á Laponia para recojer y describir plantas. En el verano de 1732 recorrió con increíbles esfuerzos y fatigas los cantones más notables de esta comarca; siguió su principal cordillera, bajó hasta la orilla del mar en la Laponia norvingiense, y dando la vuelta al golfo de Bothnia volvió á Upsal por la Finlandia y las islas de Aland. Establecióse en Fahbun, población de la Dalecarlia, célebre por sus minas, en donde se procuró la subsistencia ejerciendo la medicina y dando algunas lecciones de mineralogía. Sin duda hubiera permanecido en esta obscura posición si una joven, cuya mano había pedido, no le hubiese exigido que retardase tres años el matrimonio. Estos tres años los empleó para gloria suya y en bien de

la ciencia. Partió para recorrer la Dinamarca y la Alemania, siempre á pié, como verdadero botánico, recogiendo las plantas que quería conservar, y contentándose con los más groseros alimentos. Pero, apesar de su economía, cuando llegó á Hamburgo había agotado ya sus escasos recursos, y á duras penas pudo llegar á Amsterdam en donde se presentó al ilustre Boerhaave. Este le puso en relaciones con el rico y generoso jurisconsulto Jorge Clifford, dueño del magnífico jardín de Hartecamp, entre Harlem y Amsterdam. Tres años vivió Lineo en la casa de este protector de las ciencias, sin que le faltase ninguno de los socorros que podía desear para entregarse á sus estudios favoritos. Su reconocimiento inmortalizó el nombre del bienhechor publicando la descripción de su jardín, *hortus Cliffortianus*. Pero, bien lo merecía aquel hombre generoso, pues acaso sin su protección y su desprendimiento no se hubiera desarrollado uno de los genios más vastos que han ensanchado el campo de las ciencias naturales.

Cuenta la naturaleza cuatro grandes historiadores; dos entre los antiguos, Aristóteles y Plinio, y dos entre los modernos, Lineo y Buffon. De Aristóteles á Plinio no se nota ningún progreso; de Plinio á Buffon la ciencia está como muerta, experimentando la misma suerte que la literatura, la filosofía, las instituciones y los pueblos. Siglos enteros dura el silencio, y entretanto el pensamiento no produce nada, porque la edad media es una época de aislamiento y de espera, y los pueblos viven en las tinieblas sin ningún recuerdo de los antiguos tiempos. Con esto, en vez de continuar lo pasado, le empiezan de nuevo, principiando por la barbarie, hasta que se les van revelando los tesoros del saber y de la inteligencia. Pero, desde este momento el género humano vuelve á emprender su marcha, agotando primero la ciencia antigua, contento con ella por algunos siglos, como si lo hubiese comprendido

y explicado todo, y abriendo despues los ojos á la luz para aceptar los libros de Aristóteles y Plinio únicamente como la cuna de la nueva ciencia que debia iluminar el orbe: ahí empieza el reinado de Lineo y de Buffon, del que dió nomenclatura y leyes á la ciencia, y del pintor é historiador de la naturaleza. Esos dos hombres utilísimos nacieron en el mismo año de 1707. Buffon, hasta la edad de cuarenta y dos años no publicó los primeros tomos de su historia natural. Lineo á los veinte y ocho años da á luz su sistema de la naturaleza, obra capital. Lánzase el uno con la magestad del primer hombre, pisando la tierra, y mirando al cielo: es Buffon. El otro, Lineo, mas tímido, camina observando siempre, tambien se dirigen al cielo sus miradas, pero con menos orgullo para sí, y con mas admiracion para el Hacedor; la primera palabra que se le ofrece al ponerse á escribir la historia de la naturaleza, es el nombre de Dios, ese nombre que estampa en la portada de su libro espresando sus atributos en una página sublime de adoracion y de fé. ¿Queréis llamarle destino? esclama, bien lo podeis, porque de él depende todo; ¿queréis llamarle naturaleza? tambien podeis, porque es el autor y padre de todo; ó le llamareis acaso providencia? tambien lo es, es el previsor general que gobierna el universo. Ocúltase á nuestra vista deslumbrada, pero se manifiesta á nuestro pensamiento: esa grande magestad se ha retirado á un santuario impenetrable para nuestros sentidos, y solo visible para el alma. Algunos reputarán bárbaros ciertos nombres dados por Lineo á varias plantas ó animales; mas les rogaremos que tengan presente que muchos de ellos, que á primera vista parecerán estraños, escitan los mas tiernos recuerdos. Por ejemplo, cierta planta se llama Bauhinia, y sus hojas van siempre agrupadas de dos en dos: ah! Lineo la dió este nombre por alusion á los hermanos Bauhin, cuyos nombres, siempre unidos como aquellas hojas, se leen en unas mismas obras

y recuerdan unos mismos descubrimientos. Las flores del género Comelina tienen dos pétalos grandes, y otro mas pequeño: he aquí una imágen viva de los tres hermanos Comelinos, de los cuales dos se distinguieron en la ciencia, en tanto que la muerte arrebatava al tercero antes de haber llegado para él el dia de la gloria; es el pétalo pequeño al cual los otros dos dan sombra. El sabio Banister resbala en la cumbre de una montaña al ir á coger unos preciosos musgos, y halla la muerte: Lineo para consagrar este recuerdo llama *banisteria scandens* á una planta que solo crece en escarpados riscos. Inscripciones son estas que no las borra el tiempo. No, no hagamos burla de los nombres, que acaso el mas disonante es el mas tierno y el mas poético.

He aquí las obras que han inmortalizado á Lineo: — *Sistema naturæ*, 1735, *Fundamenta botanica*, 1736; *Biblioteca botanica*, 1735; *Genera plantarum*, 1737; *Classes plantarum*, 1738; *Philosophia botanica*, 1751.

De vuelta á su patria halló Lineo la felicidad, enlazándose con la jóven que le habia inclinado á viajar; y halló tambien la fortuna, siendo nombrado médico del rey de Suecia y profesor de botánica en Upsal (1744).

La clasificacion metódica que Lineo dió á la botánica está fundada en los órganos sexuales de las plantas; pero tiene el defecto de ser artificial, y de no conservar muchas veces las relaciones reales de los seres. Buffon, Adanson, y Haller la combatieron, y en el dia se prefiere á ella el método natural de Jussieu. La reforma que Lineo pensó introducir en la zoología y en la mineralogía, no tuvo éxito. Pero en contra puede decirse que elevó á la botánica al grado de ciencia de que en el dia goza, y creó para ella una lengua cómoda, regular, y la dió definiciones admirables por su precision y por su claridad.

El naturalista sueco era de estatura pequeña, de rostro franco y expresivo, y de

mirada viva y alegre. Su conversacion era sobremanera agradable, y cuantos se le acercaban no podian menos de quererle. Era incansable su actividad, y su salud se habia conservado bien hasta que en 1773 comenzó á experimentar una debilidad de memoria algo alarmante. En mayo de 1774 tuvo un ataque de apoplejía estando en su cátedra, y en junio de 1776 un nuevo ataque le privó casi enteramente de sus facultades intelectuales. En 10 de enero de 1778, siendo de setenta y un años de edad, murió de una hidropesía.

El rey Gustavo III pronunció su elogio en presencia de los Estados, y compuso su oracion fúnebre. Erigióse un monumento á su memoria en el jardin de la Universidad de Upsal. No le habian faltado durante su vida testimonios de admiracion y de reconocimiento público, pues se acuñaron dos medallas en honor suyo; la primera á costa del conde de Tesino, con la efigie del naturalista en una parte, y en la otra tres coronas con los atributos de los tres reinos de la naturaleza; la segunda se acuñó á costa del mismo conde, y de los barones de Palmstierna, y de Harleman. Condecorado por el rey de Suecia con la orden de la Estrella Polar, conferida por primera vez á un sabio, invitado por los reyes de España y de Inglaterra á visitar sus estados, recibiendo del rey de Francia semillas curiosas recojidas por el mismo rey, vivió siempre Lineo con la mayor sencillez, en el seno de su familia, sin que bastasen á distraerle de sus estudios favoritos, ni sus triunfos, ni los ataques de sus contrarios. En 1784 murió el único hijo que habia dejado.

Lavoisier.

El creador de la química moderna, el hombre de genio que enriqueció con admirables descubrimientos una de las ciencias mas útiles para el bienestar de la humanidad, el hombre generoso que, no contento con consagrar la mayor parte de su fortuna para dar trabajo á sus semejantes, no vaciló en dar constantemente el ejemplo de la laboriosidad mas incansable; el administrador hábil que supo aumentar los recursos del estado, disminuir los impuestos y preservar á toda una ciudad de los horrores del hambre; el sabio desgraciado que cayó víctima de la injusticia de los hombres, y de las pasiones políticas; en una palabra, el virtuoso y desventurado Lavoisier, merece en nuestra coleccion un recuerdo, y recibir el tributo de nuestros elogios.

Antonio Lorenzo Lavoisier nació en París á 16 de agosto de 1743, y debió á su padre, rico comerciante, una excelente educacion. Desde muy jóven se dedicó enteramente á las ciencias matemáticas y físicas. Pero, conociendo que en química no puede adelantarse sino por medio de experimentos repetidos y costosos, y que para hacer de ella un estudio profundo debia aumentar su fortuna, obtuvo un empleo de arrendatario general. Sus amigos le creyeron perdido para la gloria, pero muy luego conocieron, como dice Cuvier, que un genio superior necesita poco tiempo para el cumplimiento de sus obligaciones, y no le faltan horas para dedicarse á las ciencias. Así es que en sus ratos de ocio coordinó Lavoisier la nueva teoría química que ha hecho del último tercio del siglo XVIII una de las épocas mas notables de la historia de las ciencias. De

experimento en experimento dedujo al fin que la calcinacion, y todas las combustiones son el producto de la union del aire esencialmente respirable con los cuerpos; y que el aire fijo, en particular, es el producto de su union con el carbon, y combinando esta idea con los descubrimientos de Blanck y de Wilke sobre el calor latente, consideró el calor que se manifiesta en las combustiones como procedencia del aire respirable al que antes de su separacion mantenía en un estado elástico. Estas dos proposiciones constituyen lo que es absolutamente propiedad de Lavoisier en la nueva teoría química, y forman al mismo tiempo la basa y el caracter fundamental de esta.

Cavendish habia descubierto que la combustion del aire inflamable da por producto agua. Sacando partido de esta fecunda idea, probó Lavoisier con bellos experimentos que el agua puede descomponerse en aire inflamable y en aire respirable, y aplicó este principio á todos los seres que existen en la naturaleza. La excelencia del método que habia adoptado para todas sus operaciones fué para él una poderosa palanca, y debe mirarse como uno de sus mas hermosos títulos de gloria puesto que por él ha pasado la química de ser ciencia conjetural á ciencia exacta. En 1773 publicó sus Opúsculos físicos y químicos; en 1787 su Método de nomenclatura química; y en 1789 su Tratado elemental de química. En 1776 supo dar á la pólvora francesa, muy inferior antes á la de los ingleses, un grado de fuerza tal que en la guerra de la independencia de los Estados Unidos fué reconocida como muy superior á la inglesa.

(1) En prueba de ello, dice Morejon ya citado en el artículo sobre el abate L'Epée, voy á esponer aquí la primera máquina de vapor inventada por Blasco de Garay, capitán de mar, y presentada al emperador Carlos V en 1543, el cual quiso que se ensayara, como en efecto se verificó, en Barcelona el día 17 de junio del referido año, no habiéndose tenido mas noticia de tan importante descubrimiento hasta que vinieron los ingleses, dándose por inventores de él.

«La experiencia se hizo en una nao de 200 toneladas, venida de Colibre á descargar trigo en Barcelona, llamada la *Trinidad*, su capitán Pedro de Scarza. Por comi-

Como arrendatario general prestó grandes servicios al gobierno y á muchos pueblos. Procuró la supresion de pechos que solo gravaban á los pobres, é hizo aumentar con su moralidad el rédito de los demás. Adelantó crecidas cantidades á la ciudad de Blois para hacer acopio de trigo y librarse en 1788 del hambre que asoló la Francia entera.

Pero nada bastó á librarle del furor de Robespierre. Dijo este monstruo que la patria ya no tenia necesidad de sabios, é hizo rodar en un momento una cabeza tan bien organizada que acaso diez siglos no bastarán para producir otra semejante. En vano habia pedido Lavoisier, como nuevo Arquímedes, que le diesen tiempo para concluir un experimento utilísimo para la humanidad. El día 8 de mayo de 1794 fué decapitado. Los miembros del Liceo, tuvieron el valor cívico de enviarle una corona la víspera de su ejecucion.

Su esposa publicó sus Memorias y fragmentos, escritos en el calabozo, mientras esperaba el golpe fatal.

Fulton.

De la aplicacion de la máquina de vapor á la navegacion, debemos decir lo que de la misma máquina de vapor. Su primer inventor fué un español, Blasco de Garay (1) quien hizo su ensayo á principios del siglo xvi, en sentir de los escrito-

sion de Carlos V y del príncipe Felipe II, su hijo, intervinieron en este negocio don Enrique de Toledo, el gobernador don Pedro Cardona, el tesorero Rávago, el vice-canciller, el maestro racional de Cataluña don Francisco Gralla, y otros muchos sugetos de categoria, castellanos y catalanes, entre ellos varios capitanes de mar que presenciaron la operacion, unos dentro de la nao, y otros desde la marina. En los partes que dieron al emperador y al príncipe todos generalmente aplaudieron el ingenio, y en especial la prontitud con que se daba vuelta á la nao. El tesorero Rávago, enemigo del proyecto, dice que andaria dos leguas cada tres horas;

res españoles. Los franceses por el contrario afirman que el inventor fué un francés, Dionisio Papin, en 1695, y que los que primero ensayaron este sistema de navegacion fueron otros dos franceses, Perier, y el marqués de Jouffroy en 1775 y 1781. Los ensayos hechos por los ingleses tuvieron lugar desde 1794 hasta 1804. De todos modos es á Fulton á quien debe el universo la primera aplicacion real de este grande descubrimiento, uno de los prodigios de nuestra época. Así pues, la navegacion por vapor es debida, como el pararrayos, á un Americano.

Roberto Fulton nació el año de 1765 en Little-Britain, en la Pensilvania, de padres irlandeses. En sus primeros años se dedicó con afan al diseño. Hizo muchos retratos, y pasó á Londres donde tuvo amistosas relaciones con el distinguido artista West. Muy luego conoció que no llegaría á la perfeccion en la pintura, y desde entonces se dedicó á la mecánica. Animado por la esperanza de destruir el sistema de guerra marítima de los europeos, coordinó su plan de «navigacion y explosion submarina.» Como no podia llevar por si solo á cabo una empresa tan colosal, ofreció sus servicios al gobierno francés. Los ensayos que hizo en el Havre dieron por resultado: que una vez permaneció debajo de agua en su batel submarino por espacio de tres horas, sin renovar el aire, y que otra vez cinco hombres permanecieron debajo del mar seis horas, y salieron á la superficie á cinco leguas de distancia del punto de submersion. En Brest con el mismo batel fué á aplicar una bomba en el costado de un bu-

que era muy complicado y costoso, y que había mucha esposicion de que estallase con frecuencia la caldera. Los demás comisionados aseguran que la nao hizo ciaboga dos tantos mas presto que una galera servida por el método regular, y que andaba á legua por hora cuando menos.

«Concluido el ensayo recogió Garay todo el ingenio que había armado en la nao, y habiéndose depositado las maderas en las atarazanas de Barcelona, guardó para si lo demás.

«Nunca quiso Garay manifestar descubiertamente el ingenio; pero se vió al tiempo del ensayo que consistia en una gran caldera de agua hirviendo, y en unas rue-

que carcomido dispuesto al efecto, y luego le hizo volar sin peligro de su parte. Napoleon no quiso adoptar esa guerra encubierta porque su genio le llevaba á acometer de frente. Entonces ensayó Fulton el proyecto de dar movimiento á un buque por medio de ruedas que funcionasen como remos continuos puestos en movimiento por medio de una máquina de vapor. En el Sena fué donde ejecutó sus primeros ensayos. Pero la poblacion de París pensaba solo en la guerra y en la gloria, y apenas se dignó clavar una mirada en el pequeño batel que sin remos y sin velas se deslizaba por encima del agua, haciendo rápidamente mil evoluciones. Ese batel era un buque de vapor. Fulton, absorto en la contemplacion de los efectos de su descubrimiento, y puesta la mano en el timon, procuraba en vano por medio de hábiles maniobras llamar la atencion pública y convencer á los incrédulos. Otros intereses llamaban la atencion de la Francia, y su gobierno no escuchó las proposiciones del americano, y aun le trató de visionario. Tambien en Lisboa habían llamado visionario á Cristobal Colon.

Fulton se dirigió á Inglaterra; pero el gobierno británico tampoco pensaba entonces mas que en hacer frente á su antigua rival que la amenazaba de muerte, y no era natural que fuese la primera en adoptar un descubrimiento que podia abrir sus puertos á sus enemigos.

Pero en Fulton debía desmentirse el principio de que «nadie es profeta en su patria.» Despreciado de los gobiernos extranjeros que podian protegerle, en

das de movimiento, complicadas, á una y otra parte de la embarcacion. A pesar de las dificultades y contradiccion propuestas por Rávago, fué apreciado el pensamiento de Garay, y si la expedicion en que entonces estaba empeñado Carlos no lo estorbara, sin duda lo hubiera alentado y favorecido. Con todo eso promovió al inventor á un grado mas; le dió una ayuda de costa de 200000 maravedises por una vez; mandó pagarle por tesorería general todos los gastos, y le hizo otras mercedes.» Véase el discurso preliminar á la coleccion de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv, por don Martin Fernandez Navarrete, folio 127.

América, en su patria, fué en donde halló proteccion decidida, fué en donde el gobierno le protegió, y en breve tuvo la satisfaccion de ver surcados por paquetes de vapor los magníficos rios de los Estados-Unidos. El primer ensayo en grande se hizo en 1804. Cuando las grandes guerras del Imperio acabaron en Waterloo, el proyecto de Fulton no era ya un sueño sino, una realidad asombrosa, destinada á hacer una revolucion completa en todo el mundo marítimo. Y como si desde entonces la marcha gigantesca del genio artístico y mecánico presidiesen á los destinos del globo ello es que las grandes naciones parece que de comun acuerdo han acallado sus querellas, sus mútuos zelos y rencillas, para no privar al mundo del espectáculo grandioso que presenta la industria humana en su vuelo sublime.

Fulton uno de los que mas han contribuido á dar pujanza á ese vuelo murió á 24 de febrero de 1816, siendo de edad de 50 años. Nunca la muerte de un particular habia sido tan sentida. Los diarios al anunciarla se rodearon de una faja negra. La municipalidad y las autoridades de Nueva York, y todas las sociedades literarias, artísticas y científicas, asistieron á sus funerales. La asamblea de Albany decretó treinta dias de luto.

Fulton se habia casado en 1806, y tuvo un hijo y tres hijas, á quienes no dejó por todo patrimonio mas que su gloria.

El abate Carron.

La caridad, esa virtud tierna, tiene sus héroes lo mismo que la gloria; pero, muy diferente de esta se complace en la obscuridad, y lo que tiende á apartarla de este elemento la importuna, la hiere; y

semejante á una madre, multiplica sus beneficios sin contarlos y sin esperar de ellos el reconocimiento. Tal ha sido el sentimiento generoso que ha animado á los apóstoles de la caridad: tal el que guió desde la niñez al abate Carron.

Nació en Rennes á 23 de febrero de 1760 y dedicóse al estado eclesiástico. Apenas vistió la sotana, cuando animado de un celo evangélico recorrió diariamente las cárceles, esos lugares de reclusion y de dolor, en donde la imprudencia gime algunas veces al lado del crimen y de todos los vicios que deshonoran á la humanidad. Su mirada afectuosa, sus palabras suaves, y su enternecimiento, sorprenden y atraen. Escúchanle con respeto, y luego le siguen con ternura. Cada semana el jóven Carron hacia en las cárceles algun nuevo prosélito, y no salia de ellas sin haber hecho derramar lágrimas de arrepentimiento. Mision sublime, caridad hermosa y trascendental! Carron conocia que en las cárceles, tal como están constituidas, no es la clausura, nó los padecimientos físicos lo que en ellas se vé, sino una escuela de demoralizacion. Dotado de aquella elocuencia que sale de lo mas profundo del alma, la empleaba Carron en persuadir á los desgraciados presos que aun podia lucir para ellos una aurora de felicidad y de contentamiento interior. Asi devolvía á la esperanza, á la posibilidad del bien, unos seres que interiormente se sentian degradados, y hacian gala de su degradacion. A muchos de los presos por deudas les procuraba la libertad, acudiendo á la compasion de los hombres caritativos que jamás fué sorda á sus demandas.

En 1792 la revolucion deportó á Carron á la isla de Jersey. Al momento forma una familia con los demas deportados. Con las limosnas de los que tienen algo, alivia á los que no tienen nada, y él en persona se dedica á dar instruccion á los niños.

En 1796 le es preciso huir á Lóndres. Allí prepara para los emigrados habita-

ciones y socorros; pide, insta, obtiene y alivia á los desgraciados. A poco sabe que los prisioneros de guerra franceses están pereciendo de miseria; son republicanos, y Carron es realista, pero nada le detiene, son desventurados. Acude á un inglés riquísimo, que le recibe con dureza y le despide dándole un puntapié: «Este puntapie es para mí, dice Carron; ahora, vos que sois bueno y rico ayudadme á socorrer á los pobres prisioneros.» El inglés, lleno de admiración á vista de este prodigio de caridad, le dá abundantes limosnas, y los prisioneros respiran.

A su vuelta á París cuando la restauración, reusó todas las dignidades que se le ofrecieron, y se dedicó con ardor incansable á nuevas obras de caridad. Su instituto denominado de María Teresa, para la crianza y educación gratuita de treinta niñas pobres, fué protegido por Luis XVIII. Sus buenas obras lo fueron por todos los hombres acomodados á quienes acudía, ó cuya caridad imploraba. Nunca salió de la casa de un rico sin poder dirigirse desde allí á la de algun indigente para socorrerle.

Murió de puro caritativo á 15 de marzo de 1820. Delante de su sepulcro lloraron millares de pobres cuyas lágrimas habia enjugado, y muchos ricos á quienes habia procurado el dulce placer de hacer bien, y de saber que le habian hecho con provecho.

Goffin y su hijo.

El viernes dia 28 de febrero de 1812, la mina de carbon de piedra de Beaujonc, junto á Lieja, fué inundada casi repentinamente. El capataz de los trabajadores, Ruperto Goffin, podia salvarse, junto con su

hijo que estaba á su lado; pero exclamó: «Si me salvo, los trabajadores mueren sin remedio; prefiero salvarme el último, ó morir con ellos.» Desplegando entonces una actividad asombrosa, procura ante todo salvar á un ciego y á algunos ancianos. Pero el agua cierra luego la única salida, y quedan sepultados vivos en las entrañas de la tierra setenta obreros.

La noticia de esta catástrofe vuela por las cercanías; acuden las familias de los desgraciados dando lamentables gritos. Los ingenieros preparan los medios de salvación, y todos cuantos son buenos para manejar el pico se ponen á sus órdenes. Trabájase sin descanso de noche y de dia; pasan las horas casi sin esperanza, pero siempre luchando arduosamente con todos los obstáculos. Llega la noche del sábado, y ningun ruido se oye en la profundidad de la mina, que revele la existencia de las víctimas. Llega la noche del domingo, y un ruido sordo, confuso, lejano, está diciendo que los enterrados tambien trabajan.

¿Quién ha podido animarlos, sostenerlos, darles aliento en medio de su agonía? Su heroico capataz Goffin y el hijo de éste, un niño de 12 años.

En los primeros momentos todo eran lamentaciones, gritos descompasados, arranques de un frenesí espantoso. «Los que quieran morir, revuélquense en el lodo, exclama Goffin; los demás que me sigan, y diremos que los muertos murieron llorando como mujeres.» Su voz y sus ademanes imponen á los obreros: nadie quiere morir como un cobarde. Trabajan sin descanso para abrirse un camino que les conduzca al aire libre; continúan así por mucho tiempo, sin saber de fijo por cuantas horas, pues no tienen ninguna señal para calcular la duración del tiempo. Por último los golpes del pico van dando por momentos un sonido mas grave; no cabe duda, se acercan al vacío, al aire. Ya llegan á él, pero á un golpe de pico sucede una detonación y pe-

netra en el subterráneo el terrible *Crouin* (aire inflamable). Habian llegado á una galería abandonada desde mucho tiempo. Goffin cierra al momento la comunicacion y salva así la vida á sus obreros.

Pero éstos se entregan á la desesperacion. Para ellos ya no es nada la vida; han hecho todos los esfuerzos posibles, y han agotado su valor. Échanse por el suelo y piden á Goffin que antes de morir los bendiga. En vano ese hombre honrado les dice que aun quedan medios de salvarse, que no deben entregarse á la desesperacion, pues así no hacen mas que perder tiempo: nadie se levanta, nadie responde mas que con gemidos y gritos de dolor.

« Ya que lo quereis, les dice al fin, muramos. » Y se echa al suelo en medio de ellos.

Ya están resueltos á morir; abrázanse llorando y se piden mutuamente perdon.

De repente se levanta un sér débil, un niño inspirado, el hijo de Goffin, y dice: « Ya que los hombres se vuelven niños, será necesario que los niños nos volvamos hombres. El señor Lamberto Colson, el propietario de la mina, no es posible que nos haya abandonado. » Los demás niños que habia en el subterráneo se levantan tambien, y detras de ellos se levantan sus padres; y por un movimiento maquinal setenta hombres obedecen á la voz de un niño, y van á emprender la abertura de un nuevo subterráneo.

Este drama terrible, verdaderamente palpitante de interés, en que el valor de un hombre y de un niño tenia que luchar incesantemente para dar fuerza moral á tantos obreros, duró cinco dias, dias de agonía, de desesperacion y de esfuerzos increíbles.

El miércoles dia 4 de marzo, cuando iban á perecer de inanicion, una sonda penetra hasta ellos. Al mediodía ya estaban salvados.

Así que Napoleon supo estos rasgos de verdadero heroísmo, premió á Goffin con la cruz de la legion de honor y una pensión de 600 francos. Goffin, hijo, murió

en 1815 y su padre en 1821, enseñando con el ejemplo á diez hijos que la ciencia, la riqueza y el poder, no son nó los únicos medios de ser útil á la humanidad.

Berthollet.

La vida y las obras de Berthollet no pertenecen solamente á las ciencias: el comercio y la industria le proclaman por uno de sus mas ilustres bienhechores, y por uno de los sabios mas útiles de una época fecunda en memorables aplicaciones de descubrimientos en adelante de las artes.

Luis Claudio Berthollet nació á 9 de diciembre de 1748 en Talloire, á dos leguas de Annecy en la Saboya. Dedicóse á la medicina, y graduado ya de doctor, á la edad de 22 años pasó á París. En esta capital del mundo civilizado fué donde conoció su verdadera vocacion: los trabajos químicos. Émulo de Lavoisier, de Gutton, de Monge, las artes y el género humano le deben adelantos asombrosos.

La tintura, como otras muchas artes necesarias ó útiles á la existencia, es hija de la química, y ha seguido los pasos de su madre. Esta, por espacio de muchos siglos no fué mas que un conjunto de doctrinas extravagantes y de enigmas sin nombre, y aquella era á su vez un caos de operaciones incoherentes, ridículas, costosas, y de mezquinos resultados. Para el blanqueo de las telas se necesitaban meses enteros, y vastísimas praderas destinadas á su uso. Acuérdate Berthollet que Schele habia reconocido en el cloro la propiedad de destruir los colores vegetales, y concibe la idea de aplicar este descubrimiento á aquella operacion. Tocada la tela por el gaz se vuelve en efecto,

blanca; pero no conserva su blancura. No bastaba, pues, el gaz. Este descompone las materias colorantes; la lejía alcalina las desprende. Combinadas estas dos acciones obtiene la tela una blancura duradera. He aquí como nació un arte nuevo que ha dado riquezas incalculables al universo entero. Por el método de Berthollet adquieren todos los tejidos un blanco hermoso y sólido. El número de lejías es menos grande, y el tejido se cansa menos. La economía de tiempo es inmensa.

Merced al agente recomendado por Berthollet, muy luego se blanqueó con él la cera, se restauraron los libros viejos, las estampas, y se convirtieron en papel blanquísimo los materiales mas comunes.

Llamaron tambien la atencion de Berthollet otros agentes mas terribles; el ácido clórico, y lo que comunmente llamamos plata fulminante: agentes destructores, y tan susceptibles que casi han tenido que abandonarse, en particular el último. Si se dedicó Berthollet á su descubrimiento, fué porque su patria los reclamaba en algun modo. La Francia habia aceptado el guante arrojado por la Europa entera, y no tenia pólvora ni armas, que antes le venian de países extranjeros. Fué necesario que saliese todo del suelo francés; para ello se debió recurrir á la ciencia; Berthollet y Monge transformaron por decirlo así la tierra en azufre y en salitre; un batallon de químicos, permítasenos la frase, trabajaba incesantemente para que no faltasen recursos de destruccion á mil batallones de soldados.

Lo mucho que contribuyó al establecimiento de la nueva nomenclatura química, su descubrimiento de la clarificacion del agua por medio del carbon, y la parte que tomó en la expedicion del Egipto, completaron la gloria y los trabajos científicos de Berthollet. Suya es la idea de carbonizar el interior de los toneles destinados á conservar el agua en los buques, idea de una utilidad tan grande en las largas navegaciones.

Sus obras, ademas de muchas memorias, son: — Elementos del arte de la tintura. — Investigaciones sobre las leyes de la afinidad. — Estadística química, su obra maestra. Sus *Elementos* son aun en el dia el manual de todo fabricante que sabe abandonar la rutina.

Berthollet murió en Arcueil á 6 de noviembre de 1822, siendo de edad de 74 años. El dolor que le habia inspirado la prematura muerte de su hijo, acaecida en 1811, habia debilitado en él los resortes vitales, y solo alguna trascendental cuestion química podia hacerle olvidar momentáneamente su desgracia.

Napoleon le colmó de honores; la restauracion le nombró par de Francia.

Malesherbes.

El modelo de los magistrados y de los ministros virtuosos al mismo tiempo que adictos á la corona, nació en París á 6 de diciembre de 1721. Su educacion fué lenta y difícil, pero en cambio dejó grabados profundamente en su ánimo los principios mas sólidos y positivos, consignados en el considerable número de memorias que escribió.

Sus vastos conocimientos, la fama de su integridad le valieron el ser nombrado ministro de la corona en 1775, y desde entonces, en expresion de Gaillard, fué el amor y las delicias de la Francia. Lo primero que hizo fué abrir los calabozos de la Bastilla, de Vincennes y de Bicetre; luego alivió el rigor del cautiverio á los que no pudo soltar; en seguida obtuvo la supresion de los mandatos de prision tan arbitrariamente confiados á los mismos delatores; pero cuando meditaba nuevas reformas y leyes justas, cayó Turgot, y le siguió en su desgracia, á los pocos meses de haber entrado en el ministerio.

En su retiro se dedicó entonces á escribir nuevas memorias, principalmente sobre observaciones acerca de varios ramos de la historia natural. En 1787, Luis XVI volvió á llamarle á su lado, escuchó sus consejos sobre la tolerancia, y la firmeza con que debia ser regida la Francia, y estaba inclinado á seguirlos; pero las intrigas palaciegas frustraron los planes de Malesherbes, y de nuevo tuvo que hacer dimision.

Los que aconsejaron al rey que se la admitiese; los que aprovechándose de la debilidad del monarca, le arrastraron hácia una pendiente fatal, fueron los primeros que le abandonaron en el peligro. No así Malesherbes, pues dando un ejemplo de abnegacion sublime, en aquellos momentos en que defender á Luis XVI era encaminarse á la guillotina, no vaciló un instante en hacer el sacrificio de su vida, cumpliendo con el mas noble y el mas sagrado de los deberes.

« Cuando supe, dice él mismo en sus memorias, que la convencion habia decretado, que Luis XVI fuese juzgado por ella, determiné consagrar á su defensa los dias que me restaban de una vida congojosa. Considerábame dichoso, si á precio de ella pudiese evitar un crimen á mi patria, libertando del suplicio al mas desventurado de los reyes. Me pareció que mi celo seria tanto mas favorable á S. M., porque nadie se atreveria á tacharme de realista, pues todos me tenian por partidario de la *secta filosófica*; denominacion inventada por la ignorancia, para deshonrar á los verdaderos filósofos que jamás han formado secta. Imaginé tambien que ninguno me haria la injusticia de creer que un hombre envejecido con honor en el ministerio, defenderia á un acusado, si le tuviese por culpable; y cualquiera debia suponer inocente al rey, viendo que Malesherbes le defendia.

« Tal en efecto fué la opinion que todos los buenos formaron de mí, la asamblea la aprobó, el rey me dió gracias por ella, y el pueblo manifestó que la aplaudia. Voy

á referir en prueba de esto un hecho, tan honroso á sus autores, como agradable á mi persona. Cuando me presenté por la vez primera á la *comision de los veinte y uno*, encargada de informar sobre la causa del rey, se difundió la voz de mi llegada por los corrillos de las Tullerías y de la calle de San Honorato, por donde habia pasado mi coche. Asi que bajé de él, me rodeó una muchedumbre de buenos ciudadanos y de mugeres sensibles, y me suplicaron con encarecidas instancias que hiciera cuanto estuviese de mi parte por salvar al rey. Una de estas honradas señoras me presentó un hijo suyo de unos dos á tres años, y me pidió de su parte permiso para abrazarme; á lo que accedí con mucho gusto. No pude dejar de entermecerme, y el público se conmovió tambien al ver como sus delicadas é inocentes manos acariciaban mi arrugado rostro, y la notable contraposicion que hacia su rubia cabellera con las blancas canas de un anciano.

« Antes de escribir esta carta, fuí á verme con Vergniaud, en quien confiaba mas que en todos los demas diputados, á causa de su sencillez, gran talento é irreprehensibles costumbres. Le descubrí mi proyecto, que aprobó desde luego; pero la faccion de la anarquía le hacia ya recelar y desconfiar de todo, aunque sin aterrarle. Las facciones, me dijo, que citando los escritos filosóficos, los truncan y desfiguran, solo han retenido esta máxima terrible de Raynal: *Las naciones envejecidas no pueden regenerarse mas que con arroyos de sangre.*

« El 10 de diciembre por la noche, víspera del primer comparecimiento del rey ante la asamblea, puso un criado en la antecámara de S. M. varios candeleros y en el hueco de uno hice introducir la carta siguiente, escrita en vitela con tinta indeleble, preparada de modo que la cera derretida no pudiese alterarla: Clergy fué quien se la entregó al rey.

SEÑOR:

Permitid que un antiguo criado de

V. M. os acredite su estimacion, indicando la conducta que debe observar V. M. desde el principio en la causa que tratan de formaros.

«La mayor parte de la nacion, y aun de la asamblea, conviene en la incompetencia de esta para juzgar á V. M. Varios representantes son á un tiempo acusadores, testigos y jueces; otros son criados inmediatos de V. M.; algunos se han declarado enemigos, y uno de ellos es pariente de V. M. Paso en silencio el establecimiento y formacion de dicho cuerpo que no tiene semejanza con tribunal alguno.

«Estos son otros tantos motivos para impedir que se entable la causa. Así que á la primera pregunta que se haga á V. M. responded, que no teneis por competente y legal á la asamblea; pero que estais pronto á responder al tribunal que nombre la nacion, con tal que se limite á ejercer el poder judicial, que consiste en la aplicacion de la ley á los casos particulares, y no trate este asunto como un objeto de legislacion.

«Este es, señor, el escudo mas firme y el único que podeis oponer á los tiros de la malevolencia, del error, de la preocupacion y de la ignorancia. Entorpecida la convencion con este obstáculo insuperable, se verá en la necesidad, ó de nombrar un tribunal supremo, si accede á vuestra demanda, ó de no molestaros, si la desprecia. Pero si á pesar de esta reclamacion ó protesta, continuase en la formacion del proceso, incurrirá en la execracion del género humano, por cuanto esta conducta es contraria á todos los principios de justicia.»

El rey no protestó, como se lo proponia Malesherbes, y la convencion hizo rodar su cabeza, y poco despues la de su defensor y la de la hija de este, en medio de las de otros millares de víctimas. Murió Malesherbes el dia 22 de marzo de 1794.

He aquí las máximas favoritas de este ministro honrado.

El pueblo mas feliz y el mas libre no

es aquel que posee el mejor código de leyes, sino aquel en cuyo seno las leyes son mas exactamente ejecutadas.

No se diga que hay instituciones allí donde las leyes pueden ser infringidas, aunque sea bajo pretexto del interés público.

¡Ay del país en donde los procedimientos criminales varian segun las circunstancias!

Estas máximas, y otras muchas que han inmortalizado su memoria, las escribió en 1770, y no dudó en hacerlas llegar á oídos del monarca.

Jacquard.

A principios de este siglo en las sederías de Lyon formaban los jornaleros una raza miserable que llevaba impreso en su frente el sello del sufrimiento. Sus miembros flacos y disformes, y su fisonomía pálida y resignada, decian á voces que el trabajo alteraba en ellos el principio de la vida. Apenas tenian ánimo para quejarse; y ese pueblo de obreros, apesar de las emigraciones de los montañeses que anualmente venian á renovarle, iba degenerando y sucumbiendo. Sus talleres revelaban toda la extension de sus miserias. El trabajo se hacia por familias, cada una en su especie de conejera, húmeda y obscura. Los tejidos, variados de oro, plata y seda eran de un mecanismo tan costoso, complicado y difícil de manejar, que el jornalero se enredaba la cabeza y los brazos en medio de un laberinto de cuerdas. Habia forzosos y largos períodos de ferias, dias de hambre; y los períodos de trabajo eran dias de increíbles fatigas, de contorsiones violentas, de sudor incesante, de privacion de sueño, de actitu-

des forzadas que desfiguraban y las mas de las veces abreviaban la existencia.

Todo ha mudado en el dia: la condicion de los jornaleros, y los procedimientos de la industria. No siempre el trabajo hace vivir á los jornaleros, pero al menos no los mata, y forman ya una poblacion que merece llamarse viril. Ha desaparecido la melancolía tímida de su semblante, y presentan un aspecto afable y sano.

¿A quién se debe este milagro?... á un jornalero, hijo y descendiente de jornaleros, Jacquard.

José María Jacquard nació en Lyon á 7 de julio de 1752. Su padre, tejedor, le puso de aprendiz en casa de un encuadernador de libros. No fué de su gusto este oficio; así es que en 1793 se sabe que fabricaba sombreros de paja, que era casado, y tenia un hijo, el cual murió soldado en las guerras de la república.

Antes de la paz de Amiens la sociedad real de Londres habia propuesto un premio considerable para el inventor de un procedimiento mecánico aplicable á la fabricacion de encajes. Los diarios franceses tradujeron el anuncio, y por casualidad lo leyó Jacquard. Al momento sintió su verdadera vocacion; unos tras otros hizo muchos ensayos infructuosos, y al fin encontró el mecanismo aplicable á todos los tejidos que debiesen presentar muestras de bordados. Antes, en los tejidos de esta naturaleza se necesitaba que un niño estuviese debajo del telar, y á la voz del tejedor levantase el hilo que le decia, procedimiento engorroso, pesado, y que revelaba la infancia del arte: el invento de Jacquard era una verdadera revolucion. Hizo una muestra, la dió á un amigo, y no pensó mas en ello. Pero la muestra pasó de mano en mano hasta llegar á las del prefecto de Lyon, quien la envió á París.

Al cabo de algun tiempo el prefecto le envia á llamar, le pide la máquina, quiere verla funcionar á su presencia, y la envia á París. A los pocos dias vuelve á llamarle el prefecto, y le dice: —

I.

Partireis al momento para París. — Para París?... pero, qué he hecho yo.... — Repito que partireis al instante. » Una silla de posta conduce rápidamente á Jacquard, y un gendarme le escolta. Llévanle al Conservatorio de artes y oficios, y las primeras personas á quienes le presentan son Napoleon y Carnot.

Carnot le dice: — « Sois vos el que quereis saber mas que Dios, formando un nudo con una cuerda tirante? » Estas palabras cortan á Jacquard; pero Napoleon, con el tacto y la delicadeza propias solo de talentos superiores, le tranquiliza, le promete su proteccion, y le anima á que continúe sus investigaciones. Hele ahí instalado en el Conservatorio, en medio de todas las maravillas de la industria; hele ahí descubriendo el principio único que domina todas las combinaciones del tejido.

La máquina que lleva el nombre de Jacquard pareció en la exposicion de 1804. El primer consul recompensó este admirable descubrimiento con una pension anual de seis mil francos: el hombre grande habia previsto los inmensos resultados que debia producir en la industria. No así los jueces de la Exposicion, que premiaron á Jacquard con una ridícula medalla de bronce.

París le recompensó con la indiferencia; Lyon con la persecucion, pues los jornaleros se amotinaron contra él diciéndole que queria reducirlos á la mendicidad.

Tres veces atentaron á su vida, y por último destruyeron públicamente su máquina: « Vendieron, dice en expresion bíblica Jacquard, mi hierro por hierro viejo, y la madera por leña. » Y hasta 1825 no volvieron de su error, cuando vieron la preponderancia que adquiria Lyon, y que con las máquinas de Jacquard se mantenian sesenta mil obreros. Desde entonces en Inglaterra y en todos los países del mundo se ha adoptado su invento para todos los tejidos, y el nombre de Jacquard, pronunciado antes con rabia frenética, y solo grato á los oidos

7

de Napoleon, se ha hecho popular en toda la Europa.

En los últimos años de su vida vivía retirado á algunas leguas de Lyon, donde fueron á visitarle viajeros de todos los países. Murió casi olvidado á 7 de agosto de 1834. Recientemente la ciudad de Lyon le ha erigido una estatua.

Los hermanos Montgolfier.

Los hermanos Montgolfier merecen por varios títulos formar parte de la colección de hombres útiles. El mayor, José, fué un mecánico distinguido, miembro del instituto. Nació en Annonay en 1740. Ayudó á su hermano en la invención de los globos aereostáticos, simplificó la fabricación del papel, é inventó una máquina neumática. Ha dejado tres escritos notables; un *discurso* sobre dichos globos, una *memoria* sobre el propio asunto, y un opúsculo llamado « Los viajeros aéreos. »—Su hermano Esteban, que nació en 1745 es en realidad el verdadero inventor de los globos aereostáticos, pero hizo, junto con su hermano, todos los cálculos y los ensayos preparatorios. Además de esto introdujo nuevos procedimientos en la fabricación del papel, é inventó varios instrumentos útiles. Este murió en 1799 y aquel en 1840.

Como lo que les ha dado mas celebridad y ha hecho que sus nombres pasasen á la posteridad, es la invención de la navegación aérea, vamos á detenernos en este importante descubrimiento:

La atmósfera que rodea nuestro globo es como un vasto mar en cuyo seno viven y se agitan una multitud de seres organizados. Por esto se ha querido investigar

si sería también habitable para el hombre, si podría navegarse por él al modo que navegamos sobre las aguas, y hasta si el hombre podría, como las aves, hender el aire, correr á su través, cernerse y levantarse con la fuerza de sus músculos á una grande altura. Desde luego se dejan palpar las dificultades que opondría la naturaleza á semejante proyecto; y lo mas raro es, que esas tentativas se hayan aventurado tantas veces.

Desbaratado este último plan ha procurado el hombre sacar el partido posible de sus teorías, y ha ensayado su habilidad en el mecanismo de la navegación por los aires; pero todos los medios que se habían propuesto no habían pasado de ser simples teorías, hasta que reflexionando Montgolfier en 1782 sobre el fenómeno que presentan las nubes, que se sostienen flotando en la atmósfera, concibió la idea de dar cubiertas muy ligeras á nubes artificiales producidas por una combustión cuyo calor dilatando el aire contenido en ellas, haría al todo específicamente mas ligero que el aire exterior.

Después de algunos ensayos que hizo privadamente, el año siguiente hizo por primera vez su experimento en público en Annonay. Véase allí una especie de saco grande de tela forrado en papel, plegado sin ninguna forma, hincharse y desarrollarse por la acción del fuego que se había encendido debajo, levantarse luego en figura de un globo de ciento diez pies de circunferencia, y subir en menos de diez minutos á la altura de cien toesas. El experimento se renovó después muchas veces en París: y la máquina sirvió para elevar hombres, que conservan ellos mismos el fuego en una estufilla suspendida debajo la abertura del globo. En los primeros ensayos empleábanse cuerdas que solo permitían á esta máquina levantarse á cierta altura; pero al fin Pilatre de Rocier y Mr. de Arlandes, marchando con el globo aereostático abandonado á sí mismo, corrieron cerca de cuatro mil toesas en diez y siete minutos y

ofrecieron el primer espectáculo del viaje que ha hecho el hombre al través de los aires.

Al principio se creyó que el ascenso de la máquina se debía en parte á un gas particular que Montgolfier producía quemando materias animales: pero se ha visto posteriormente, que este efecto solo provenia de la rarefaccion del aire contenido en el globo.

Despues del experimento de Annonay, se quiso emplear en Paris el gas hidrógeno, que es casi trece veces mas ligero que el aire, en el estado de mayor pureza que habia tenido hasta entonces, y solo se trataba de buscar una cubierta que fuese impenetrable á este gas y en la que se le pudiese aprisionar. Este procedimiento era mas dispendioso, pero al mismo tiempo menos espuesto, y de una sencillez mas elegante que el primero; pues el globo aereostático se bastaria á si mismo, y su volúmen, igualmente que su peso, serian sensiblemente menores.

Entre las varias cubiertas que se propusieron, se prefirió á todas el tafetan barnizado con goma elástica, disuelta en el aceite de trementina. Un globo de cerca doce pies de diámetro construido de esta manera, que se echó del Campo de Marte se elevó en dos minutos á unas quinientas toesas, se sostuvo casi tres cuartos de hora en el aire y fué á caer á cuatro leguas de París.

Algun tiempo despues, llevados Cárlos y Roberto en una barquilla suspendida de un globo de igual género y de veinte y seis pies de diámetro, recorrieron un espacio de nueve leguas; y despues habiendo quedado solo el primero en la barquilla, se elevó á cerca de mil setecientas toesas, como si fuera á tomar posesion en nombre de los físicos, de la region de los metéoros.

A medida que el globo sube por las capas de aire menos densas, el gas está menos comprimido y tira á estenderse, lo cual ocasiona á veces el rompimiento del globo; pero esto se previene adaptando en él una

válvula de seguridad que el navegante aéreo pueda abrir para dejar salir parte del gas cuando va dilatándose demasiado. Tambien se puede moderar la resistencia de la válvula de modo que sea menor que la del tafetan, y en tal caso se abre por sí misma para dar salida al gas.

Para hacer útil el brillante descubrimiento de los globos con el gas inflamable, seria preciso, dicen, hallar un medio para darles direccion; pero si esto no puede conseguirse por un mecanismo análogo á las alas de las aves, tampoco lo es por el de la navegacion ordinaria. Para convencerse de ello basta atender, que en esta la nave tiene dos medios, de los cuales el uno por su resistencia permite dirigirse muy cerca del viento á favor del aparejo del velamen, en vez de que la barquilla aérea, maniobrada solamente en el seno del aire, apenas puede dejar de seguir la direccion del viento. Por lo demas ¿es cierto que el descubrimiento de que tratamos, no acarrearía mas desventajas que utilidad? El hombre que convierte los medios mas inocentes en tormento de sus semejantes, ¿no abusaría acaso de este como de otros muchos, sin que por otra parte hubiese recursos bastantes para guardarse contra los mas terribles inconvenientes?

Gerson.

A últimos del siglo XIV ó á principios del XV apareció un libro, cuyos manuscritos se esparcieron por toda la Europa. Se publicó en latin, y luego se tradujo en todos los idiomas, y fué el libro de todas las familias y de todas las edades. Ignorábase quien era su autor, y se atribuyó á varios. En aquel libro iban á buscar palabras de consuelo y de esperanza to-

dos los desgraciados; á él acudían en busca de consejos todos cuantos vacilaban en las tristes eventualidades de la vida, y nadie cerraba sus hermosas páginas sin haber exprimido de ellas un bálsamo saludable. ¿Qué libro es éste?... *La Imitacion de Jesucristo*.

Muchos le han atribuido sin fundamento á Tomás Kempis, quien solo puso su nombre en un manuscrito como á copista; pero en nuestros días, dos hombres notables por sus cualidades morales, y por su saber, los señores Gouce y Billaudel han disipado todo asomo de duda, el primero probando hasta la evidencia que el verdadero autor de la *Imitacion* fué Juan Charlier, llamado *Gerson*, canciller de la universidad de París, y el segundo descubriendo en las márgenes del Aisne, junto á la puerta de Rhetel, las ruinas de la aldea de Gerson en donde nació á 14 de diciembre de 1363 el hombre célebre que llevó su nombre y le hizo inmortal.

Se sabe que fué muy perseguido por haberse opuesto á todos cuantos querían justificar la muerte del duque de Orleans, ordenada por el duque de Borgoña. Disfrazado de *peregrino* recorrió muchos países, buscó asilo en varias abadías, y permaneció algun tiempo en las de Rathemberg y de Mœlck. En medio de estos dolorosos azares de su existencia es cuando escribió aquel libro inimitable, lleno de dulzura, de unción patética, y de una caridad verdaderamente evangélica; el *peregrino* manifiesta sus flaquezas, sus pesares á su Dios, al único á quien podía abrir su corazón, y el Criador le dá fuerzas, le anima para sobrellevar las miserias de la tierra. En una de aquellas abadías se encontraron hasta veinte manuscritos idénticos á la obra de Gerson, y se cree que son los mas antiguos.

Murió siendo de edad de 66 años á 12 de julio de 1429. Su vida habia sido tan pura y ejemplar que Carlos VIII hizo levantar en su sepulcro un altar adornado con su imágen. El cardenal Zabarella le llama «el mas escelente doctor de la igle-

sia;» sus contemporáneos, y los siglos posteriores, como afirma Bossuet, le dieron el dictado de «Doctor Cristianísimo;» y los teólogos de Flandes y de Alemania le denominan á una voz «Doctor de las Consolaciones.»

¿Qué escritor ha merecido ese último dictado mas que el autor de la *Imitacion*?

Richer escribió «la Apología de Gerson» y Le Noble «el Espíritu de Gerson» los dos no tienen palabras con que alabarle.

Gerson ha dejado otras varias obras, á saber: *De Consolatione Theologie*.—*De Sigillis*.—*De observatione Dierum*. Asimismo ha escrito otras sobre la vida contemplativa, sobre la sencillez de corazón, sobre la pobreza espiritual, sobre los niños que es preciso ganar para Jesucristo. (*De Monte Contemplationis*.—*De Simplicitate Cordis*.—*De Paupertate Spirituali*.—*De Parvulis ad Christum trahendis*.—*De libris legendis*.) En vista de estas obras, cuando la cuestion sobre el autor de la *Imitacion* no estaba decidida todavía, Bossuet y otros autores eclesiásticos no dudaron en afirmar que nadie era mas digno que Gerson de haber escrito ese libro sublime. En su obra de *De Libris Legendis* alaba este los mejores libros de aquel tiempo, escepto uno, el de la *Imitacion*. Porque era el suyo.

La familia de los Jussieu.

ANTONIO. — BERNARDO. — ANTONIO LORENZO. — ADRIANO. — LORENZO. — Y ALEJO.

Los anales científicos y administrativos no ofrecen acaso entre los franceses otra familia que pueda compararse con la de los Jussieu, que ha dado á su patria tres generaciones de hombres eminentes, en-

tre ellos cinco miembros de la Academia de Ciencias. Y esa herencia de talentos que se han trasmitido de hermano á hermano y de padre á hijo, no es lo único que honra á las tres generaciones. Un carácter noble y leal ha sido siempre, sin interrupcion y sin excepcion, el rasgo distintivo de esa familia. Hablando en el sentido mas propio, no ha habido, nó, juventud para esos hombres graves, laboriosos y de una madurez precoz, signo de la union del talento y de la virtud.

El primer grupo de esta ilustre familia que hemos hecho grabar representa á los tres hermanos Antonio, Bernardo y José de Jussieu, miembros los tres de la antigua Academia de Ciencias. El segundo representa á Antonio Lorenzo y á Adriano; y el tercero á Lorenzo y á Alejo.

Antonio de Jussieu nació en Lyon á 8 de julio de 1686. Desde sus primeros años su aficion á la Botánica fué una verdadera pasion; recorrió las cercanías de su ciudad natal, y una gran parte del Delfinado, y al mismo tiempo que se instruía, robusteció su salud. En 1704 sus padres le enviaron á Montpellier á estudiar la Medicina. Hizo el viaje á pié, herborizando siempre, y fué recibido no como un escolar sino como un sabio. La fama de sus peregrinaciones, tan útiles para la ciencia, llegó hasta París, y cuando al terminar su carrera médica se dirigió á esa capital, á la muerte del sabio Tournefort (1710) se le nombró en su lugar catedrático de Botánica. Desde entonces el cetro de la Botánica en el Jardin del rey, hoy Jardin Botánico, se ha conservado constantemente en la familia de los Jussieu. En 1712 fué admitido por miembro de la Academia de Ciencias. Hizo varios viajes para enriquecer el Jardin, entre otros uno por España. Sus principales trabajos científicos son: la *Historia del Café*, del *Kali* de Alicante, del *Cachú*, del *Simaruba* de Cayena, etc.; y sus investigaciones sobre los *Vegetales fósiles*, y sobre la *Anatomía comparada*. Murió en 1758.

Su hermano Bernardo nació en 1699. Llamóle Antonio á París y le hizo estudiar bajo su direccion. Desde luego las plantas le cautivaron enteramente, y era tan prodigiosa su memoria que jamás desconoció un vegetal que una vez hubiese examinado. Nombrado demostrador de Botánica del Jardin del rey fué la verdadera providencia para aquel establecimiento. Velaba incesantemente por el cultivo de las plantas, instruía á los jardineros, y llegó á convertirlos en verdaderos botánicos prácticos. Anualmente llevaba á sus discípulos por las cercanías de París, y les enseñaba á reconocer las plantas apesar de las mudanzas que en ellas ocasionan los accidentes del terreno ú otras circunstancias que las desfiguran. En estas correrías los discípulos ponian á prueba el talento del maestro. Le presentaban plantas desfiguradas ó á las que habian juntado hábilmente algunas partes de otras; pero Bernardo al momento les indicaba donde habian cojido la planta, y cuales eran sus caracteres naturales, y cuales los desfigurados. Cuando Lineo pasó por París, y se quiso hacer la misma prueba, dió esta célebre respuesta: «Aut deus, aut dominus de Jussieu.» Solo Dios, ó el señor de Jussieu pueden resolver estos problemas. Bernardo ha sido el primero que para la clasificacion de las plantas ha pronunciado el nombre de *método natural*. Semejante á algunos filósofos célebres de la antigüedad, enseñó mucho, y escribió poco ó casi nada. La Europa entera pronunciaba con elogio su nombre, y no habia escrito mas que tres ó cuatro memorias. La muerte de Antonio le llenó de un dolor profundo, y los años que le quedaron de vida los pasó retirado y melancólico. Murió á 6 de noviembre de 1777.

José de Jussieu nació en 1704. Puede llamársele el mártir de la botánica. Despues de haber estudiado esta ciencia, la medicina, las matemáticas y la arquitectura, fué elegido como botánico para acompañar al Perú á los astrónomos que

enviaba allá la Academia para hacer observaciones. Los astrónomos elegidos por la Academia conocieron al momento que el botánico de la expedición era más astrónomo que ellos. A su regreso declaró Bouguer que nadie había sido tan útil como Jussieu. Éste quiso permanecer algún tiempo más en aquellas remotas regiones para internarse en el país, y estudiar su vegetación. Y fué tanta la fama que supo adquirirse, como botánico, como matemático, y como hábil médico, que las autoridades le hicieron en algún modo violencia para que no abandonase el país. Los mismos salvajes le respetaban; y durante una epidemia fué aclamado como un libertador. Viajando por aquellas regiones casi desconocidas tuvo que atravesar inmensos lagos en bateles de juncos, y franquear torrentes sobre puentes de cuerdas de cien piés de largo. Siempre que podía enviaba á sus hermanos de París colecciones y memorias, pero la mayor parte se perdieron. Las fatigas y las enfermedades minaron su existencia, y cuando regresó á París en 1774, ya no era hombre; había perdido la memoria; era una máquina. Murió en 1779 en manos de sus sobrinos.

Uno de estos, Antonio-Lorenzo, nació en Lyon en 1748, y fué llamado á París por su tío Bernardo en 1765. Al cabo de cinco años sucedió á Lemonnier en el destino de profesor de Botánica en el Jardín del rey. En 1772 recibió el grado de doctor en la facultad de medicina de París. En 1773 fué elegido miembro de la academia de ciencias, y en 1776 lo fué de la sociedad real de medicina. Al cabo de un año le nombraron demostrador de botánica en el Jardín del rey. En 1804 entró de profesor de materia médica en la facultad de París, y en 1808 de consejero en la universidad medical. Su principal título de gloria es la obra titulada: *Genera plantarum secundum ordines naturales disposita*, publicada en 1789. Ha dejado además muchísimas memorias. Formóse al lado de su tío Bernardo, y

como él fué un modelo de aplicación, de laboriosidad y de virtudes domésticas. Cuvier no duda en afirmar que aquella obra de Antonio-Lorenzo da principio, no solo para la Botánica, sino también para todas las ciencias de observación, á una época no menos memorable que la que abrió la Química de Lavoisier para las ciencias experimentales. Era una revolución en la Historia Natural. Por espacio de medio siglo ha tenido Antonio-Lorenzo la gloria de ver que su superioridad era acatada generalmente. El título de primer botánico de Europa no le ha sido disputado por nadie. Cuando murió en 17 de setiembre de 1836 había tenido la satisfacción de que su hijo Adriano le hubiese reemplazado en su cátedra del Museo y de verle sentado á su lado en la academia de ciencias.

Adriano, único hijo varón de Antonio-Lorenzo, nació en París á 23 de diciembre de 1797, y ha sabido conciliar con su carrera médica un estudio profundo de la botánica, glorioso patrimonio de su raza. Así que en 1826 por voto unánime de los profesores fué nombrado catedrático de botánica en el Jardín de Plantas, y en 1834 fué elegido miembro de la Academia de Ciencias. Hasta el día sus numerosos y sabios escritos le han elevado y sostenido en primera línea entre las ilustraciones científicas de nuestra época.

Otro de los Jussieu, primo del anterior, y digno de ocupar un puesto distinguido en la colección de Hombres Útiles, es Lorenzo, sobrino de Antonio-Lorenzo. Nació en Lyon á 7 de febrero de 1792. Desde los primeros años de su juventud ha merecido por sus escritos el nombre de amigo de la humanidad. Apartándose del camino seguido por los demás individuos de su familia, todas sus obras se han dirigido á la mejora del orden social, al bien público. Basta citar un escrito suyo para recomendarle á todos los hombres de bien. El *Simon de Nantua*, este libro popular, de educación, cuyas máximas son tan hermosas, y cuya moral es tan

pura, es obra de Lorenzo de Jussieu. Además, ha obtenido su autor varios premios por otras obras útiles para la educación.

Para completar el cuadro de esta familia interesante, solo faltaba que uno de sus individuos se dedicase á la defensa de las garantías sociales: tal ha sido la carrera de Alejo de Jussieu, hermano del anterior. En vez de seguir los estudios de medicina, á imitación de los que habian ilustrado su nombre, se dedicó á la legislación. Nació en Lyon en 1802, y fué educado en París á costas de su tío Antonio-Lorenzo. En la década de 1820 á 1830, cuando los mejores escritores de Francia redactaban los periódicos, Alejo fué admitido en el *Correo francés* como colaborador de Benjamin Constant, de Lamarque y De-Pradt. El escrito que mas cooperó á su reputacion fué su folleto de 1827, en que predijo con tono firme, dice Chateaubriand, los grandes acontecimientos de 1830. Este opúsculo titulado— «Cómo se hacen las revoluciones» —enseña tambien como se evitan.

En suma, de pocas familias podrá decirse lo que de los Jussieu; pocas como ella han prestado por espacio de mas de un siglo servicios tan eminentes á su patria y á la humanidad.

Bernardo Palissy.

Cuando uno mira un plato de loza fina en que come su sopa está muy lejos de pensar lo que costó la invencion del arte de fabricar ese plato tan comun en el dia; y apenas lo creeria si le dijiesen que un hombre pasó quince años en la miseria sin querer dedicarse mas que á una idea fija, sin querer estudiar otra cosa mas que la que se habia propuesto desde que

tuvo uso de razon, sin cansarse por las eventualidades, sin dejarse vencer por los contratiempos, ... y todo, porqué?... para fabricar un plato hermoso, fino, uno de esos platos que tan abundantes son en nuestras mesas.

Pobre Bernardo Palissy! sus conocidos se burlaban de él, y le llamaban loco, porque cada dia repetia pruebas sobre pruebas, y buscaba tierra y piedras que le diesen el resultado apetecido. Decian que no era digno de una limosna, que si era miserable debia solo achacárselo á sí propio, porque en vez de dedicarse á hacer lo que los demás hacian, aspiraba á hacerlo mejor. Decian que Dios le castigaba porque queria saber mas que sus padres, y comer en un plato mas fino que el suyo.

Triste condicion de los que consagran su existencia á los adelantos artísticos, y á la utilidad del género humano. Los esfuerzos para adelantar, si no son seguidos del adelanto no se estiman en nada. Para triunfar, es necesario conseguir el objeto; y sino se triunfa, el pago es la befa y el desprecio.

Tambien triunfó Bernardo Palissy, arrancando á la naturaleza el secreto de la fabricacion de la loza fina, blanca ó pintada, y el de la porcelana. Tambien triunfó haciendo por mucho tiempo á las demás naciones tributarias de su patria. Tambien triunfó, por fin, recibiendo honores, aplauso y acatamiento de parte de los que se habian reido de él en sus dias de prueba y de miseria. Pero, ¡cuántos mueren antes de alcanzar este triunfo! cuántos mueren hoy con fama de tontos ó de locos, que si muriesen mañana la tendrían de muy cuerdos y muy sabios!....

No son bien conocidas las circunstancias de la vida de Palissy, pero se sabe que nació por los años 1499 en un pueblo de la diócesis de Agen. La principal ocupacion de su vida, como hemos manifestado, fué el descubrimiento del secreto de la fabricacion de la loza fina y con esmaltes que tanta boga tenia en Italia. No

tuvo otro maestro que sí mismo. No leyó otro libro, en espresion suya, que el cielo y la tierra, conocidos de todos, y en el que á todos les es dado leer. En 1555, despues de su admirable descubrimiento, la córte de Francia tuvo á dicha el poderle retener en la capital, y enseñó en ella públicamente los conocimientos que habia adquirido sin maestro.

Palissy fué el primero que afirmó que las conchas fósiles habian sido depositadas por el mar en las localidades donde en el día se encuentran, aunque sea en la cima de las mas altas montañas. Con efecto esas montañas han estado primitivamente sepultadas en los senos marítimos, y las ha hecho salir hasta la altura á que se hallan la fuerza misma que ha sepultado en la tierra á otras mas altas todavía.

El tratado del arte de la tierra es la obra en que ha pintado Palissy la miseria y los padecimientos de los cincuenta primeros años de su vida. Son muy estimadas además otras dos obras suyas, á saber:— «De la naturaleza de las aguas y fuentes.»— y —«Medio de enriquecerse por la agricultura.»

Este hombre utilísimo murió encarcelado por los franceses (no por los enemigos de la Francia), siendo de edad de 90 años. Los cabellos blancos no bastaron á ponerle á cubierto de las persecuciones religiosas. Le acusaron de ser protestante.

Isabel de Francia.

(MADAMA ELISABET.)

La hermana del desgraciado Luis XVI, la santa de la revolucion, la doncella real mártir, víctima de un furor ciego, nació en Versalles á 3 de mayo 1764. Apenas contaba tres años cuando perdió sus pa-

dres, circunstancia que pareció aumentar su cariño hácia el Delfin, su hermano. Fué su aya la señora de Makau, tan ilustrada como virtuosa, y atenta á todos sus deberes estudió con fruto la historia y las matemáticas, desarrollando las mas excelentes cualidades y las mas sólidas virtudes. Sintió el primer pesar de su vida cuando la separaron de su hermana Clotilde, casada con el príncipe del Piamonte. Trataron tambien de casar á Isabel, primero con un infante de España, luego con el duque de Acosta, hijo segundo del rey de Cerdeña; pero ambos proyectos se frustraron. Desde entonces la lectura y el paseo por el campo llenaron todos los momentos de su existencia apacible. Enemiga del fausto, destinaba para obras de beneficencia veinte y cinco mil libras anuales que se le pasaban para diamantes. Luis XVI compró para ella secretamente una casa de campo, y se la regaló. En ese retiro fué donde la bella é inocente Isabel pasó los mas dulces instantes de su vida, entregada á la beneficencia, á la soledad y á los tiernos sentimientos que inspira el espectáculo de la naturaleza.

La revolucion francesa vino á contristarla, y á disipar sus sueños de paz y de ventura. Las escenas que iban pasando por delante de ella le parecian unas visiones fantásticas, imposibles, hijas de una imaginacion delirante. Solo el 6 de octubre, en Versalles, vió la realidad de esas fantasmas. Entonces su alma demostró todo su buen temple y firmeza. Inspiró á Luis el valor de que dió muestras, y le acompañó á París y hasta á las Casas Consistoriales. Por la noche escribió á una amiga: «Nos han conducido á las Tullerías en donde nada habia preparado, y hemos dormido de puro cansados. Es lo cierto que aquí nos tienen prisioneros; mi hermano no lo cree, pero el tiempo se lo probará. Nuestros amigos creen como yo que estamos perdidos. No queda mas esperanza que en Dios que no abandona á sus elegidos. Mi hermano está enteramen-

te resignado, y su piedad aumenta con sus desgracias.»

Cuando Luis huyó, siguióle su hermana, y desde Varennes volvió con él. El día 20 de junio estaba á su lado cuando un energúmeno, tomándola por la reina, exclamó: « Es la austríaca que debemos matar. » Un oficial de la guardia nacional gritó que era Isabel, y no la reina, y aquella le dijo sin inmutarse: « Porqué no le dejabais en su error? acaso hubierais evitado un crimen mas negro. » El día 10 de agosto, apesar de todas las instancias del rey, no quiso abandonar las Tullerías; siguióle á la Asamblea, y despues al Temple, en donde ofreció al desventurado monarca y á su familia todo cuanto la ternura tiene de mas noble, de mas consolador la sensibilidad, y de mas sublime la religion. Jamás se quejó, resignada como un ángel. En la córte habia sido el modelo de la bondad; en el Temple lo era de la paciencia. Parecia la imágen de la Francia encargada de decir á la familia real, que no eran nó sus súbditos leales quienes la martirizaban. Arrancaron de sus brazos á Luis y á María-Antonieta para llevarlos al patíbulo, y no tardaron en llamarla á ella misma ante el tribunal revolucionario. Al preguntarla su nombre, respondió: « Me llamo Isabel de Francia, tia de vuestro rey. » Para castigarla por esta noble respuesta la enviaron á la guillotina en medio de otras veinte y cuatro víctimas, y antes de su ejecucion quisieron que fuese testigo de la de sus compañeros de infortunio. Al colocar su cuello debajo la cuchilla, descubrióse su seno: « En nombre de vuestra madre, dijo Isabel al verdugo, cubridme. » Cubrióla el verdugo, é Isabel murió con toda la calma y la entereza de una santa, sin proferir una palabra contra sus verdugos. Fué á 10 de mayo de 1794.

Que les habia hecho la hermana de Luis XVI? Con la autoridad no habia tenido mas relaciones que las del que recomienda á los desgraciados; á la revolucion no la habia opuesto mas que lágri-

I.

mas y virtudes. Era una víctima digna de ser inmolada sobre el altar erigido al genio del mal.

Vauban.

En Saint-Leger de Foucheret nació un niño á 15 de mayo de 1633. Al cabo de diez años el prior de los carmelitas de Semur acertó á pasar por Saint-Leger, y pidió un guia para Rouvray. Presentáronle un muchacho de chispa, franco y alegre. Entra en conversacion con el carmelita, y este queda tan pagado de su viveza y amabilidad que toma de su cuenta su educacion. Enséñale de leer y escribir, de cálculo, de gramática, de geometría, y dibujo. Y el niño se transformó en Vauban, en el grande ingeniero, en el mejor de los ciudadanos, en el hombre útil que sacrificó todos los momentos de su vida en busca de medios para economizar la sangre del soldado, prodigada tantas veces sin provecho por los generales impetuosos.

Protegido por Mazarin que adivinó su genio, á la edad de 25 años dirigió los sitios de Gravelines, de Ipres, y de Odenarde (1658); tomó despues una parte gloriosa en las campañas de Holanda y de Flandes (1667—1703) y fué nombrado mariscal. Los militares le miran como el creador de la poliorcética moderna, de las paralelas que tanta sangre han ahorrado etc. etc. Arregló 300 plazas antiguas; construyó 35 nuevas, dirigió 53 sitios, y se encontró en 140 acciones.

Pero su título mas glorioso está en la benevolencia que guiaba todos sus actos, así de guerra como de paz. Citemos algunos, y se conocerá á Vauban.

Cuatro mariscales en consejo soste-

nian delante del rey Luis XIV que Valenciennes debia ser atacada de noche. Vauban sostiene que la plaza se ha de embestir de dia: «porque así, dice, se ahorrarán dos mil hombres.» Con efecto se sigue su consejo, y luego se echa de ver que el ataque nocturno hubiera costado doble derramamiento de sangre.

En el sitio de Cambrai el rey quiere embestir bruscamente un bastion: «Los hombres que vais á perder valen mil veces mas que ese bastion, dice Vauban.» El rey insiste, y sus tropas son destruidas. «Otra vez te creeré, dice á Vauban.» Pocos dias despues, impaciente el monarca, quiere dar el asalto y pasarlo todo á cuchillo. Los demás generales se allanan. Pero Vauban se levanta y dice con entereza: «Las leyes de la guerra reprueban semejante proyecto; la plaza será tomada algunas horas mas pronto, pero vale mas conservar cien soldados de Vuestra Magestad que quitar tres mil á los aliados.» Esta noble franqueza ablandó al rey.

En la acometida de Ypres tambien los cortesanos querian ganar tiempo: «Se ganará un dia, dijo Vauban, pero se perderán mil hombres.» Al oír estas palabras sublimes enmudecieron los cortesanos.

En su tiempo Cohorn, el ingeniero, era reputado su rival. He ahí el paralelo de esos dos hombres distinguidos: Vauban no empleaba mas que la artillería necesaria, no usaba de su influencia mas que para moderar el ardor de los soldados, no permitia que se adelantasen sino puestos á cubierto de sus mismos trabajos, y puso todo su estudio, toda su gloria, en ahorrar su sangre. Cohorn acumulaba artillería sobre artillería, lo sacrificaba todo al deseo de abreviar el sitio, de espantar y de sorprender á los sitiados, y no economizaba gastos ni sangre. Vauban cercaba, ceñía, cortaba y dividia á los sitiados. Cohorn no pensaba mas que en abrumarlos; es decir que sustituia la fuerza á la industria; ó mas bien emplea-

ba la industria solo para hacinar medios de destruccion. Vauban era un gefe habil que sabia manjbrar á sangre fria. Cohorn era un hombre impetuoso que solo pensaba en destrozar y destruir á toda costa al enemigo. En los ataques de Cohorn, el aparato de los fuegos, la audacia y la combinacion de los asaltos, deslumbraban; en los de Vauban se veia un método mas seguro, mas rápido, y menos ruidoso y sangriento, se veia en una palabra el arte de destruir sometido y perfeccionado por el arte de conservar. Sabiendo que el que hace el gasto de las guerras es el pueblo con su sangre, es de razon que este bendiga al soldado que se desvela por conservar la sangre del soldado. Cohorn y Vauban eran ingenieros ambos; pero Cohorn fué un hombre sanguinario, y Vauban un hombre útil.

Vauban fué el primero que introdujo el principio de respetar en los sitios los edificios civiles y las personas que los habitan. Fontenelle le llama el primero de los Ingenieros, y el mejor de los ciudadanos: un romano de los mas bellos dias de la república. ¡Cuanto bien no pueden hacer los militares siguiendo las máximas de Vauban!

Murió en 1707. Sus principales escritos son: — Mis ocios — Varias memorias — El diezmo real — y el Tratado de los sitios y de la acometida de las plazas.

Una dama de la Caridad.

(LA CONDESA LABOULAYE-MARILLAC.)

En uno de los dias de la revolucion de julio de 1830, dias de pavor para los habitantes de París, se batian encarnizadamente los opuestos bandos junto á la casa y debajo las mismas ventanas de la Con-

desa Laboulaye-Marillac, una de las Damas de Caridad encargadas por su instituto de enjugar las lágrimas de los desventurados en la localidad que les está destinada. Varios guardias reales, varios suizos, muchos de sus contrarios, gemían en medio de la calle, tendidos, é iban á expirar exánimes por falta de socorro. Y los tiros continúan, y no es posible salir á la calle sin riesgo de perecer.

Apesar de esto sale una mujer, intrépida porque la inspira la caridad, consuela á los heridos, los levanta, los sostiene, los mete en su casa, los hace subir á su salón, todos mezclados los de uno y otro bando, les venda las heridas, y logra salvarles la vida. Su casa queda convertida en un hospital de sangre. Esos hombres que acababan de combatir por dos causas enemigas, y bajo banderas rivales, obedecen á aquel ángel de caridad como si fuesen unos hermanos. Para perpetuar el recuerdo del beneficio y del reconocimiento, se grabó una lámina que representaba aquella escena sublime con esta inscripción al pié: «A la condesa L... M... los heridos de julio reconocidos.»

Algun tiempo despues, cuando el cólera invadió la capital de Francia, el terror de los habitantes de París llegó á su colmo, y solo las almas de un temple superior pudieron resistir á él. Formábanse precipitadamente hospitales provisionales; en uno de ellos, ¿quien es esa dama tan asidua en asistir á los enfermos, en ordenarlo todo, en disponer que nada falte, ni alimentos, ni medicinas, y al mismo tiempo tan hábil en prodigar consuelos á los desgraciados, y en animar su moral decaída? Es la dama de la caridad, la misma condesa de los heridos de julio.

Para esa noble señora, viuda sin hijos, todos los desgraciados son hijos suyos. Si ignora donde viven, busca, inquiere hasta que los encuentra y los alivia. Lo que otras gastan en diamantes, en seda, en coches y teatros, ella lo destina para socorro de la humanidad doliente. No tiene

criados, y ella misma se ha convertido en criada de los infelices.

En uno de esos dias que pasaba asistiendo á los coléricos, y dejando abandonada su casa, unos ladrones penetraron en ella, y la quitaron todo cuanto en ella tenia. Un vecino la dijo que sabia quien era el ladron, y que acudiese en justicia. —Ya le perdono, dijo la condesa.

A pocos dias el presunto ladron, se puso malo del cólera, y todos huían de él. Pero una mujer, con sus desvelos maternales le cuidó y le salvó la vida. Era la condesa, la dama de la caridad.

En otra ocasion un hombre en quien tenia puesta su confianza para cuidar sus negocios, se negó á darla cuentas, y aun la demandó en justicia cierta cantidad. Este hombre despues cayó enfermo, y antes de morir quiso ver á la condesa, la pidió perdon, y la dijo que el cielo le habia castigado, pues el dinero que la quitó no le fué de ningun provecho: le habia malgastado. Ese hombre murió dejando en la indigencia á su mujer y á su hija. ¿Quien cuidó de la hija víctima algun tiempo despues de una enfermedad larga y triste? la condesa. ¿Quien ha asegurado en la actualidad la subsistencia de la viuda por medio de abundantes socorros? la condesa.

Cuando nos contaron esos rasgos de una beneficencia tan hermosa, y de una caridad tan noble, no pudimos detener nuestras lágrimas.

¡Ah! si algun dia vais á París, antes de visitar los monumentos y los templos de esa ciudad famosa, preguntad si todavía vive una dama de la caridad, la condesa viuda de Laboulaye-Marillac.

Dupuytren.

Hay hombres que no ha sido posible verlos y oírlos sin experimentar un senti-

miento profundo de admiración. A los que no los vieron ni los oyeron les parecen los elogios exageración ó fanatismo, siendo así que no son mas que la expresión pura de un entusiasmo verdadero. Entre los varones dignos de recuerdo que la Francia ha perdido de algunos años á esta parte, brillantes metéoros que deramaron viva y fecundante luz sobre las ciencias, uno hay que merece el mas completo tributo de elogios, y cuya pérdida nunca será suficientemente llorada. ¿Quién era ese hombre de andar lento y grave, de aire pensativo y melancólico, de ademan noble y lleno de dignidad, de frente despejada, de mirada de águila, y de acento tan persuasivo y penetrante? ¿Quién era ese hombre cuya voz profería sentencias tan temidas, á quien todos querían mirar y oír, á quien se acercaba todo el mundo con curiosidad y se le oía con inquietud, á quien se contemplaba con avidez, y que encendía en todos una necesidad indeleble de admiración, de veneración, de envidia, de temor y de esperanza?.... era un cirujano; era Dupuytren.

Desde que el gran cirujano del Hotel-Dieu (el primer hospital de París) nos ha dejado, no se pasa día sin que se piense en él, sin que sea invocado el recuerdo de su saber, sin que su nombre resuene en aquellas salas. Parece que un indefinible embarazo detiene á sus sucesores; y es que Dupuytren no está allí con su mirada de águila, con su infalible diagnóstico, y con la influencia magnética de su palabra; y es que hay hombres que no se reemplazan, y vacíos que no es posible llenarlos.

Nació en 1777. Dedicóse con ardor al estudio de las ciencias naturales. Thouret, director de la escuela de Sanidad, le decidió á que siguiese la Cirujía, y adivinó el primero su genio. Cuando algunos años despues la Escuela de Montpellier pidió un profesor á la facultad de París, y designó á Dupuytren, respondió Thouret: « No sois bastante ricos en Montpellier para pagar á Dupuytren en lo que vale. » Con

efecto en 1801 gana éste por oposición el destino de segundo cirujano en Hotel-Dieu. En 1812, despues de una oposición brillantísima es nombrado catedrático de medicina operatoria. En 1815, el sabio Pelletan, primer cirujano de aquel Hospital, obtiene el retiro y Dupuytren le reemplaza como cirujano en jefe. Cuando se le vió sentarse solo, sobre las ruinas de Pelletan, y sobre las cenizas de Bichat y de Desault, apoderóse de todos una sorpresa mezclada de inquietud y de desconfianza. Dupuytren no era conocido, pero va á serlo, y para atraerse y calmar esas imaginaciones asustadas, va á adoptar un sistema nuevo, va á hacer lo que nadie ha hecho. No era nó la medicina operatoria lo que iba á enseñar, sino la clínica quirúrgica, es decir aquella parte de la ciencia que supone en el que la ejerce las cualidades mas raras, sentidos exquisitos, mano segura, pronta, ligera, piedad varonil, un espíritu fuerte, profundo, sagaz y al propio tiempo prudencia y una osadía llena de recursos y de sangre fría para los casos imprevistos, agenos de todo cálculo, que dan á veces en tierra con las mas grandes reputaciones.

Entonces desplegó Dupuytren sus alas de una manera colosal y asombrosa. Entonces se desarrolló y se cimentó su inmensa reputación que ha hallado eco en ambos mundos. Actividad, celo y pericia, así en el hospital como en la cátedra, todo en él fué admirable, todo en él reveló una inteligencia superior dedicada al alivio de la humanidad doliente. Poseía el secreto de vencer las fuerzas físicas y musculares por medio de la influencia moral. — « Sois inclinada al vino, señora, vuestro hijo me lo ha dicho, » fueron las palabras terribles dirigidas por Dupuytren á una señora sobria y decente, cuyo brazo descoyuntado no podía reponer; aterrada la infeliz va á desmayarse, pero el hueso está ya en su lugar: — « Ya estais curada, la dice Dupuytren; sé que no bebeis mas que agua, y tambien es vuestro hijo quien me lo ha dicho. »

La existencia de Dupuytren puede decirse que ha pasado entera en el Hospital, ó rodeado de indigentes que acudían á sus consultas gratuitas. Ese hombre verdaderamente útil no ha escrito enormes volúmenes, solo sí algunas sabias memorias, y sus lecciones improvisadas, que la taquigrafía cogía al vuelo, y que por mucho tiempo serán un manantial de ciencia para profesores y discípulos.

Murió á 8 de febrero de 1835 legando doscientos mil francos para fundar una cátedra de Anatomía patológica interna y externa y un museo anatómico para la misma.

La vizcondesa Dumoulin.

Si la conciencia y la razón son las señales eminentes de la superioridad que la Providencia ha dado al hombre sobre toda la creación, debemos confesar que su cultivo, su desarrollo y su dirección son el objeto mas importante que puedan proponerse los amigos de la humanidad. Loor, pues, á los fundadores de escuelas, á los que llevados de un espíritu de caridad se dedican á la instrucción de la infancia, y á los que con nobles sacrificios aseguran á la población que los rodea ese alimento del alma que la engrandece, y la dirige, que la hace concebir y ejecutar.

Nació la vizcondesa en Reims en 1755. Se casó jóven con el vizconde de Dumoulin, y quedó viuda tambien jóven. Su alma tierna, expansiva, amable, iba en busca de la felicidad. ¿Pero á donde fué á buscarla? en el ejercicio de las buenas obras. Hombres hay que no creen en la posibilidad de hacer bien con intención pura y sin mezcla de egoísmo: compadezcámonos de esos infelices, que, guiados en todas sus ac-

ciones por el egoísmo, no creen que nadie pueda sentir otro móvil.

Si la vizcondesa Dumoulin, cuando quedó viuda y rica, hubiese sido una egoísta, no hubiera pensado en otra cosa que en vivir cómodamente en la capital de Francia, en medio de los placeres de la corte en donde hubiera brillado por sus riquezas, por su belleza y por su talento. Pero su corazón no era doble como el de los egoístas que no creen mas que en el egoísmo. Establecióse en Chateau-Thierry, y vivía con sencillez, y ahorraba para poder repartir sus ahorros entre los necesitados; y casi siempre procuraba encubrir sus beneficios con el velo del misterio: es decir que, como Montyon, procuraba hacer bien sin aspirar á que la alabasen porque le hacia.

Pero el alivio de la miseria no bastaba á una alma de su temple, porque aspiraba al bien moral, único capaz de combatir en su origen los vicios y la corrupción. Todos cuantos aman la sociedad, y desean su mejora y su regeneración verdadera dirigen sus esfuerzos hácia la infancia, porque es mas fácil preservar que curar. La vizcondesa Dumoulin puso á la disposición del Ayuntamiento de Chateau-Thierry 36,000 francos para la fundación de una escuela dirigida por los hermanos de la Doctrina Cristiana.

Hasta para hacer bien se necesita constancia á fin de poder allanar los obstáculos que á cada paso se presentan. Opusieronse dificultades, y transcurrió mucho tiempo antes que la idea de la vizcondesa pudiese ponerse por obra. Entonces la noble y generosa señora, no solo entregó aquella cantidad, sino tambien los intereses que la misma le habia producido.

Poco despues dotó con una renta de mil francos la casa de las hermanas del Socorro para que enseñasen á las niñas los oficios propios de su sexo.

Tocante á sus actos particulares de beneficencia, solo podrian contarse siguiendo el dietario de su vida. Murió á 17 de octubre de 1831. Su familia, sus amigos,

todos los indigentes, y un sinnúmero de jóvenes que debían á sus desvelos una decente subsistencia, en fin toda la población en masa acompañó hasta la última morada á la que solo había vivido para labrar la felicidad comun. Las últimas palabras que había pronunciado en el lecho de la muerte fueron para disponer que se llevase á cabo un acto de beneficencia en que estaba pensando.

No dejaba hijos; pero como había sido la madre de Chateau-Tierry, todos la lloraron como á tal, á todos les pareció que quedaban huérfanos desde el momento en que les faltó tan digna protectora. Por ninguna madre se han derramado tantas lágrimas como por ella; ninguna madre ha dejado tantos hijos para orar á Dios por ella.

Benito de Lagrandiere.

He aquí un modelo del magistrado municipal, consagrado enteramente al bien público, con un valor cívico digno de los mejores tiempos de Roma, y con una constancia á toda prueba para luchar con los obstáculos que la ignorancia ó el interés privado oponían á su patriotismo.

Lagrandiere nació en Tours á 24 de julio de 1733. Distinguióse desde su niñez por su aplicación al estudio; dedicóse á la abogacía, y la ejerció con esplendor. En 1778 el voto de sus conciudadanos le llamó á desempeñar el cargo de corregidor de Tours. Entonces se encontró en su centro, pues iba á poder realizar sus hermosos sueños de beneficencia, y sus proyectos de mejoras. Desde aquel momento todos sus días los dedicó única y exclusivamente al bien del país. Los arrendatarios generales, enemigos poderosos y temibles, se oponen al restablecimiento de las antiguas ferias libres de Tours; La-

grandiere insta, replica, insiste y logra por fin que el gobierno decida la reapertura de las ferias. Al momento Tours y sus cercanías conocieron la ventaja inmensa que de ellas reportaban, y colmaron de elogios al digno corregidor.

Furiosos los arrendatarios quieren en cambio modificar las leyes fiscales de una manera contraria á los intereses de la nación. Lagrandiere sale de nuevo á luchar con ellos, patentiza los abusos á que pueden dar margen las nuevas modificaciones y prueba que los arrendatarios solo reclaman por interés personal. El gobierno accede á las comedidas y bellas exposiciones del corregidor, y esta vez no es solo la ciudad de Tours quien reporta el beneficio, sino la nación entera.

Nuevos ataques reclaman luego nueva defensa. Esta vez son los empresarios de las mensajerías los que obtienen por sorpresa el privilegio exclusivo de transportar todos los géneros comerciales que deban trasladarse de un lugar á otro. Tan escandaloso monopolio daba un golpe funesto á muchos comerciantes que explotaban aquel ramo de la industria, y al propio tiempo ponía en manos de aquellos empresarios el secreto de todas las transacciones y convenios comerciales. Lagrandiere redacta una memoria elocuente, y el gobierno revoca aquel privilegio, con entusiasmo, no solo de Tours, sino de toda la Francia.

A poco sabe Lagrandiere que la navegación del Loira estaba prohibida para la expedición de vinos destinados á las colonias, medida que hacía vegetar en la miseria á centenares de familias que tenían viñedos junto á aquel río: al momento estudia la cuestión, la profundiza, halla que la prohibición es injusta, y después de reiteradas instancias y solicitudes recaba del gobierno una libertad entera para la navegación del Loira y de sus confluencias; y le llaman la providencia del país.

Al mismo tiempo hacia abrir caminos y mejorar los ya abiertos; empezaba el

restablecimiento del canal del Cher y del Loira, y hacia fundar en un sitio el mas apropiado el molino de pólvora de Ripault, que todavía es uno de los mas importantes que posee la Francia. Y las plazas de Tours, las calles, los mercados, los edificios, todo era restaurado y adornado. Y fundaba premios para los jornaleros que mas se distinguian en su profesion. Y creaba una escuela gratuita de dibujo para que los fabricantes en sedas de su poblacion no tuviesen que ir á buscar diseños á París.

Luís XVI quiso conocer á tan digno corregidor, le dió título de nobleza con esta divisa — *vir amator civitatis* —, y le obligó á admitir una pension. Esta sirvió enteramente para los actos de beneficencia privada que eran inagotables en Lagrandiere. No era rico, nó, y debia mantener una familia numerosa, pero aun así pudo ahorrar veinte mil francos para el hospicio de Tours, y seis mil para los pobres de Vouvray.

La revolucion encerró en un calabozo á tan digno bienhechor del país, y solo debió la libertad á la caída de Robespierre.

Lagrandiere, el corregidor sin tacha, el hombre de bien, el bienhechor de Tours murió á 18 de diciembre de 1805.

E. Duchesne-Beaumont.

El cementerio que visitan todos los viajeros que van á París es el del Padre Lachaise.

Por el mes de noviembre de 1844 hacia ya dos años que los guardianes de aquella fúnebre morada veían todos los dias y á la misma hora, sin escepcion de domingos ni de fiestas, entrar una mujer de aire noble y distinguido, vestida decente-

mente, pero enlutada siempre, y oculto el rostro bajo un negro velo. Sola, silenciosa, con paso firme, se dirigia siempre hácia el mismo lugar, hácia un sepulcro sencillo. Allí se inclinaba, y permanecía por mucho tiempo entregada al recogimiento, á la oracion y al dolor. Despues se sentaba sobre la piedra mortuoria, y melancólica, meditabunda, parecia resignada á esperar la muerte. Y no se movia de esta postura hasta que al anochecer los guardianes la decian que era hora de retirarse porque iban á cerrar la puerta del cementerio. Y ni el calor, ni el frio, ni la nieve ni la lluvia la impedian llevar á cabo su peregrinacion diaria.

Un dolor tan vivo, tan constante, no podia ser sino el de una madre.

Ernesto Duchesne Beaumont nació á 3 de julio de 1816. Hijo único de una familia acomodada, poseia unas cualidades preciosas; era sumiso, obediente, cariñoso, y dado al estudio. Sus padres cifraban en él su felicidad, y él por su parte no conocia ni sentia otro cariño que el filial. A los 23 años acababa de graduarse de doctor en derecho, cuando su padre se puso malo. Durante todo el tiempo de su larga y dolorosa enfermedad Ernesto está constantemente á su lado, le cuida de dia, vela junto á su cama por las noches, no permite que nadie mas que el hijo sea el enfermero del padre.

Pero el padre sucumbe al fin el dia 12 de octubre de 1829. Ernesto sofoca su dolor, su llanto, para consolar el dolor y secar el llanto de su madre, para poder asistir á los funerales del autor de sus dias, y depositar sus restos en la última morada. Una vez cumplidos estos deberes filiales, el dolor y el llanto que el joven Ernesto concentró en su corazon, le ahogan y le matan, al cabo de veinte y ocho dias, á 10 de noviembre.

Virtudes, talentos, juventud, fortuna asegurada, todo se disipa en un momento, todo lo arrebató la muerte. Víctima de la piedad filial, abrumado por las vigili-
lias, y las emociones, inclina su fren-

te y espira en brazos de su madre, dejándola sumergida en el dolor mas acerbo.

Sus últimas palabras fueron una obra útil. Deseando ardientemente que los estudios del derecho fuesen tan profundos en Francia como en Alemania, y acordándose de los votos espresados por sus discípulos, manifiesta la intencion de ser útil á los jóvenes que en adelante se dediquen á la legislacion.

Siguiendo las inspiraciones de su hijo moribundo, la desventurada madre ha entregado cincuenta mil francos para aumentar los grandes premios de la Escuela del Derecho en París. Anualmente los premiados pronuncian el nombre de su hijo, le bendicen como á un bienhechor de la juventud, ven su busto grabado en medallas de oro y plata; la madre lo sabe, se muestra satisfecha porque los deseos de su hijo se han cumplido: pero nada, nada es bastante á calmar su dolor.

La enlutada del cementerio del Padre Lachaise, la mujer solitaria continua siempre cada dia, á la misma hora, visitando la morada silenciosa. Máquinalmente va caminando por aquellas calles de sepulcros, sin mirar á uno ni otro lado, hasta que llega á la doble tumba, en donde, junto á los restos del padre, descansan las cenizas del hijo. Ambos labraron su felicidad mientras vivieron; y el recuerdo de entrambos alimenta su dolor, ahora, que la han dejado sola en la vida. Y la inconsolable esposa cuida de que la yerba no crezca entre las piedras del monumento, y pasa las horas orando por el descanso eterno de los seres que tan caros le fueron.

En uno de los viajes que hemos hecho á la capital de Francia, recordamos haberla visto cierto dia de niebla, cuando ignorábamos todavía su triste historia. Con la cabeza reclinada sobre el pecho nos pareció una estatua. De repente casi nos azoramos al verla levantarse, y desaparecer entre los sepulcros, semejante al genio del dolor que busca la soledad y huye de las miradas de los hombres. Uno de los

guardianes nos esplicó la aparicion, y nos interesó vivamente en favor de la mas tierna de las madres.

S. Carlos Borromeo.

Una de las curiosidades que llaman la atencion de los viajeros que llegan á Italia por la Suiza es el lago Mayor, á quince leguas de Milan, lago célebre por sus cuatro islas Borromeas. En una de ellas se ha levantado una estatua colosal á san Carlos Borromeo, uno de los hombres mas caritativos que han existido, y mas útiles á sus semejantes; honor de la Italia. Nació á 2 de octubre de 1538, en el castillo de Arona, distante cuarenta millas de la ciudad de Milan, fortaleza principal entre las muchas que posee la casa Borromea en el lago Mayor, siendo papa Paulo III, y emperador Carlos V. Fué su padre el conde Giberto, hijo del conde Federico Borromeo: su madre Margarita de Médicis, hermana de Jacobo de Médicis, marqués de Mariñano, y del papa Pio IV.

Acabados los primeros estudios de humanidad, fué á la universidad de Pavía, donde salió eminente estudiante: y siendo de veinte y dos años, se graduó de doctor en ambos derechos.

Muy luego por el lustre de su familia fué nombrado cardenal y arzobispo de Milan. Viéndose constituido arzobispo, sucesor de los apóstoles, y pastor de almas á quienes por obligacion toca apacentarlas con la palabra de Dios, como lo advierte el mismo Santo concilio; se iba amestrando en la facilidad de hablar en público. Comenzó á hacer pláticas espirituales en conventos de monjas, en Santa María la Mayor, donde era arcipreste, en Santa Praxedes, iglesia de su título, con asom-

bro de todos ; porque no se habia visto hasta entonces en los cardenales este ministerio : y con este mismo intento , sabiendo cuan necesario era al obispo el conocimiento de las letras , para oponerse á la falsa doctrina de los herejes , para defender su rebaño , y enderezar los fieles por el camino de su salvacion , se dió al estudio de la sagrada teología , comenzando de la lógica y filosofía. Era cosa verdaderamente digna de admiracion ver un hombre en cuyos hombros cargaba el peso del gobierno pontificio , como un simple estudiante , estar oyendo los discursos de sus maestros , y escribir las lecciones de su mano , con gran fatiga y paciencia.

De la reformation de su persona pasó á la de su familia , para que fuese ejemplo á los demás prelados. Halló en su servicio buen número de caballeros y de personas nobles de profesion seglar : y pareciéndole indecente á un prelado eclesiástico , los despidió todos , honrándolos conforme al mérito de cada uno con liberales dádivas. Poseía casi doce abadías , y muchas pensiones , y todas las renunció , algunas libremente en manos del pontífice , y otras aplicó con autoridad apostólica á colegios y lugares píos. Vendió el principado de Ória , en el reino de Nápoles , de que gozaba doce mil ducados de renta : de tres galeras armadas , que heredó del conde Federico , su hermano , su precio convirtió en obras pías : desembarazóse de toda cosa sobrada : la riquísima recámara que , como sobrino del pontífice , trajo de Roma , parte dió á la iglesia metropolitana , parte vendió en Milan y en Venecia : su precio dió á los pobres con liberalidad increíble , para quedar libre de cualquier impedimento de la tierra , y poderse emplear todo en el servicio de Dios. Tenia gran cuenta de visitar todo su arzobispado , no solo por visitantes prudentísimos y zelosos sino por su misma persona. Andaba todas las villas y aldeas , muchas puestas en selvas y lugares asperísimos , visitando con gran particularidad todas las iglesias , orato-

rios , cofradías , hospitales y monasterios de monjas , que reformó con grande fruto. Por estar dilatada la diócesis de Milan por muchos valles y montañas asperísimas , le fué forzoso pasar en estas visitas increíbles incomodidades ; porque no pueden pasar caballos en muchas partes por la dificultad y peligro de los caminos y montañas inaccesibles. Veíase obligado á andar á pié muchas millas con un báculo en la mano , como uno de los pobres montañeses , aun en tiempo de frios y calores excesivos. Veían correr de su rostro muchas veces gran copia de sudor , y el semblante como de persona que pasa gran fatiga. Llevaba tal vez parte del bagaje , por no dejarlo todo á sus criados (aquí llegaba su caridad y humildad rara) ; porque á caballos de carga no dan paso aquellas asperezas. Muchas veces era forzoso valerse de las manos , y con manos y piés pasar con seguridad algunos pueblos peligrosos. Llegó á muchos lugares donde jamás se habia visto la persona del prelado , con admiracion y espanto de quien lo consideraba. No tomó jamás reposo en los caminos : aun yendo á pié , los continuaba sin interrupcion. Llegado al lugar , sin parar , iba via recta á la iglesia , y hecha oracion , comenzaba luego á entender en la visita. Era este un trabajo continuo ; porque acabada la visita de un lugar , pasaba sin detenerse á otro , y de ordinario hacia jornada cada dia , escepto en las villas y poblaciones mayores , donde las cosas obligaban á mayor tardanza. Aumentaba estos trabajos el tener por costumbre alojarse siempre en las casas de los curas (de ordinario pobrísimas) , huyendo las comodidades del hospedaje , que á porfía le ofrecian los ricos ; con que en lugares pobres muchas veces dormia sobre unas tablas desnudas , ó en la tierra , ó en hojas de árboles ó pajas , dejando las camas á sus ministros ó familiares. Lo mismo hacia en la comida , tomando lo peor para sí , dejaba lo mejor á los suyos. Sustentábase de castañas y leche , y otros frutos groseros de las montañas , mostrando

gusto grande del uso de estos manjares viles, como uno de los pobres que habitan aquellas sierras. No solo ejercitó la misericordia espiritual con su pueblo; pero tambien la corporal, principalmente en tiempo de hambre y pestilencia, mostrando en todas ocasiones suma caridad, prudencia y solicitud que en él siempre anduvieron juntas. Fué grande la carestia que hubo en Lombardía el año 1570: no se hallaba trigo ni otra vitualla por precio alguno. Trajo el hambre á Milan un gran número de pobres de los lugares estériles á socorrerse de los ciudadanos ricos. Mandó luego Carlos á su limosnero que alargase las limosnas ordinarias, y socorriese todas las necesidades, en particular los lugares píos y monasterios pobres, donde mas se padecia. Ordenóse al preposito de la casa hiciese provision de pan, arroz, legumbres, y se diese á cada pobre lo que bastase á sustentar la vida: que en los portales del palacio arzobispal tuviesen unas calderas con sobra de este alimento, y fuese libre la entrada para que no comprasen los pobres con el tiempo el socorro. Ejecutóse el orden puntualmente: acudian mas de tres mil pobres cada dia, que sustentaba; y dándose él á la abstinencia, y macilento el rostro con ayunos, le affigia el hambre ajena. Duró esta caridad lo que el tiempo de la carestía, que fueron algunos meses. Fuéle forzoso adeudarse y pedir por su persona limosnas á los señores y ricos: hacíaes frecuentes y vivas exhortaciones á que fuesen liberales con los pobres en tiempo que la necesidad clamaba. Movieron sus palabras, y mas su ejemplo, á muchos á hacer copiosas limosnas. Siguió con mayor demostracion al santo el duque de Alburquerque, gobernador de Milan: mandó dar un sueldo á cada pobre que llegaba á su palacio, y diversos ciudadanos enviaron á Carlos cantidades grandes de dinero. Fué tan grande su cuidado, que no desfalleció pobre por falta de alimento, como se temia. Abrazó su providencia todo el arzobispado: y no contento de haber

dado órdenes bastantes para la provision, salió en persona por los lugares y villas, remediando todas las necesidades de los pobres, reduciendo á los nobles y ricos á hacer limosnas con larga mano, como habian hecho en Milan. Ahuyentó su caridad los rigores de la hambre, siendo socorro á todos.

Vino sobre Milan una lastimosa peste. Visitaba el santo por su persona propia los apestados: administrábales los sacramentos: dió grandes limosnas, distribuyendo á mas de dinero buena parte de los muebles de su casa, haciendo llevar al hospital hasta su propia cama. Envió á la casa de la moneda la plata que halló de su servicio: redújola á dineros para pobres; y dando cuanto podia, viendo que no bastaba, envió por ciudades y tierras vecinas, aun fuera de la provincia, á buscar limosnas con que proveyó bastante por entonces á la necesidad que habia.

La multitud de pobres que acudian por remedio al santo prelado fué innumerable; porque los amos habian despedido los criados, y los artífices á los oficiales. Fuéronse todos un dia juntos á Carlos á pedirle misericordia; porque en Milan no hallaban modo de vivir, y fuera de Milan no les querian admitir por venir de parte apestada. El santo socorrió á todos, y los que no podian servir de nada, recogió en un lugar donde los sustentó: y porque no estuviesen ociosos, les dió admirables reglas de vida, con que gastasen el tiempo que no parecian sino religiosos muy observantes: y porque la hacienda del santo arzobispo no bastaba á sustentar á todos, mandaba recoger limosnas de otras personas. Enviaba tambien los pobres mismos divididos en tropas por los lugares vecinos cantando letanías y otras oraciones, llevando delante un crucifijo para excitar los fieles á hacer mayores limosnas, con que se les socorrió de bastante comida. Mas venido el invierno, no hallándose provision para poderlos vestir ni defender del frio (ni era fácil hallar ropa

á multitud tan grande), no pudiendo sus paternas entrañas verles padecer, hizo despojar su guardaropa y todas las salas y piezas de su palacio de todas las colgaduras y tapicerías, antepuertas, sobremesas, tapetes, pabellones y de cuantos paños y ropa habia en casa: hizolo todo cortar y hacer vestidos con que abrigó los pobres. Andaba él mismo por las piezas con un fervor increíble á hacerlas descolgar, por asegurarse no dejasen por descuido alguna cosa. Dió hasta sus propios vestidos, reservando solo lo que pedía la necesidad precisa.

Llegaban los pobres, á que se acudia con limosna cada dia, cerca de setenta mil en la ciudad de Milan solamente, con lo cual redujo Carlos su casa á necesidad tan extrema, que era forzoso al dispensero acudir ya á este, ya á aquel señor ó mercader por un poco de dinero para el gasto ordinario. No le olvidó jamás la providencia divina; antes le socorrió maravillosamente en los mayores aprietos. Sucedió, que habiendo trabajado todo el dia en la visita de los enfermos, vuelto á casa no hallaron él ni sus criados que comer, habiéndose dado á los pobres cuanto habia, sin ocurrir por entonces de qué poder socorrerse. Recogióse Carlos á tener oración quedando los criados en la antecámara, tristes y cruzados los brazos, cuando entró un hombre que trajo mil ducados de limosna, diciendo los enviaba una persona principal. No se hallaban amas que bastasen á criar los niños de teta que quedaban huérfanos y desamparados, pero la caridad del santo cardenal no les faltó, haciendo traer cabras que con su leche supliesen esta falta. Ponia particular diligencia en el amparo de estas criaturas, y le sucedió muchas veces hallarlas, en el regazo de las madres muertas de peste, ó expuestas á las puertas de sus casas cuando pasaba de noche por la ciudad, y hacíalas recoger y criar como si fuese su propio padre.

Por exortacion suya se dedicaron muchas personas al servicio de los apestados,

las cuales tenia prontas para remediar cualquier necesidad.

Y si á esas insignes virtudes, y si á esa caridad entrañable, añadimos que fundó un monte-pio para socorro de las familias indigentes, y muchas escuelas para dar una excelente educacion moral á la niñez, no se estrañará que su nombre pase de generacion en generacion bendecido de las gentes.

Murió á 3 de noviembre de 1584, cuando apenas contaba 46 años. Un ángel tan puro no podia permanecer por mucho tiempo en la tierra.

Brune y Majour.

Estos dos nombres son inseparables. Brune, un general pacificador, padre del soldado, vencedor adorado de los pueblos vencidos, bueno, afable, administrador íntegro, que sabia hacerse respetar con entereza, y que al mismo tiempo era el mas humano de los hombres. Majour, ciudadano modesto, sencillo, bienhechor, pariente y amigo de Brune, que ha dado uno de los mas hermosos ejemplos de beneficencia: ambos bienhechores de la ciudad de Brives, ambos dignos de la estatua que esta poblacion les ha erigido.

Nació Brune en Brives el año de 1763. En 1784 pasó á París; y cuando la revolucion llamó á las armas á todo francés, acudió á la frontera para defender el país de la invasion de los extranjeros. En 1793 era general de brigada. Algunos de sus actos van á darnos á conocer al hombre útil.

La junta de salvacion le manda que vaya á someter á Burdeos, que se ha declarado por el partido federalista. Es su primera mision como gefe superior. ¿Que hará el nuevo general? renovará acaso las

espantosas escenas de Lyon? Nó, que deja el ejército á las puertas de la ciudad; entra seguido de una debil escolta, y con palabras de paz y de moderacion, y con el lenguaje del patriotismo y de la virtud, somete la ciudad de Burdeos á la convencion sin derramar una gota de sangre. Los hombres sanguinarios le acusaron por ello como de un crimen.

Siguió despues á Bonaparte á Italia, y el Directorio le encargó el mando del ejército destinado á la Suiza: entonces fué cuando escribió estas hermosas líneas: «El pueblo suizo es bueno y confiado; con franqueza y miramiento es facil conquistar los corazones, conquista que vale mas que la del territorio.» Al leer estas líneas, Talleyrand, tan hábil conocedor de los hombres, escribe á Brune en los términos mas lisonjeros: el Directorio le envia una espada de honor.

Cuando Bonaparte pasó á Egipto, Brune le reemplazó en Italia, y fué protector del país y no su opresor. De repente es llamado al ejército de Holanda. Rechaza á los anglo-rusos, rescata ocho mil prisioneros; en la retirada abandonan los enemigos cuatrocientas mujeres y niños. Brune las recoge, las protege, las facilita bagajes, y las envia al acampamento enemigo con el mayor miramiento: esta accion humana escitó el mayor entusiasmo en las mismas cámaras de Inglaterra. La Holanda bendice á su libertador, y Brune responde que las bendiciones deben dirigirse á sus soldados que son un modelo de virtud y disciplina.

Nómbrale general del ejército del Oeste, y lleva á cabo la segunda pacificacion de la Vendea, siempre admirable, con moderacion y con dulzura. «Las armas, decia, solo son buenas para hacer respetar la justicia, y para ello basta que rodeen y se subordinen á esta.» «El terror, añadia, calma momentáneamente las turbulencias; pero lo verdaderamente honroso y que consolida la paz es el cumplimiento de las palabras, la humanidad y la cordura.»

Y sin embargo despues del desastre de Waterloo, Brune fué asesinado en Avignon por manos francesas, á 2 de agosto de 1815.

No dejó hijos, y solo una viuda virtuosa é inconsolable.

Una hermana de Brune se casó con Majour, médico distinguido que nació en Brives en 1755. Brune y Majour vivian en la mejor armonía, como escelentes hermanos. Brune le decia en sus íntimas conversaciones: «no tenemos hijos; si muero sin ellos todo lo que tengo deseo dejarlo al ayuntamiento de Brives para actos de beneficencia.»

Al cabo de algunos años del asesinato de Brune, murió su viuda dejando á Majour todos los bienes del mariscal su esposo, que ascendian á 80,000 francos de renta anuales. Sucedió esto en 1829.

Majour se acuerda al momento de las palabras que le dirigia Brune, y de lo mucho que queria á su ciudad natal. Pide informes acerca de las necesidades de esta, y declara á Brives su legataria universal. Modelo de delicadeza y de honradez, conociendo las intenciones de su cuñado, quiere que se cumplan, y aquella pingüe renta sostiene en el dia el hospital de Brives, el convento de Ursulinas, el establecimiento de beneficencia, y las casas consistoriales.

Murió Majour en 1834, dejando diez mil francos de su patrimonio para repartir entre los del distrito de París que habitaba.

¡Cuántos gefes militares deberian tomar por modelo el caracter de Brune, amado y respetado de los pueblos!

¡Cuántos herederos de confianza deberian seguir el ejemplo de Majour!

Paoli.

« Ya que no puedo dar á mi país la independencia, le procuraré los beneficios de la educacion. » Esto dijo Paoli cuando estaba en poder de los ingleses, y lo cumplió.

Nació en 1726 en la aldea de la Strella (isla de Córcega), y pasó su niñez en medio de las emociones de la guerra civil y extranjera. A la edad de trece años se refugió con su padre en Nápoles en donde entró en la escuela militar. Su profesor de economía política, el célebre Genovesi, conociendo la superioridad de su inteligencia, le predijo una brillante carrera.

A la edad de veinte y nueve años aparece en Córcega y llama á sus compatriotas á la independencia. Proclamado jefe único de la isla, y revestido del poder absoluto, es el primero que pide la creacion de un consejo supremo al que esté subordinada su autoridad. Esta fué la época brillante de Paoli. Todo el interior de la isla reconocia su autoridad, y las guarniciones genovesas permanecian como prisioneras en las plazas marítimas. Recogiendo ávidamente en Tito-Livio y en Plutarco los hermosos rasgos del patriotismo antiguo, se esforzaba en escitar el entusiasmo de sus compatriotas. La Europa entera le proclamaba el libertador de su patria, y no le admiraba menos como legislador. Coordinó en la isla los elementos de una administracion regular. Desde luego en la ciudad de Corte, centro de la Córcega, estableció una especie de universidad en la que muchos profesores nacionales debian enseñar las bellas letras, las matemáticas, la filosofía, el derecho natural, el civil, el canónico, y la teología, á una juventud numerosa, antes condenada á ir á aprender al continente.

Este fué el mas vivo de sus deseos, el de procurar en el seno mismo de la Córcega la instruccion pública á sus compatriotas.

Si Paoli no hubiese tenido que luchar mas que con los genoveses su triunfo era seguro; pero á 15 de mayo de 1768 se firmó en Compiègne el tratado de cesion de la Córcega á la Francia. El año siguiente, á 15 de agosto de 1769 debia nacer el hijo de un corso, para llegar á ser emperador de los franceses.

Paoli podia aspirar á los mas grandes honores y recompensas; pero encargado de defender la libertad de su patria, no quiso venderla, sino resistir hasta el último momento. En la primera campaña sufrieron los franceses muchos descabros, pero enviaron un nuevo ejército de veinte y dos mil hombres al mando del conde de Vaux, y la Córcega debió sucumbir. Paoli encontró un asilo y una pension en Lóndres, despues de catorce años de lucha y de poder.

Cuando la revolucion francesa dió garantías y franquicias á su país natal, fué llamado á París y recibido con entusiasmo. Luís XVI no vaciló en darle el mando militar de aquella isla. Su llegada fué un verdadero triunfo: acogieronle, no como á un jefe, sino como á un padre. Entonces vió á Napoleon y dijo: « este jóven está cortado á la antigua: es un hombre de Plutarco. »

Cuando la revolucion, apartándose de las reformas sanas, se bañó en un lago de sangre, Paoli fué acusado de traicion y declarado fuera de la ley. Entonces puso la Córcega bajo la proteccion de la Inglaterra, y cuando los franceses volvieron á apoderarse de su patria, expulsando de ella á los ingleses en 1796, no tuvo mas recurso que aceptar de nuevo el asilo de la Inglaterra.

Todos sus sueños se habian desvanecido; todas sus ilusiones de felicidad para su cara patria se habian disipado. Un dia le pareció que habia ya afianzado su independencia, pero ese dia pasó para no volver mas. Entonces todos sus afanes los

concentró en un solo objeto, en un recuerdo hermoso y verdadero que queria legar á su país: «ya que no pude darle la independencia, débanme al menos sus hijos la instruccion.»

Desde este momento procuró ahorrar, ahorrar siempre; economizar en todo, y al tiempo de su muerte acaecida en 1807 se supo porque habia ahorrado. Fué para legar á la Córcega todo cuanto tenia para una fundacion de incontestable utilidad, é independiente de toda política. Su última voluntad no se ha llevado á efecto hasta el 31 de marzo de 1836, dia del establecimiento de la *Escuela-Paoli* en la ciudad de Corte indicada por el testador. En ella se enseña gratuitamente: 1.º la Religion; 2.º la moral y el derecho de gentes; 3.º la física, la química y la historia natural; 4.º matemáticas elementales y especiales; 5.º la literatura; 6.º el dibujo.

Su inauguracion ha sido celebrada como una solemnidad nacional. Entre los que se matricularon habia un anciano que no faltó un dia á la cátedra:... habia conocido á Paoli.

G. de Pagave.

El hombre puede ser util á sus semejantes en todas las situaciones de la vida, y en todas las carreras á que se dedique. No precisamente se ha de ser acomodado, rico, independiente, para poder probar á la humanidad hasta que punto nos interesamos por su suerte. Entre los hombres que mas á la mano tienen, si les anima un buen deseo, la facultad de hacer bien, deben contarse los empleados públicos, los que se dedican á la administracion. Gaudencio de Pagave es de ello un buen ejemplo.

Nació en Milan á 17 de junio de 1776. Dedicóse al estudio de la jurisprudencia, y como su familia le indicase que por su posicion social tenia abierto el camino de los cargos públicos, se entregó al estudio administrativo. «Si acepto un destino, dijo para sí, mis deberes son grandes. No es únicamente una posicion social lo que adquiero, sino una responsabilidad de inmensa trascendencia. Es necesario, pues, que antes de ser empleado, sepa lo que como á tal me cumple hacer.»

Y he aquí un hombre que aspira á ser empleado, no para cobrar sueldo y hacer papel en la sociedad, sino para devolver con usura, centuplicado en servicios eminentes, lo que del tesoro público le toque. Para calcular lo que hizo en bien de su país bastará decir que el reino de Italia establecido por Napoleon, le debió casi toda su organizacion. Entendia en legislacion, en culto, en negocios extranjeros, en hacienda, en guerra y en marina; era consultado en todo y para todo; nada dejaba sin despachar, y semejante á un oráculo, pero mucho mas claro y categórico que los oráculos antiguos, siempre daba solucion á las cuestiones, y siempre eran adoptadas sus opiniones: verdad es que Napoleon ha sido acaso el monarca que ha sabido conocer mas á los hombres, y emplearlos.

Cuando la Europa coligada logró destronar al emperador, la Italia Napoleónica se transformó en Italia Austríaca. Inutil es decir que los empleados superiores perdieron sus destinos. Sin embargo hubo una escepcion. Los generales austríacos no vacilaron en ir á visitar á un hombre modesto y sencillo que habia servido á Napoleon, y le preguntaron que era lo que mas apreciaba en la tierra. — El bien de mi país, dijo Pagave. — Pues para el bien de vuestro país conviene que permanezcáis en la administracion del mismo.

Fué nombrado delegado de la Valtelina, y entregóse con afan á la realizacion de todos los proyectos que debian redundar en beneficio de la comarca. Hacia tiempo

que todos conocian la necesidad de abrir al través de la cordillera del Splugen un camino que despues facilmente podia llegar hasta el Tirol. El comercio reclamaba esta empresa, como vital para el bienestar de muchas provincias. Pero era preciso cortar montañas, abrir pasos en puntos muy elevados y vencer todo linage de dificultades. Pagave estuvo en todo; inspeccionó por sí mismo todos los trabajos, los activó, no permitió que se perdiese un dia ni una hora, y con economía del tiempo y del presupuesto llevó á cabo la empresa. Y no contento con haber abierto nuevas vías de comunicacion á sus subordinados, procuró favorecer el desarrollo de sus facultades físicas é intelectuales fundando colegios y escuelas gimnásticas, y al propio tiempo les procuró alivio en las enfermedades y miserias estableciendo hospitales.

Pasó despues á la administracion de Brescia, y su celo no se desmintió un punto. Doscientos treinta y cinco pueblos veneran su memoria como la de un padre, pues siguiendo sus consejos y su método extinguieron sin gravamen una deuda de cerca de un millon y medio de libras que los abrumaba.

Murió á 16 de marzo de 1833 legando todos sus bienes para el establecimiento en Novare de una Casa de Industria y de Refugio, semejante á la de Brescia que le debe su esplendor.

La Lombardía entera vistió de luto por tan digno ciudadano.

Clarkson y Wilberforce.

He aquí dos hombres que han hecho esfuerzos dignos y sostenido luchas ince-

santes en bien de la humanidad. Wilberforce, el creador de las cajas de ahorro: Clarkson, que, junto con Wilberforce, ha sido uno de los primeros apóstoles de la libertad de los negros.

Apenas hubo Wilberforce terminado sus estudios en la universidad de Cambridge cuando fué elegido miembro del parlamento por los electores de la ciudad de Hull en donde habia nacido en 1759. Lo primero que hizo fué proponer la abolicion del tráfico de negros, y sostenerla con talento y energía. Lo segundo idear y defender las cajas de ahorro para bien de las clases trabajadoras. En ambas cosas triunfó: el tráfico de negros ha sido condenado; las cajas de ahorro fueron establecidas en 1810. Estos son títulos honrosos que recomiendan á Wilberforce.

Clarkson puede llamarse el verdadero apóstol de la libertad de los negros. Desde que pudo manejar la pluma, antes que Wilberforce, ni ningun otro, escribió en favor de los negros, y contra sus opresores. Sus razones no tienen réplica. O el tráfico de negros, debe ser condenado, ó el cristianismo debe ser abolido; no hay medio; subsistiendo el cristianismo, y reconociendo sus dogmas, la religion se opone á la servidumbre, el hombre no puede esclavizar al hombre. ¿Le direis que los negros son animales de una raza inferior?... ¿Son hombres ó no son hombres? Si lo son la religion os dice cual es nuestra comun cuna, y si hay derecho para esclavizar al negro tambien le hay para esclavizar al blanco. ¿Decís que no son hombres? entonces decidnos en qué se diferencian de nosotros tocante á las facultades del alma. Hay salvajes blancos mas idiotas que los salvajes negros; hay civilizados blancos mas torpes y mas estúpidos que los civilizados negros: decid que los salvajes y los tontos no son hombres, y borrais en un momento de las listas de la humanidad á la mitad del género humano. No son hombres, ¿y hablan con vosotros y os entienden, y contratan con vosotros, y no os desdeñáis de tomar sus

hijas por mujeres? Sois como aquel antiguo que pidiéndole humanidad en favor de los enemigos que habian caído en su poder, dijo: no son hombres, son vencidos. Necesitaba vencidos para su triunfo. No son hombres, son esclavos, decís vosotros, porque necesitais esclavos para vuestros campos.

No hay recurso; la abolición de la esclavitud reclama en todas partes una providencia justa y reparadora. No se quiere, nó, conmover de golpe las colonias hasta en sus cimientos predicando una emancipación repentina y desoladora. Las reformas sociales deben hacerse gradualmente y con la mayor prudencia. La prohibición de la trata, pero procurando que cada nación sea la que visite sus buques; el favorecimiento de colonias agrícolas de blancos; el desarrollo del sistema mecánico para los ingenios á fin de suplir en cuanto sea dable el trabajo del hombre: estos son los medios que tarde ó temprano, y sin conmociones, han de conducir al fin propuesto. Pero para ello la legislación debe dar la mano á la política; para los negros es para quienes pueden ser mas útiles las cajas de ahorros; los hijos de los negros, despues de haber trabajado algun tiempo para los amos de sus madres, han de ser libres. La religion puede entretanto dar una instruccion sólida y moral á los emancipados. Para ello, un día á la semana no han de ser del amo, sino de la sociedad que los espera.

Acaso ni aun así, direis, querrán vivir emancipados y preferirán la vivienda del amo. Si este los trata con dulzura es muy posible, pero en este caso no son esclavos sino de nombre, y por el honor de la humanidad este nombre debe borrarse.

De todos modos cuando esos hombres á quienes se ha embrutecido á sabiendas sepan que el espíritu de la cristiandad los emancipa, no faltará quien les enseñe á pronunciar con ternura los nombres de Clarkson y de Wilberforce.

Rotrou.

Si á un militar se le confia un puesto de honor, un punto importante de cuya defensa depende acaso la salvación de un ejército; y si ese militar muere defendiéndole, los laureles ciñen su frente, las bellas artes se complacen en ponernos á la vista su heroico denuedo, los escritores le comparan á Leonidas, y la patria le bendice. Ahora bien: ¿no merece acaso las mismas alabanzas, los mismos premios y bendiciones el buen ciudadano á quien se confia la administración de una ciudad, y que viéndola diezmada por la peste no quiere abandonarla antes se esfuerza en tranquilizar los ánimos, en dar consejos, en socorrer á los apestados y en buscar medios para disipar el mal público? y si ese hombre muere en su puesto, la nación no debe una recompensa á su familia, y la ciudad una estatua á su memoria? El valor cívico tiene tambien sus héroes, ni mas ni menos que el valor bélico.

Juan de Rotrou, ejemplo de un valor cívico sublime, nació en Dreux á 24 de agosto de 1609. Siendo de edad de trece años le enviaron sus padres á París á estudiar filosofía; pero su inclinación le atrajo al culto de las Musas, y se distinguió escribiendo para el teatro varias piezas imitadas de otras españolas de Lope de Vega y Rojas, cuya fama era europea. Rotrou dió el ejemplo á su amigo Corneille el grande, y pocos años despues apareció el *Cid*, la primera obra maestra de este autor. Rotrou reconoció al momento la superioridad de su amigo, mas no por esto se apartó de él, y fué el único autor dramático que tomó su defensa cuando todos disparaban contra de él sátiras envenenadas. El cardenal Richelieu y la

Corte protegieron á Rotrou, y le señalaron una pensión que le permitió vivir decentemente.

Pero, con los años, iba sintiendo afición á la vida mas sencilla, mas apacible y menos agitada de su país natal. Los recuerdos de su infancia, el cariño con que se renueva la memoria de los lugares que recorrimos con nuestro ayo ó con nuestra madre, todo encendia en él un vivo deseo de volver á Dreux, de establecerse y vivir en ella sosegadamente. Compró pues el cargo de teniente de alcalde en la bailía de Dreux, y le desempeñó con gusto, con probidad, con integridad é inteligencia. El cielo! destinaba para que terminase su existencia con un acto cívico que debe eternizar su nombre como uno de los mas gloriosos mártires de la humanidad. En vano buscaríamos palabras elocuentes para trazar el cuadro de su muerte heroica: una narracion sencilla se hermana mejor con un asunto tan bello.

En 1650 la ciudad de Dreux sufrió el azote de una epidemia asoladora. Un hermano de Rotrou le escribió al momento desde París, y le instaba cada correo para que fuese á vivir con él. La respuesta de Rotrou fué siempre la misma: — Es necesaria aquí mi presencia para ver, por medio de una buena policía y de medidas saludables, como podré purificar el aire que tiene infestada esta ciudad.

A nuevas instancias de amigos suyos, idéntica respuesta: — Estoy aquí de centinela, y no puedo abandonar el puesto sin ser traidor, y deshonrarme.

El cariño fraternal y la amistad se valen de la señora de Clermont de Entragues para recabar de Rotrou lo que en vano le piden: — Me es imposible, responde el buen magistrado; me está confiada la salud de mis conciudadanos, de la que respondo ante mi patria, ante mi honor y mi conciencia. El peligro no deja de ser grande; pero, cúmplase la voluntad de Dios.

Tal fué su última carta. Cumpliendo

I.

sus deberes con un celo y una caridad á toda prueba, cúpole en suerte morir de la peste, muerte gloriosa acaecida á los cuarenta años y diez meses de su edad, á 27 de junio de 1650.

Los hermanos Haüy.

Dos hijos de un pobre labriego de la Picardía llegaron á contarse entre los hombres mas útiles del siglo décimo-octavo, el uno como creador de la cristalografía, y el otro por haber sido para los ciegos lo que el abate L'Epée para los sordo-mudos.

El primero, René Haüy nació en Saint-Just, departamento del Oise á 28 febrero de 1743. Protegido por el primer prior de la abadía de Saint-Just pudo dedicarse al estado eclesiástico y trasladarse á París en donde fué nombrado regente en el colegio del cardenal Lemoine, y con la comparacion de las plantas y de los minerales preparó los descubrimientos que son su título de gloria. El ilustre Cuvier en el discurso fúnebre que pronunció sobre la tumba de Haüy caracteriza el descubrimiento que le deben las ciencias naturales. «Puso á la vista la secreta arquitectura de esas producciones misteriosas en que la materia inanimada parecia ofrecer los primeros movimientos de la vida, y en que ofrecia formas tan constantes y precisas por medio de principios análogos á los de la organizacion. Separa, mide, con el pensamiento, los materiales invisibles de que se forman aquellos asombrosos edificios. Los somete á leyes invariables; prevé con el cálculo los resultados de su mútua alianza, y entre millares de esos cálculos ninguno le sale fallido. Desde ese cubo de sal que diariamente vemos formarse á nuestra vista hasta esos záfiro

y rubís que unas cavernas obscuras ocultaban en vano á nuestro lujo y á nuestra avaricia, todo obedece á las mismas reglas: y de los millares de transformaciones por las que pasan todas esas substancias, ninguna hay que no esté consignada de antemano en las fórmulas de Haüy. Así como se ha dicho con razon que no habrá otro Neuton, porque no hay un segundo sistema de la naturaleza, asimismo en una esfera mas reducida puede afirmarse que no habrá otro Haüy porque no habrá una segunda estructura de los cristales. Además sus descubrimientos, semejantes aun en esto á los de Neuton, lejos de perder con el tiempo una parte de su generalidad van ganando sin cesar. Sus principales obras son sus tratados de Cristalografía, de Física, y de Mineralogía. Era de una constitucion tan débil que en su primera juventud su médico Mazeas le vaticinó que no viviria un año. Felizmente no se cumplió esta prediccion, pues llegó á la edad de 79 años, y murió á 3 de junio de 1822.

Su hermano Valentin nació á 13 de noviembre de 1746. En 1783, encontrándose en París, vió casualmente á una ciega, la señorita Paradis, que se habia formado un abecedario con alfileres clavados en almoadillas á modo de letras, y así leia y escribia á su modo. Asimismo esplicaba la geografía por medio de mapas en relieve, cuya invencion era debida á un célebre ciego, á Weissembourg de Mannheim. Esto fué un rayo de luz para Valentin. Así como el abate L' Epée suplió por el sentido de la vista á la falta del oído, así tambien Haüy á su vez trató de suplir por el sentido del tacto al de la vista. Entonces (1786) publicó su opúsculo sobre los medios de instruir á los ciegos —y su— ensayo sobre la educacion de los mismos. Tomó de su cuenta á un mendigo ciego de nacimiento, le dió instruccion en el espacio de algunas semanas, y le presentó en seguida á la sociedad filantrópica que, satisfecha de este primer ensayo, le concedió fondos y una casa para

dar educacion á doce ciegos. El éxito correspondió á las esperanzas concebidas. Desde entonces en la mayor parte de los países civilizados tienen los ciegos una instruccion propia, nacional, costeada por el país que no puede desconocer que los desgraciados son tambien hijos suyos. Valentin murió dos meses antes que su hermano, en cuya casa habia encontrado un asilo en su vejez. A 19 de marzo de 1822 los ciegos, sus discípulos, cantaron sus exequias en la iglesia de San Medardo.

Vanderkemp.

El dia 27 de junio de 1791 un hombre de edad de cuarenta y tres años, médico en la isla de Zelandia, quiso dar un paseo por el mar en compañía de su esposa y de su hija única. Este hombre era poco menos que ateo, y á sus ojos el cristianismo era incompatible con la razon humana. Levántase de repente una ráfaga de viento, y la débil navecilla se unde al impulso de una oleada furiosa. La madre y la hija desaparecen en la inmensidad del abismo. El hombre se salva como por milagro, y postrado de rodillas en la orilla del mar, se entrega á una meditacion dolorosa y profunda. Hay un Dios, le dice su conciencia, hay un Dios. Y ese hombre no se entrega, nó, á la desesperacion; algunas lágrimas riegan sus mejillas; besa la arena en la que acaso mañana depositarán las olas los restos inanimados de los dos seres mas gratos á su corazon, y se levanta, saliendo regenerado del seno de la desgracia.

Ya es un apóstol de la caridad que quiere recobrar en bien de la humanidad el tiempo perdido. Diríjese á Lóndres; aprende los oficios mas necesarios para el hom-

bre en el estado social, y al mismo tiempo los idiomas orientales; sabe que existen pueblos africanos para quienes son desconocidos los principios de moral y las artes é industria de los europeos: y determina trasladarse á la Cafrería. Doce años pasó entre los cafres; doce años de esfuerzos para trabajar en su civilizacion; doce años de luchas con los gobernadores de los establecimientos ingleses y holandeses en el Cabo para que no tratasen inhumanamente á los indígenas; doce años de representaciones á los gobiernos europeos para que pusiesen coto á las crueldades de sus súbditos en aquellos climas remotos. Enseñaba á los salvajes de leer y de escribir, los principios de moral, y los oficios y artes mas mecánicas y usuales, y los defendía contra la codicia, la violencia y la tiranía de los colonos europeos. Así murió lejos de su patria, en medio de sus nobles fatigas, siendo de edad de sesenta y tres años, por diciembre de 1811. En diciembre de 1798 se habia embarcado para el cabo de Buena Esperanza. Si nos fuesen bien conocidas todas las circunstancias de su existencia honrosa y de sus tareas en medio de los salvajes, acaso en ellas encontraríamos rasgos de un heroísmo sublime; pero al menos podemos vislumbrarlas, y lo que de ellas columbramos nos basta para juzgar á Vanderkemp.

Veinte años despues de su muerte, unos viajeros atravesaban el país de los cafres, y recibieron hospitalidad en una cabaña; llevaban un retrato de Vanderkemp en miniatura, pues se conceptuaba como un talisman para los que debian tratar con los salvajes. Estando reunida la familia hospitalaria, los viajeros sacan el retrato y le enseñan. Al momento el anciano de la familia prorrumpe en llanto, y exclama: — Era nuestro padre; aun me parece tenerle presente; nuestra tribu no le olvidará jamás.

No hace mucho tiempo que unos colonos hotentotes de las cercanías de Betkelsdorp, distinguidos por su instruccion y

por la comodidad que han adquirido trabajando, convidaron á comer á unos colonos. Uno de estos brinda — « á la memoria de Vanderkemp. » — Al momento resuenan aclamaciones unánimes, y un hotentote de la tribu de los Gonaquas, responde en nombre de sus compañeros: — « Un ignorante como yo no puede asegurar si las almas de los muertos pueden interesarse todavía por nuestro bien. Pero diré con confianza que, ya pueda ó no nuestro padre Vanderkemp volver á visitarnos, su memoria recordada por nuestro huésped ha elevado hácia él nuestros corazones en la morada eterna de los seres felices, como hácia el objeto mas querido. »

Un hombre que ha dejado tan tiernos recuerdos en el interior del Africa, es muy digno de ocupar una página en la historia de los hombres útiles á la humanidad.

Don Brial.

Cuánto no debe la historia á la congregacion de San Mauro? Centenares de benedictinos, sepultados entre las paredes de un claustro, permanecian en él en ocupacion continua, trabajosa y utilísima. ¿Qué están haciendo con esos enormes volúmenes en fóleo que leen á todas horas, y con esos manuscritos antiquísimos que consultan á cada momento? están buscando las verdades históricas: están indagando la marcha de los acontecimientos y de la humanidad acá en la tierra. Los libros que darán á luz despues de este trabajo penosísimo, serán los monumentos en que será preciso ir á buscar la historia de los pueblos; serán la antorcha á cuya luz los siglos futuros leerán en los siglos pasados. Y aquellos hombres no se

cansan nunca; se reemplazan unos á otros en el trabajo; se legan sus conocimientos y la continuacion del monumento comenzado. Uno de esos hombres modestos, sencillos, sabios; uno de esos bienhechores públicos, es el ilustre Brial, ó Don Brial, que es como se le llama comunmente. *Ab uno disce omnes.*

Nació á 26 de mayo de 1743, y entró muy jóven en la congregacion de San Mauro. ¿Quereis conocer las circunstancias de su vida? Su vida no tiene mas que una circunstancia sostenida hasta el último momento. Cincuenta años de trabajos consagrados á la continuacion del mas grande monumento de la historia nacional de Francia, y al aumento y revision de la obra colosal «Arte de comprobar las fechas» le dan sin duda derecho al reconocimiento de sus compatriotas, y de los literatos de todos los países. He aquí su vida. Aquí no hay batallas, como en las historias de los gefes militares: no hay aquí sino la lucha de un hombre contra el polvo de los manuscritos y de las viejas crónicas, medio carcomidas. Aquí no hay movimiento; no hay sino un hombre que está sentado años y mas años, estudiando lo pasado y sacando apuntes. Aquí no hay que esperar gloria; no hay sino tedio que vencer, porque no se escribe para ser leído de las gentes, y obtener su aplauso, sino para ahorrar trabajo y guiar á los sabios que han de escribir la historia. Hé aquí una vida de una sola página, de muy pocas líneas, y que sin embargo da que pensar mas que otras vidas de muchas páginas y de grandes hechos vacíos.

Cuando Brial no pudo trabajar en el claustro, porque la revolucion se lo cerró, convirtió una casa particular en claustro, y sin hacer caso de los vaivenes políticos, ni de los rumores terribles que zumbaban en torno de su vivienda, continuó trabajando sin descanso en la tarea comenzada.

Murió siendo de edad de ochenta y cinco años menos dos dias, á 24 de mayo

de 1828. Todo cuanto tenia lo legó para fundar dos escuelas gratuitas en los pueblos de su provincia en que habian nacido sus padres.

Siempre será el mejor y el mas fiel guia para cuantos quieran estudiar, enseñar ó escribir la historia de Francia desde el año 4060 hasta el de 1226.

Sus costumbres fueron tan venerables como sus escritos.

El caballero Roze.

Los anales de Marsella recordarán siempre con espanto la peste de 1720 que llenó de luto y de consternacion á aquella ciudad hermosa. Dos meses enteros fué desconocido el mal, y fué propagándose por grados hasta que dió un estallido formidable. La consternacion llegó á su colmo; los amigos abandonaban á sus amigos, y los hijos á sus padres; la muerte en su aspecto mas feo estaba pintada en todos los semblantes; huíase de los cadáveres, y se dejaban sin sepultura; el aire era á cada momento mas fétido, y los mismos estragos contribuian á formar nuevos y mas perniciosos focos de pestilencia.

Un militar retirado, Roze, se presenta á las Casas consistoriales y ofrece sus servicios, y anima á cuantos le escuchan, y les decide á obrar. Es preciso nombrar vigilantes para cada barrio, formar hospitales provisionales, distribuir socorros, y sobre todo enterrar millares de muertos que yacen insepultos en las plazas públicas, en las calles, en las casas, y en los buques. Desde este momento el genio de la beneficencia se muestra fecundo en recursos. Limpiase y se despeja el puerto. Roze, seguido de soldados y carruajes va diariamente á recibir la bendi-

cion del infatigable y digno obispo Belzunce y luego recorre la ciudad de dia y de noche para dar sepultura á los cadáveres.

Solo queda ya un paraje por visitar; la esplanada llamada de la Tourrette. En ella, expuestos á un sol ardiente yacen mil doscientos cadáveres de los cuales los mas recientes tienen tres semanas, formando un horrible cuadro de putrefaccion. Pero, ¿quién se espone á una muerte segura para sepultar esos restos hediondos? El caballero Roze va solo á examinar ese teatro de horror: junto á la esplanada, á la orilla misma del mar, ve dos antiguos bastiones huecos y abovedados, que pueden servir de inmensas sepulturas. Ya está seguro del éxito, como tengan valor para seguirle. Pónese á la cabeza de cien presidiarios y de una compañía de soldados, y se inclina hácia la fatal esplanada. Al llegar junto á ella detiene su tropa, la distribuye vino y se adelanta. El hedor es insoportable. Envuelve la cabeza de su gente en paños empapados de vinagre; pero aun con esto tiemblan y van á retroceder. Para animarlos Roze es el primero que se lanza, coge de los piés un cadáver, y arrastrando le conduce al bastion mas cercano. Todos se entusiasman, y en un abrir de ojos todos los cadáveres son precipitados en el hueco de los bastiones y cubiertos con cal viva y tierra. Esta accion sublime, que salvó de su total ruína á la ciudad de Marsella, tuvo lugar á 16 de setiembre de 1720: pero costó la vida á los presidiarios y á los soldados: todos perecieron menos tres de estos, entre los cuales se salvó el héroe de la jornada, el intrépido caballero Roze.

Hasta la total extincion de la epidemia se encontró en todas partes en donde se necesitaba genio, osadía, y caridad para bien de la poblacion. Y no solo era pródigo de su vida, sino tambien de todos sus haberes.

Y, como se habrá notado ya en la historia de los mas ilustres bienhechores de la humanidad, Roze obró sin segundos

finés, solo por buen corazon, sin aspirar á que la fama de sus bellas acciones le sirviese de recompensa, y sin explotar en provecho suyo la popularidad que habia adquirido. Pasado el peligro volvió á entrar en la oscuridad como si nada hubiese hecho, y vivió sosegada y tranquilamente.

Murió á 2 de setiembre de 1733, dejando en la ciudad una memoria grata y tierna, que se ha ido trasmitiendo de padres á hijos, para admiracion de los venideros.

J. Lancaster.

Entre los descubrimientos de toda clase y las varias invenciones que desde medio siglo acá contribuyen poderosamente á la riqueza y al bienestar de la Inglaterra, una hay sencilla, modesta, obscura, que no tiene por objeto adornar la morada del rico, pero que está destinada á consolar al pobre en su mansion humilde y hacerle mas agradable la vida; una que á muchas generaciones de desgraciados debe ponerlas al nivel de las demás clases de la sociedad por medio de nobles sentimientos, y de conocimientos útiles. Esta invencion consiste en un sistema de educacion tan pronto, tan fácil y tan barato, que puede ser realizado por todos los pobres de un país, sin socorros del gobierno, y sin contribuciones comunales. El secreto de ese mecanismo ingenioso consiste en la instruccion de los niños por ellos mismos, es decir, por los mas hábiles de entre ellos, los cuales con respeto de sus camaradas son una especie de regentes vigilados por un solo individuo, que mas parece el intendente de la institucion, que el maestro.

Nació José Lancaster en Lóndres á 25 de noviembre de 1778. A la edad de 20

años, cediendo á una vocacion irresistible, abrió una escuela elemental para uso de las clases pobres. No tenia otro afan que el buscar la economía en la enseñanza. Ahorró un sinnúmero de libros sustituyendo para toda la clase un solo ejemplar y pegando en la pared sus hojas, visibles para todos; ahorró tinta, plumas y papel trazando las letras, las sílabas, y las palabras, ya en la arena con el dedo, ya en la pizarra; ahorró en fin el pago de maestros auxiliares, confiando á los discípulos mas adelantados la enseñanza de sus condiscípulos. Así hizo el primer trazo de la enseñanza mútua, para irla despues regularizando y perfeccionando. Entonces no habia leído Lancaster la obra del doctor Bell sobre la enseñanza mútua de Madras; pero, aunque hubiese tenido conocimiento de ella, á Lancaster y no á ningun otro se debe el desarrollo del método en una escala verdaderamente grande, á él y no á ningun otro pertenece el lauro de haber popularizado ese método tan expedito como poco costoso de dar instruccion á la niñez.

En 1800 contaba su escuela trescientos discípulos. El rey Jorje III, toda la familia real y muchos nobles se suscribieron para que la enseñanza pudiese ser enteramente gratuita. Entonces en 1805 llegó á contar mil discípulos, todos reunidos en una sala; y enseñados por un solo maestro.

Pero el clero anglicano hizo al institutor una guerra de muerte, pues la escuela de éste se llenaba á espensas de las suyas que quedaban vacías. Doloroso es tener que escribirlo, pero es la verdad. Lancaster habia hecho préstamos para dar el carácter de gratuita á su escuela. Instigados secretamente sus acreedores se mostraron sañudos y rigurosos, y como las leyes de Inglaterra son exigentes contra los deudores, tuvo Lancaster que huir á América. En los Estados-Unidos encontró arraigada su institucion, y pasó diez años en la obscuridad y en la miseria. Murió en 1838.

La persecucion de que fué víctima habia agriado su carácter, y le consumió la melancolía. Ya no tenia en torno suyo aquella multitud de niños en medio de los cuales pasó las horas mas hermosas de su vida, y á quienes llamaba hijos suyos. El padre habia quedado solo, abandonado en país extranjero.

J. Bentham.

El nombre de Bentham es popular en entrambos continentes. Sus ideas han penetrado en todas partes y bajo todas las formas; en los Estados-Unidos por las costumbres; en Francia por las leyes, en Inglaterra por los hechos. Verdadero apóstol de la utilidad, Bentham ha sido el mas feliz de los reformadores, porque ha visto el principio de las reformas preparadas ó anunciadas por sus escritos. Pero, lo que le constituye el oráculo del siglo en que ha vivido es la armonía íntima de su doctrina con las tendencias de su época. Producir y consumir, hé aquí la consigna del siglo. Ningun brazo descansa, ninguna fuerza permanece inactiva, todo se convierte en agente ó en semilla de produccion; todo trabaja, nobles y plebeyos, ricos y pobres, hombres, mujeres y niños, caballerías de carga y de tiro, máquinas, vapor y pensamiento: el mundo civilizado es como una inmensa máquina de la que el ser mas débil es una rueda que da su parte de impulso á la fuerza motriz. Las doctrinas de Bentham corresponden á este estado social.

Nació en Lóndres el año de 1748, y se dedicó á la carrera de la jurisprudencia; pero en medio del inmenso caos de leyes casi opuestas entre sí, y todas vigentes, conoció que no habia nacido para abogado sino para reformador de la legislacion.

Todos los momentos de su vida los consagró, pues, á esta empresa larga y trabajosa. No fué mas que un particular que jamás tuvo parte en el poder ejecutivo, y sin embargo de hecho ha sido un legislador, pues casi todas las reformas por él indicadas se han adoptado por unos ú otros de los legisladores de este siglo. Sus ideas están consignadas en las obras siguientes: — Introducción á los principios de moral y de jurisprudencia. — Tratados de legislación civil y penal. — Teoría de las penas y de las recompensas. — *Panóptica*, obra en que por primera vez se propone el sistema penitenciario. — Código constitucional. — Teoría de los deberes.

La filantropía mas pura le inspiraba á la vez sus acciones y sus escritos. Se habia propuesto un objeto, y siempre se dirigia á él, á saber, «la mayor suma de felicidad para la mayoría.» Ningun observador ha descubierto mas verdades que él en los detalles de la sociedad; es sin contradicción el crítico que ha llevado mas léjos la anatomía de las cuestiones morales, que ha rectificado mas errores, destruido mas preocupaciones, y exaltado la independencia de la razon. Bajo este punto de vista es Bentham el hombre útil por excelencia. Lleno de desinterés, de nobleza y de independencia de carácter, no hizo la oposicion á ningun gobierno, porque no miraba al presente sino al porvenir de la humanidad, que se le presentaba tan magnífico en resultados. «Es, dice Hazlitt, el Lafontaine de los filósofos; un niño por lo tocante á las costumbres sociales; sale rara vez á la calle; solo admite un reducido círculo de personas en su confianza; habla haciendo anatomía de los hechos, y despreciando lo que él llama palabrería. Observa á los hombres sin amargura; no aspira á dominar, sino á ser útil: es un filósofo sin orgullo.»

Bentham recojió buena copia de observaciones sociales viajando por casi toda la Europa y una parte del Asia. En Francia se le dió el título de ciudadano

francés, y se le eligió miembro de la Asamblea legislativa, diciéndole que su talento y sus obras pertenecian, nó á la Inglaterra, sino á la humanidad. Catalina II le escribió varias cartas; el emperador Alejandro le honró con una visita; el conde de Toreno le pidió su dictámen sobre el código penal decretado por las Córtes en 1822; el rey de Baviera quiso que revisase el proyecto de un código; y por fin, el bill de reforma de la Inglaterra no fué sino la expresion de sus doctrinas.

La muerte interrumpió sus estudios, y puso fin á ellos en 1832.

David Purry.

El bienhechor de la ciudad de Neufchatel en Suiza no es solo digno de memoria por haber consagrado una fortuna considerable á actos de caridad y á fundaciones de utilidad pública: lo es como un hombre de bien, tipo honroso del suízo pobre, que abandona su país para hacer fortuna, que logra adquirirla con probidad, con industria, con actividad y economía, pero que hasta el último suspiro es amante de su patria y de la honradez.

Juan Pedro Purry (padre de David Purry que nació en 1709) abandonó su patria Neufchatel para ganarse la subsistencia. Su mujer y tres hijos quedaron reducidos á la última miseria, y mas cuando se supo que aquel habia muerto en la Carolina, cuando mas esperanzas tenia de mejorar de fortuna. Los parientes no abandonaron á la viuda inconsolable, sino que se suscribieron para que no la faltase pan, y aun para costear á David el aprendizaje por espacio de cuatro años en Marsella, en casa de un joyero.

Pero, al cabo de los cuatro años, David Purry ganaba ya algun dinero; sin em-

bargo no iba á las diversiones ni malgastaba nada, absolutamente nada. Sus conocidos decian que era la avaricia personificada, y él consentia que se lo dijese y no respondia. Algunos meses despues la pobre madre recibió una carta en que David la decia: «Madre mia, he ahorrado tantas libras para vos; dad las gracias á los parientes que os mantenian, y entregadles además la adjunta letra á cuenta de lo que les debemos; cada medio año, si Dios me da fuerzas, iré ahorrando, é iremos pagando la deuda.» Y en efecto cada medio año no faltó el hijo en enviar dinero á la madre para su manutencion, y dinero á sus parientes en pago de lo que habian hecho por su madre. Estos se negaban á admitir nada, pero el buen hijo les escribió: «Si no quereis que sea un desgraciado toda mi vida, aceptad lo que os envío, porque nada degrada mas al hombre que la ingratitud, y yo quiero consagrar mi primer trabajo á los que me han enseñado á trabajar.»

A los tres años, satisfecha ya la deuda, el hijo escribió de nuevo: «Querida madre; este dinero es para vos; y esta carta orden es para nuestros parientes que nos dieron pan cuando no le teníamos; la deuda del capital está ya extinguida; ahora les iré pagando los intereses.»

Y estos intereses duraron años y años; y el mozo se volvió hombre, pasó á Londres, despues se estableció en Lisboa; pero cada medio año no faltaba la carta-orden para su madre, y el pago de intereses para sus parientes. Son tan hermosas, tan morales las cartas que escribia para este objeto, que entresacando de ellas varios fragmentos se formó un volúmen que se ha impreso en Suíza varias veces y es el encanto de los padres de familia.

¡Ah! ¿puede haber nada tan encantador como la virtud del agradecimiento? Y ahora que está tan descuidada, y que se hace gala de descartarse de aquellos á quienes se debe algun beneficio: ¿no hará derramar lágrimas de ternura á los corazones sensibles un ejemplo tan be-

llo y tan digno de tener imitadores? David Purry desde el momento que su trabajo le dió para subsistir honradamente, no pensó solo en ganar para sí, sino tambien para sus bienhechores. Y este agradecimiento duró toda su vida.

Sus negocios no le permitieron volver á establecerse en su patria, y murió en Lisboa á 31 de mayo de 1786; pero su testamento lo consagró todo al recuerdo de su país. Neufchatel le heredó; Neufchatel le debe adornos, paseos, templos, fundaciones pías, establecimientos de enseñanza, fuentes, puentes y caminos: su último deseo fué dirigido al bienestar y al consuelo de sus compatriotas. Hijo reconocido; modelo de agradecimiento, fué al mismo tiempo ejemplo de patriotismo puro.

Jecker.

En Hirsfelden, cerca de Colmar en el Alto Rin, vivia hácia 1775 un labrador honrado y de costumbres patriarcales. Tenia un hijo de diez años con quien contaba para ayudarle en los trabajos de la labranza. Pero el hijo, apenas el padre volvía la espalda, sacaba un libro que habia escondido, y se ponía á leer; buscaba diseños de máquinas, los copiaba, y acaso las ejecutaba toscamente.

Cierto dia, un conocido de la familia le enseña un estuche de matemáticas, y el niño queda encantado mirándolo. «Estos instrumentos, le dicen, los fabrica en Inglaterra un tal Ramsden, y nadie como él sabe hacerlos, y todas las naciones van á comprarlos á la Gran Bretaña.» El niño no pudo pegar el ojo en toda la noche. Al amanecer se durmió un momento, pero su sueño fué agitado, y pronunciaba entre dientes estas palabras: «Ramsden!...

instrumentos! » Desde este día no tuvo mas que un pensamiento, una idea, una esperanza, ... la de llegar á ser un Ramsden. Obtuvo de su padre permiso para ir á Besanzon á vivir con unos tíos suyos; allí entró de aprendiz en casa de un maquinista, y al cabo de un año sabia mas que su maestro. Fuése á París, y como siempre tenia en la cabeza el nombre de Ramsden, aprendió el inglés, y en 1786, á la edad de 21 años, pasó á Londres, y se presentó al primer mecánico del siglo, al célebre Ramsden á quien acudian de todos los países del mundo á comprarle los instrumentos de matemáticas y de astronomía aplicados á la marina.

Admítele Ramsden, y hé aquí como una voluntad firme y constante, dirigida á un mismo objeto desde la infancia, logra vencer todos los obstáculos y llegar al término apetecido. Ramsden habia llegado entonces al apogeo de su talento y de su nombradía. Muy luego conoció que el jóven que le habia pedido su proteccion, iba á ser su rival, mas no por eso le apartó de su lado: virtud propia de los talentos superiores que parecen atender mas al adelanto de su arte que á los ardidés de las concurrencias vulgares. Ramsden y Jecker fueron amigos íntimos.

Por espacio de seis años estuvo profundizando los misterios de la ciencia, é iniciándose en los descubrimientos mas recientes, y cuando volvió á Francia en 1792 era ya un artífice consumado. De repente la conscripcion le roba á las artes y le obliga á tomar las armas. No por esto desmaya, antes se distingue por su denuedo y espera días mejores.

Estos llegan al fin: ya es libre Jecker para dedicarse á la mecánica; el genio artístico puede tomar su vuelo, y le toma. Los instrumentos que los navegantes debian ir á comprar á la reina de los mares, y que ésta se hacia pagar á precios exorbitantes, ya se fabrican en el continente, tan perfectos como los ingleses, y mucho mas baratos. ¿A quien se debe este beneficio? al genio de la industria, á

I.

uno de estos oficios mecánicos que tan despreciados han sido por algun tiempo, y que son los únicos que constituyen el mejor y mas inmarcesible título de nobleza.

Jecker se acordó toda su vida de que habia sido obrero, y fué el bienhechor de sus obreros. Murió á 30 de setiembre de 1834, siendo de edad de 69 años.

Desault y Bichat.

Desault y Bichat! estos dos nombres esculpidos en un mismo mármol en el primer hospital de París, y enlazados con el doble vínculo de la amistad y de una fraternidad de gloria, ya no pueden ser separados.

El día 28 de mayo de 1793, cuando el terror dominaba en la capital de Francia, hasta el punto que nadie se atrevia á interceder en favor de las víctimas de la tiranía de la Junta de seguridad pública, de órden de esta se puso preso á un profesor de cirugía en el momento mismo en que estaba enseñando á sus discípulos. Entonces se presenció un espectáculo que parecia increíble. De todas partes acuden hombres y mujeres, ricos y pobres, sanos y enfermos, que se atreven á pedir lo que nadie habia pedido, que imploran piedad de los que no la sentian en favor de nadie: « Curadnos pues vosotros, decian, ya que le prendeis. » — Curad á mi hijo, exclamaba otro, ya que no quereis que lo haga Desault. » Y los que esto decian eran hombres de todas opiniones. La Junta tuvo esta vez que soltar su presa ante la expresion unánime del clamor público. Desault fué restituido á sus discípulos que le saludaron con entusiasmo, y á sus heridos que le recibieron con llanto. Esta sola circunstancia de una existencia hon-

rada, nos revela toda la nobleza de carácter del restaurador de la cirugía, del ilustre profesor, ídolo de sus discípulos y de sus clientes. Y este hombre no ha dejado nada escrito; no ha dejado mas que la memoria de sus hechos. Hijo de unos labriegos del Franco-Condado, nada debió á los demás, y todo á su talento y á sus observaciones. Prefería leer en la anatomía antes que en los libros. Desde que por su saber ascendió á cirujano en jefe del Hotel-Dieu, todas las horas del dia y parte de las de la noche las pasó infatigable en su puesto. Era intrépido y de sangre fria. Solo una vez la sensibilidad mas viva afectó sus entrañas: aquella vez no fué tranquilo observador de la humanidad, fué hombre.... y murió á los dos dias. Le llamaron para visitar en un hediondo subterráneo al desgraciado Delfin, hijo de Luís XVI: ¿cómo resistir á la vista de semejante espectáculo? el hijo de un rey víctima de un asesinato maquiavélico, prolongado para multiplicarlo con la duracion. Desault quiso ahogar en su corazon un grito de indignacion y de horror, y expiró el dia 1.º de junio de 1795, á la edad de 54 años. Legaba á la ciencia su discípulo, el inmortal Bichat.

Un interés inesplicable nos hace recordar la memoria de los artistas, de los poetas, de los sabios á quienes la muerte ha sorprendido en la mitad de su carrera. Leyendo sus obras sentimos extraordinariamente que les haya faltado tiempo para acabar de darse á conocer á la humanidad. ¡Y cuántos sin embargo han dejado monumentos que bastan para colocarlos en el apogeo de la gloria! Entre ellos debemos contar á Bichat, muerto en 1802, á la edad de 30 años y algunos meses. Cierta dia estaba examinando algunos trozos anatómicos en el Hotel-Dieu, de que era médico, y algunas exhalaciones pútridas le turbaron la cabeza; retirándose cayó en la escalera, y al cabo de algunos dias ya no existia una de las mas bellas celebridades, el Bellini de la medicina. Corvisart escribió al primer cónsul: «Bi-

chat acaba de morir en el campo de batalla, que cuenta ya muchas víctimas; nadie en tan poco tiempo ha hecho tantas cosas y tanto bien como él.» Contado por sus obras entre los mas grandes genios de todos los países y de todos los tiempos, es tambien uno de los mas ilustres modelos de reconocimiento. Todos sabian que Desault no habia dejado ningun escrito, cuando se publicó el libro siguiente: — «Obras quirúrgicas de Desault, ó cuadro de su doctrina y de su práctica en el tratamiento de las enfermedades esternas.» Era Bichat que con sus recuerdos resucitaba al gran cirujano; era el discípulo agradecido que levantaba un altar á su maestro. Despues publicó el «Tratado de las membranas,» las «Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte,» y por fin, la «Anatomía general aplicada á la fisiología y á la medicina.» Este es el grande título de gloria de Bichat; obra capital, progreso inmenso que hacia concebir brillantes esperanzas, que tan pronto debia disipar una muerte prematura.

Legendre, Coffin y Col- lot; Coignard.

CUATRO BIENHECHORES DE LOS ESTUDIANTES
DE PARÍS.

El viajero que ha estado en París durante el mes de agosto habrá observado en los colegios un gran movimiento entre los escolares y sus familias; habrá asistido al concurso general, allí donde bajo la presidencia de un ministro de la corona, al son de músicas escogidas, y á vista de lo mas granado de la sociedad de la capital, son coronados los discípulos mas sobresalientes y los mas dignos. Los corazones de los jóvenes pal-

pitan de placer, y los de sus padres no pueden contener la alegría que á veces busca salida en el llanto. Y los que no han salido premiados, sienten un vivo estímulo para aspirar el año siguiente al triunfo; y he aquí como la emulacion entre los escolares hace que no pierdan el tiempo para el desarrollo de sus facultades morales.

¿A quién se debe este poderoso incentivo? á quién han de estar agradecidos los escolares de París? A los bienhechores que legaron ó hicieron donacion de fondos para el sosten de esos concursos anuales; á los que primero concibieron la idea de ofrecer como estímulo á la juventud los premios que se les distribuyen. Entre esos dignos ciudadanos merecen ocupar un lugar distinguido Legendre, Coffin y Collot, cuyos bustos hemos hecho grabar en un medallon, y asimismo Coignard (J. B.) que ocupa otro medallon.

Hombres honrados, sencillos, caritativos, amigos de la juventud, su existencia no forma mas que un pensamiento; los cuatro no han tenido mas que un objeto, el de escitar la emulacion de la juventud. ¿Quereis saber las circunstancias de sus vidas? ah! ninguna inscripcion las recuerda, ningun mármol las ha legado á la posteridad: semejantes á aquellos arroyos benéficos que serpentean por un llano, casi enteramente cubiertos por la yerba, que fertilizan muchos campos, y que sin embargo no tienen nombre, así aquellos bienhechores de la juventud han pasado sus dias en la obscuridad, y si se recuerdan sus nombres y si el buril ha podido poner á la vista sus facciones es porque la adolescencia conserva las medallas de los premios por ellos instituidos. Se sabe sin embargo que Luís Legendre fué canónigo de Nuestra Señora de París, que Carlos Coffin fué rector de la Universidad de París, Bernardo Collot profesor de la misma y canónigo honorario de Nuestra Señora, y por último que Juan Bautista Coignard fué un impresor distinguido.

La condesa Bellini-Tornielli.

Josefina Tornielli, casada con el conde Marco Bellini, vivia feliz en Novara, ciudad de Italia, con su esposo y un hijo único. Contaba este siete años, y sus prendas hacian concebir las mas brillantes esperanzas, cuando la muerte le arrebató al cariño de sus padres, sumiéndolos en el mas agudo de los pesares, en uno de esos dolores que la opulencia acibara, y cuyo remedio no se encuentra en la tierra. Sin embargo, los corazones nobles, para quienes ya no es posible la felicidad acá en la tierra, se dan á conocer entonces por los desvelos con que atienden á la de sus semejantes. La condesa y su esposo fueron los bienhechores de su país.

Sus dos corazones enlazados para bien de la humanidad merecian sin duda palpar por mucho tiempo el uno junto al otro; pero el cielo no lo dispuso así, y al dolor de haber perdido á su hijo tuvo que añadir la condesa el nuevo dolor y la soledad de la viudez. ¿Se entregó acaso por ello á la desesperacion?... nó; sino á la beneficencia; de manera que cuanto mas se disipaban sus sueños de felicidad en esta vida, tanto mas se entregaba al alivio de los desgraciados.

Pero su caridad no era solo de mera compasion por las penalidades físicas y por las privaciones de la indigencia; tambien se dirigia á las privaciones morales, y á las necesidades de la inteligencia. Conociendo que á la niñez y á la juventud lo que mas falta les hace es una institucion gratuita en que aprendan las artes y los oficios mecánicos, en los que se apoya todo el cimiento de la sociedad, hizo una donacion de cuatrocientos mil francos para

el establecimiento y sosten de una *escuela gratuita de artes y oficios*. Y al efecto de que el edificio correspondiese á la fundacion, costeó por mas de trescientos mil francos un verdadero monumento público, de una arquitectura sólida, sencilla y noble.

La fundacion de la condesa sobre ser filantrópica es altamente social. En los hospicios se enseña algun oficio ó arte á los niños para procurarles un medio de ganarse la subsistencia; en otras instituciones se les enseña de ser comerciantes, abogados, médicos, marinos, etc. pero las artes y los oficios se descuidan, se dejan para los hospicios, ó para los amos particulares que las mas de las veces tienen interés en retardar la instruccion de los aprendices, porque tienen mas necesidad de aprendices que de oficiales hábiles que algun dia puedan hacerles concurrencia. Así pues aquella institucion es de una utilidad suma para el pueblo, y muchas ciudades populosas deben envidiarla á Novara.

La bienhechora de esta ciudad y su comarca circumvecina murió á 24 de junio de 1837. ¡Ojalá su ejemplo encontrase imitadores en todos los pueblos!

A. Hallette.

La invencion de las máquinas de vapor aplicadas á la marina habia creado para la industria inglesa un ramo nuevo en el que luego tomó preponderancia y aun supo conquistar la esclusiva. Las naciones del continente europeo, que querian disfrutar tambien del beneficio de la navegacion por vapor, debian antes pagar tributo á la Inglaterra, comprándola las máquinas necesarias. En 1828 el gobierno francés comprendió lo precario de semejante situacion. Compró el Sphinx, vapor

de guerra de construccion inglesa, y le presentó como modelo á los mecánicos franceses; proceder sabio, digno de un gobierno que estima en lo que valen las artes, y que promueve sus adelantos escitando la emulacion de los artistas. Creyeron algunos que nadie se presentaria, que no habria un francés de corazon capaz de sostener la concurrencia con los ingleses, y de querer reproducir máquinas tan buenas como las suyas.

Engañábanse, porque el paso dado por el gobierno era altamente noble, y debia producir su efecto. Un mecánico, Alejo Hallette, que habia recorrido la Gran Bretaña, y despues se habia establecido en Arras, acudió al llamamiento, y presentó la primera máquina francesa de la fuerza de 160 caballos, que sirvió para armar el Fulton. Ya estaba dado el primer paso; el monopolio de las máquinas para los vapores estaba ya destruido, el continente podia armar sus buques de vapor de construccion propia, y esto se debia á un mecánico, á un industrial. Una vez probada la máquina del Fulton siguieron á ella otras muchas, cada dia mejores, y de todas fuerzas; y el gobierno francés pudo darse la enhorabuena de haber sido comprendido y secundado. ¿Imitaron su ejemplo otros gobiernos del continente? compraron algun otro vapor inglés con el objeto de ofrecerlo por modelo á los artistas de su nacion? nó; si compraron vapores no fué para ofrecerlos como modelo, sino para consumirlos sin otra utilidad que la del momento, con la esperanza pueril de volver á comprar otros luego de inutilizados aquellos: pero esos gobiernos descuidados tampoco encontraron ningun Hallette.

A ese laborioso ciudadano se le han hecho ofrecimientos brillantes para que fuese á establecerse en otros países; pero todos los ha despreciado, porque su patriotismo iguala á su talento, y sabe que su nacion tiene necesidad de buenos constructores de máquinas. Por medio de prodigios de actividad y de constancia, ani-

mado de un noble deseo de gloria artística, que mira los intereses como secundarios, y sintiendo los impulsos del entusiasmo del genio, he aquí como ha creado Hallette unos vastos y admirables talleres, los que sostiene en el mismo grado de esplendor de los establecimientos reales de primer orden. Mantiene su fábrica cuatrocientos obreros: anualmente reparte en salarios para los habitantes de Arras medio millon de francos; y la nacion le debe una escuela pública de mecánicos que algun dia serán útiles á su patria: títulos hermosos para obtener el reconocimiento público.

Alejo Hallette nació á 14 de abril de 1788, y merced al trabajo mecánico ha luchado con la miseria, y ha triunfado de ella.

Desde la edad de diez y seis años ha tomado por norte esta máxima industrial:— Querer para hacer; perseverar para alcanzar.

El canónigo Cottolengo.

A fines de 1828, una pobre mujer, acompañada de su marido y de cinco niños, cayó enferma en una posada de Turin. Acude á los hospitales, y no la admiten porque es extranjera, y los reglamentos no lo permiten. Vuelve á la posada y expira. Un digno eclesiástico, el canónigo Cottolengo, presencié su muerte, y recibió su último suspiro. La caridad conmovió sus entrañas, porque tal vez la infeliz no hubiera muerto si la hubiesen admitido en alguno de los hospitales. Entonces concibe un proyecto digno de San Vicente de Paül. Habla con personas caritativas, alquila una habitacion, y procura tener

siempre algunas camas dispuestas para los pobres enfermos que no pueden ser admitidos en los hospitales. Primero comienza por cuatro camas, las aumenta á ocho, á doce, y va aumentando siempre; establece en Turin las Hermanas de la caridad, da el nombre de *pequeña casa de la divina Providencia* á su institucion, y logra que el rey la declare bajo su proteccion especial en 1833. La casa tiene al frente esta inscripcion: *Charitas Christi urget nos*. Palabras admirablemente escojidas, porque la fundacion descansa enteramente y tiene por pura norma, la caridad cristiana. Para dar á conocer este establecimiento bastará decir que en el dia está distribuido en siete divisiones, á saber: Las enfermerías en donde son admitidos hasta los epilépticos; la habitacion de las hermanas de la caridad en número de noventa sobre quienes pesan las tareas de la casa; la habitacion de las ursulinas y genovefinas, pobres niñas abandonadas que se recojen y llegan á 130 para librarlas de las seducciones del mundo; son mantenidas y educadas gratuitamente; la escuela normal para la instruccion de los pobres; la institucion de sordo-mudos; la casa de refugio para los huérfanos; y por fin las salas de asilo para la infancia. Tal es la *pequeña casa de la Providencia*, establecimiento milagroso único en su clase, en el que mas de setecientos desgraciados encuentran habitacion, alimento, vestido é instruccion, en el que se recibe al recién nacido y al moribundo, y en donde forman contraste todas las miserias y todos los prodigios de la beneficencia.

Y una institucion tan vasta es obra de un solo hombre. Llevado de una entrañable caridad, impelido por la necesidad de ser útil á sus semejantes, y de estender incesantemente el círculo de sus beneficios, ha creado y va creando nuevas instituciones á medida que nuevas necesidades y nuevos sufrimientos reclaman su socorro. Pero ¿ese hombre será rico? direis acaso:... Os engañais; no posee mas bienes que una caridad inmensa. Para fundar

tantos asilos, para subvenir á las necesidades de tantos pobres, nadie sabe de donde saca recursos. Ello es que nada le detiene en sus designios; si se presenta un desgraciado, le recoge, y para lo demás se abandona en manos de la Providencia. Se sonríe cuando alguno le habla con asombro de su institucion, y responde que consiste en una pequeña casa con cuatro desgraciados (*cuatro birbe*) que es como llama á los niños que recoge.

Cierto dia un oficial del rey entra en el modesto gabinete del fundador, y en nombre del monarca le pone sobre el pecho la decoracion de la órden de San Mauricio y de San Lázaro, como recompensa debida al bienhechor de la humanidad. El sencillo canónigo no supo que responder, y apenas acertaba á volver en sí de su sorpresa.

En otra ocasion, el duque de Saboya, el príncipe real heredero del trono, pasa en persona á verle, y le entrega en nombre de su padre una medalla de oro. Esta medalla viene de París; se la dirigen por tan digno conducto los fundadores de la sociedad de Montyon y Franklin, como á uno de los hombres mas útiles de nuestros tiempos.

El general Drouot.

Nacido en Nancy en 1774, y salido de la escuela de artillería en julio de 1793, el general Luís Antonio Drouot ha tomado parte en todas las guerras de la revolucion, asistido á todas las batallas del imperio, y visto caer las águilas imperiales en Waterloo. Léese su nombre en todos los boletines del grande ejército. Mas no por esto se lee tambien aquí. Su corazon pertenece al genio de la humanidad desde que cesó de latir en favor del genio de la

guerra. En 1815 dijo que habia terminado para él la carrera de las armas, y ha cumplido su palabra. A duras penas pudo salvar su cabeza en los dias de reaccion que siguieron á la segunda caida de Napoleon, y se retiró á una pequeña posesion que tenia junto á Nancy. La revolucion de 1830 quiso nombrarle par del reino, y ministro de la guerra; pero nada pudo arrancarle de su retiro.

Entonces fué cuando una diputacion del consejo municipal de Nancy esplicó sus negativas, diciendo á un ministro: « Muchos de sus antiguos compañeros de armas deben á Drouot la existencia y la comodidad de que gozan; muchas aldeas de esta comarca, merced á la generosa prevision de Drouot, reciben y recibirán los beneficios de la instruccion; nuestras bibliotecas y nuestros museos se han enriquecido con sus donativos: nada ha olvidado, y su país tampoco le olvidará jamás. »

He aquí porque se negaba á aceptar nuevos honores y dignidades; para dedicarse á hacer bien con entera libertad. Ya no tenia á sus órdenes soldados; ya podia dedicarse enteramente á la beneficencia, y seguir los impulsos de su corazon generoso. Apesar de ser módicos sus bienes de fortuna, ha suplido por ellos su economía y su buena voluntad: así es que lleva fundados veinte establecimientos útiles, consagrados á la infancia, á la vejez, y á todos los desgraciados. El bien que derrama en torno suyo es á la vez un bálsamo para su corazon.

En Santa Helena, Napoleon dijo de él: « es un general lleno de caridad y de religion; su moral, su probidad, y su sencillez hubieran brillado en los mas hermosos dias de la república romana. El patriotismo y el desinterés, la moderacion en la victoria, y el valor en los desastres, son virtudes heróicas que Drouot poseía en alto grado. »

Despues del desastre de Waterloo, cuando el mismo Ney decia que era desesperada la situacion de la Francia, Drouot

dijo en la tribuna: «La última catástrofe no debe amilanar á una nacion grande y fuerte como la nuestra. Despues de la batalla de Cannes, el senado romano dió un voto de gracias al general vencido porque no habia desesperado de la salvacion de la república.»

Comprendido por la Restauracion en la lista de los proscritos, en vez de huir se presentó ante sus jueces, y su defensa consistió en estas palabras: «Si me condenais por apariencias, mi conciencia, que es muy rígida, me absolverá. Mientras la fidelidad á los juramentos será sagrada entre los hombres, seré justificado. Espero con calma vuestra decision. Si creeis que mi sangre ha de ser útil para tranquilizar la Francia, mis últimos momentos serán todavía dulces.»

De siete jueces, tres le condenaron á muerte; los demás le salvaron, para bien de Nancy. Pero el reconocimiento de los habitantes de esta comarca raya en entusiasmo; para ellos Drouot es el padre comun de muchas poblaciones, y el hombre público mas íntegro y mas benéfico del imperio.

Boulard, Brezin y Devillas.

TRES BIENHECHORES DE LA CIUDAD DE PARÍS.

No muy lejos de París, en la avenida de Saint-Mandé, se descubre un edificio de una regularidad bella en medio de una considerable estension de terreno cultivado con esmero. Es el Hospicio de Saint-Michel. En él constantemente disfrutan de todas las comodidades de la vida doce ancianos de setenta años; cada uno tiene su morada, su jardin, su gabinete, en fin, todo cuanto puede contribuir á hacerle pasar con dulzura los últimos dias de la

vida. Para su admision no se requieren mas condiciones que aquella edad, la indigencia, y la moralidad; por lo demás ninguna profesion es escluida. La casa tiene su enfermería, un cura, dos criados y un portero con su mujer. Esta fundacion ha costado un millon y cincuenta mil francos. ¿A quién se debe? quién tuvo la idea generosa de endulzar los últimos años de la vida de unos ancianos honrados y pobres? Miguel Boulard, un comerciante laborioso, hijo de padres infelices, que habia sido educado en un hospicio, y que despues con actividad y prudencia logró reunir algunos bienes de fortuna, para poder destinarlos á obras pías en su testamento. Además de aquella fundacion, legó cincuenta mil francos para dar constantemente educacion á dos niños y á dos niñas de felices disposiciones; y veinte y cinco mil francos como donativo á uno de los hospitales de París, en donde habia muerto su padre de edad de veinte y tres años, en reconocimiento de los cuidados que le prodigaron.

A cinco leguas de distancia, en el distrito de Versailles, municipalidad de Garches, se encuentra otro edificio, mas vasto, colosal, que lleva el nombre de «Hospicio del reconocimiento.» En él son admitidos trescientos ancianos de sesenta años, que hayan sido jornaleros. Esta fundacion cuesta cinco millones de francos. ¿A quién se debe? á un hombre que habia sido jornalero, que despues hizo fortuna y tuvo jornaleros á sus órdenes; á Miguel Brezin, que al morir legó para una institucion magnífica en favor de los jornaleros, lo que con su ayuda habia ganado. ¡Industria! he aquí tus prodigios: por tu medio un simple jornalero ha podido, como Luís XIV, fundar unos *Inválidos* para sus camaradas. He aquí una institucion hermosa, admirable: pero, porque se llama «Hospicio del reconocimiento?» Porque Brezin en el lecho de la muerte quiso dar una leccion á los grandes industriales que en nada estiman el sudor de los infelices obreros.

Ahora penetremos en París. En la calle del Regard, n.º 17 habitaba un hombre rico, un comerciante opulento. Ahora moran en él treinta ancianos de setenta años, que gozan en su seno de todas las comodidades de la vida, de que poco ha estaban privados. ¿Quién ha llevado á cabo esta transformacion? Luís Devillas, el mismo rico comerciante que antes vivia en esta morada. Al tiempo de su muerte legó todos sus bienes para la fundacion de dos hospicios iguales, uno en Quissac, su patria, y el otro en su misma casa.

Rara vez los hombres que logran adquirir bienes de fortuna se acuerdan que hay en torno suyo seres que tienen hambre y no tienen pan, que tienen frio y que van desnudos. No así Boulard, Brezin y Devillas; los tres han tendido la vista sobre los males que agobian á la humanidad, y en cuánto ha estado de su parte, les han buscado remedio. El primero murió á 19 de marzo de 1825; el segundo á 21 de enero de 1828; y el tercero en 1832.

El abate Triest, y Capita-Azul (Champion).

Veinte y cinco casas de beneficencia fundadas y dirigidas por un hombre solo; cinco mil desgraciados que en ellas encuentran asistencia, manutencion, y alivio. Once establecimientos para incurables; dos para locos; dos para sordomudos; cinco escuelas para pobres; cinco colegios para niñas; dos hospicios para huérfanas; uno para ciegos; otro para ancianos: he aquí un catálogo que podria honrar á muchos apóstoles de la caridad, y que sin embargo es la hoja de servicios

prestados á la humanidad por un solo hombre, por un belga, el abate Triest. ¿De qué manera ha conseguido un solo individuo, un particular, sin bienes de fortuna, llevar á cabo tantas fundaciones costosísimas? Por qué especie de milagro de la beneficencia, se ha realizado en pocos años lo que parecia deber ser obra de un siglo? Por un medio muy sencillo. Triest, el bienhechor de Gante, se propuso recojer las limosnas que distribuían sus compatriotas sin orden ni miramiento, supo granjearse la confianza de los que las hacian, se constituyó su depositario para actos de caridad, y así fué como un cúmulo de limosnas que aisladamente no producian mas que alivios pasajeros y que acaso recaían en individuos indignos de ellas, ahora se han concentrado y han servido para fundar, para levantar y sostener monumentos grandiosos, establecimientos magníficos, é instituciones sublimes. El abate Triest, que nació en Bruselas en 1760, ha merecido por estos actos ser llamado « la Providencia de los belgas pobres. » Es uno de los que han obtenido la medalla de oro de la sociedad Montyon y Franklin, que le fué enviada en 1834 por el digno fundador de la misma A. Jarry de Nancy, quien le decia: « Para agradecer beneficios tales como los que el venerable abate Triest ha hecho á la humanidad, el amor y las bendiciones de los pueblos no reconocen fronteras. »

No tan brillante, aunque no por esto menos digna de memoria, es la conducta de Capita-Azul, de un hombre que desde que ha adquirido bienes de fortuna ha merecido, á imitacion de Triest, ser llamado « la providencia de los pobres de París, » y que tambien ha obtenido la medalla de honor en 1832, á la edad de 68 años. Nadie hasta el dia habia podido indagar su nombre; ocultábase en la obscuridad, corria incesantemente los cuarteles de París en busca de miserias para aliviarlas, y principalmente buscaba á esos pobres vergonzantes, los mas des-

graciados entre todos los indigentes, porque aunque les falte pan prefieren morir de hambre antes de pedirlo al vecino: inquiria, preguntaba, presentábase como un dependiente de algun bienhechor poderoso; y así enjugaba diariamente lágrimas amargas, y derramaba un bálsamo consolador en algunos corazones que solo veían abierto delante de sí el camino de la desesperacion. Durante muchos años, los diarios de París estuvieron llenos de relaciones de esos actos de beneficencia privada, que busca las indigencias misteriosas, las necesidades ocultas (acaso mucho mas verdaderas que otras ostensibles), y las aplica pronto remedio con el sigilo mismo y el misterio que las rodea. De esta manera ha arrancado del borde de un precipicio á jóvenes inocentes, ha evitado quiebras y ha sostenido muchas familias y dádolas nueva vida moral. Ese hombre de bien, amigo de los indigentes, y en general de los que sienten viva repugnancia á pedir limosna, se llama Pedro Champion. Su biografía consiste en haber nacido de padres pobres, en haber adquirido honradamente fortuna siendo aprendiz, oficial, y por fin maestro platero, y en saber emplearla dignamente. Su capa azul le ha dado nombre.

Lagrange, Saluces, Cigna; y Mateo Molé.

En un mismo medallon hemos reunido los bustos de tres personas distinguidas, que aunaron sus esfuerzos para dotar á la Italia con una institucion de que ha reportado beneficios considerables. Son los tres primeros fundadores de la Academia de ciencias de Turin. La que ocupa el primer plano es la del gran matemático Lagrange, muerto en 1813. La que viene en

I.

segundo órden es el conde de Saluces, virtuoso como un Montmorency, sabio como Lavoisier, muerto en 1810. El tercer busto representa al doctor Cigna, muerto en 1790, amigo de Saluces y de Lagrange, y su celoso cooperador en la fundacion de la Academia. Lavoisier proclamó á Saluces uno de los creadores de la *nueva química*. Cigna ha dejado escritos importantes, sobre — el magnetismo y la electricidad, — los movimientos eléctricos, — el frio que proviene de la evaporacion de los líquidos, — y la causa de la estincion de la llama y de la muerte de los animales privados de aire: la teoría espuesta en esta última obra precedió á la de Lavoisier, cuyos experimentos la confirmaron. Tocante á Lagrange, ¿quién no tiene noticia de uno de los mas ilustres géometras de los tiempos modernos? Su primer ensayo, á la edad de diez y nueve años, fué el famoso método de las variaciones. Escitando la admiracion de la Europa por la fecundidad é importancia de sus primeros trabajos, escribió mas de cien tratados científicos, casi todos destinados á pasar á la posteridad. La dulzura de su carácter y la sencillez de sus costumbres, realizaban la elevacion de su genio. La historia de las religiones, la teoría de la música antigua, la de los idiomas, y aun la medicina, fueron los estudios de sus ratos de solaz. Todos los ramos de las matemáticas, pero particularmente la analisis pura, la mecánica analítica, y la mecánica celeste, han hecho progresos inmensos á la sombra de su penetracion y de su talento.

Mateo Molé, cuyo busto ocupa una lámina de nuestra obra, ofrece una ilustracion diferente y no menos digna de ocuparnos. Es el modelo del magistrado, lleno de entereza, que en medio de las conmociones populares, cuando todos tiemblan ante el furor de la plebe, sabe conservar su dignidad, impone admiracion con sus acciones, y respeto con sus palabras, y está dispuesto á sucumbir antes de consentir en ningun desafuero, ó acto ilegal. Na-

12

ció en 1584, y murió en 1656. Fué primer presidente del parlamento al tiempo de los disturbios llamados de la Fronde, y aunque muchas veces le pusieron el puñal al pecho, y se vió espuesto á morir en manos del vulgo amotinado, jamás se obtuvo de él que retrocediese un paso en la senda de sus deberes, ni que diese una muestra de flojedad ó de tibieza. Sus mismos enemigos hicieron justicia á su carácter, que distintas veces rayó en sublime.

Petit y Corvisart,

BIENHECHORES DE PARÍS Y DE ORLEANS;

y Tancredi y Bastreri,

BIENHECHORES DE ARCOLA.

Antonio Petit, hijo de un honrado sastre de Orleans, se dedicó á la medicina, adquirió fama y dinero, y así que estuvo en su mano hacer bien, fundó en su ciudad natal un establecimiento filantrópico de la mas alta importancia. Consiste en un gabinete gratuito de consultas á que están obligados cuatro médicos, dos cirujanos, dos abogados y un procurador, en servicio de los pobres de la ciudad y sus cercanías. Sabia que los pobres son servidos como de corrida, y quiso que pudiesen serlo con tanto cuidado como los ricos; además encargó que los abogados cuidasen de conciliar á los clientes pobres, y así prestó á estos un doble servicio, siendo el primero que en cierto modo instituyó los juicios de paz. Murió á 24 de octubre de 1794. — Juan Nicolás Corvisart ha sido como Petit uno de los grandes médicos de fines del siglo pasado; pero su título para encontrarse en una coleccion de hombres útiles consiste en haberse acordado en medio de su prosperidad de que habia sido

estudiante, y de haber fundado, para escitar la emulacion de estos, un premio anual de cuatrocientos francos en una medalla de oro en favor del que haya recojido en las Clínicas de la facultad el mejor compendio de observaciones medicales. Corvisart murió á 18 de setiembre de 1821. El nombre de Petit le pronuncian incessantemente los pobres de Orleans; y el de Corvisart los estudiantes de medicina de la Universidad de París.

Con no ménos elogio pronuncia cada dia y á todas horas el pueblo de Arcola en Italia los nombres de Tancredi y Bastreri, el primero muerto en 1817, y el segundo en 1834. Eran tio y sobrino; entrambos han instituido á Arcola su heredera universal, para la creacion de un establecimiento de utilidad pública. Consiste este en una escuela gratuita de leer y escribir, de gramática italiana y latina, de matemáticas elementales, de historia, de geografía, y por último de literatura. Los dos no tuvieron durante su vida otra idea que la de procurar que en el seno mismo de la poblacion pudiesen los habitantes de Arcola recibir una instruccion suficiente. ¡ Ciudadanos venerables y dignos de tal nombre fueron los verdaderos *amatores civitatis!*

Simon y Origet,

BIENHECHORES DE TOURS;

y Kleberg,

BIENHECHOR DE LYON.

El dia 18 de mayo de 1822 murió, á la edad de 84 años, un cura, sencillo y bondadoso, en Tours. Seis años despues, casi á la misma edad, murió en la misma ciudad un médico hábil, tanto como virtuoso

y compasivo, Juan Origet. Entrambos fueron llorados viva y amargamente. Los dias de su muerte lo fueron de luto para la ciudad de Tours. Entrambos habian sido amigos íntimos. ¿Qué relaciones podian existir entre el médico y el cura?... las de la beneficencia mas desinteresada y mas pura. Habian formado en cierto modo una sociedad caritativa. Acudian solícitos á la morada de la indigencia ; no escaseaban á los pobres ni los consuelos de la religion, ni los socorros de la medecina, ni los víveres, ni el dinero : para ellos toda la poblacion de Tours era un hospital y hospicio á la vez, solo que los enfermos estaban diseminados en sus familias en vez de tenerlos reunidos en cuadras, solo que los ancianos, los huérfanos y los desvalidos tenian cada cual su vivienda separada. Y tambien conocian á los ricos ; y acudian á los salones adornados ; pero era solo para recoger las sobras de los acomodados y aliviar con ellas á sus protegidos. Seres afortunados ! verdaderamente contentos de sí mismos ! Su profesion fué la de hacer bien, la de fundar un hospicio, la de inquirir las miserias y las necesidades de sus ciudadanos para aliviarlas. Su memoria vivirá en Tours mientras existan descendientes de sus actuales habitantes : sí, porque los pueblos no olvidan nunca á sus bienhechores.

Dígalo sino Lyon. ¿Que está haciendo el pueblo de esta ciudad populosa ? por qué motivo se muestra tan agitado ? Es el 24 de junio de 1820 ; se ha restaurado, y se está inaugurando una estatua antigua ; primero, al son de una música popular se

ha paseado por toda la poblacion. Esta estatua recuerda acaso algun triunfo de esos habitantes ? nó, es una memoria tributada á la beneficencia de un hombre sencillo, de un extranjero que despues de haber sido soldado se estableció en Lyon, en donde se dedicó al comercio, y habiendo prosperado sus negocios, hizo partícipes de sus ganancias á todos los indigentes de la ciudad. Dió sesenta mil francos para la fundacion de un hospicio ; hacia lo que despues debian hacer Simon y Origet en Tours ; indagaba cuales eran las verdaderas familias necesitadas, no esperaba que le pidiesen limosnas sino que se anticipaba á darlas ; dotaba á las jóvenes pobres y honradas : ejercia en una palabra la beneficencia de las almas mas nobles y generosas. Ahora bien ; ese hombre hace tres siglos que murió ; el 6 de setiembre de 1546 fué el último de su vida ; y sin embargo, ya lo veis, su memoria se mantiene viva como si fuese ayer que Lyon recibia sus beneficios ; y el pueblo restaura su estatua como si le hubiese conocido personalmente, y aclama su nombre ; Juan Kleberg ! con admiracion y con entusiasmo. ¡ Ah ! tambien la fama da nombradía á los hombres de bien ; tambien de padres á hijos su memoria se va transmitiendo, no para espanto de las nuevas generaciones, sino para consuelo de las almas caritativas. Nó, los pueblos no son injustos con sus bienhechores ; el que los ama recibe en retribucion amor ; el que de ellos se compadece, recibe en cambio un tributo de lágrimas, de recuerdos, y de eterno reconocimiento.

FIN.



Láminas y biografías de esta obra.

Retratos.	Páginas.	Retratos.	Páginas.
1. <i>Franklin</i>	5	1. <i>La Vizcondesa Dumoulin</i>	64
1. <i>Montyon</i>	40	1. <i>Benito de Lagrandiere</i>	62
1. <i>Jenner</i>	44	1. <i>E. Duchesne Beaumont</i>	63
1. <i>Colon</i>	46	1. <i>S. Carlos Borromeo</i>	64
1. <i>Oliveros de Serres</i>	21	2. <i>Brune, y Majour</i>	67
1. <i>El abate L' Epée</i>	22	1. <i>Paoli</i>	69
1. <i>Watt</i>	25	1. <i>G. de Pagave</i>	70
1. <i>Esteban Girard</i>	27	2. <i>Clarkson, y Wilberforce</i>	71
1. <i>Cervantes</i>	28	1. <i>Rotrou</i>	72
1. <i>Buffon</i>	32	2. <i>Los dos hermanos Haüy</i>	73
1. <i>Oberkampf</i>	36	1. <i>Vanderkemp</i>	74
1. <i>Lineo</i>	37	1. <i>Don Brial</i>	75
1. <i>Lavoisier</i>	40	1. <i>El caballero Roze</i>	76
1. <i>Fulton</i>	44	1. <i>Lancaster</i>	77
1. <i>El abate Carron</i>	43	1. <i>Bentham</i>	78
2. <i>Goffin, y su hijo</i>	44	1. <i>David Purry</i>	79
1. <i>Berthollet</i>	45	1. <i>Jecker</i>	80
1. <i>Malesherbes</i>	46	2. <i>Desault y Bichat</i>	81
1. <i>Jacquard</i>	48	3. <i>Legendre, Coffin y Collot</i>	82
2. <i>Los hermanos Montgolfier</i>	50	1. <i>Coignard</i>	82
1. <i>Gerson</i>	51	1. <i>La condesa Bellini-Tornielli</i>	83
3. <i>Antonio, Bernardo, y</i> <i>José (a)</i>	52	1. <i>A. Hallette</i>	84
2. <i>Antonio-Lorenzo, y</i> <i>Adriano</i>		1. <i>El canónigo Cottolengo</i>	85
2. <i>Lorenzo, y Alejo</i>		1. <i>El general Drouot</i>	86
1. <i>Bernardo Palissy</i>	55	3. <i>Boulard, Brezin, Devillas</i>	87
1. <i>Isabel de Francia (Madama Elisabeth)</i>	56	1. <i>El abate Triest</i>	88
1. <i>Vauban</i>	57	1. <i>Capita-azul (Champion)</i>	88
1. <i>Una dama de la caridad</i>	58	3. <i>Lagrange, Saluces, Cigna</i>	89
1. <i>Dupuytren</i>	59	1. <i>Mateo Molé</i>	89
		2. <i>Petit y Corvisart</i>	90
		2. <i>Tancredi y Bastreri</i>	90
		2. <i>Simon y Origet</i>	90
		1. <i>Kleberg</i>	90

(a) En el epigrafe de la biografía se olvidó por equivocacion este nombre.

Advertencia para el encuadernador.

La portada que damos con este pliego debe sustituirse á la que dimos con el primero.
Esta coleccion de Hombres Útiles forma por sí sola una obra completa. Mas adelante pensamos publicar otras series que formarán otras tantas obras.